Jesús Liberato

TOBARES

OBRAS COMPLETAS

TOMO I

Obra poética y narrativa

GOBIERNO DE
SAN LUIS

El Gobierno de la Provincia de San Luis cumple y seguirá cumpliendo con los preceptos constitucionales y las normativas vigentes respecto a asegurar el desarrollo humano y social de sus habitantes.

El derecho a la cultura, a la información, a la publicación y a la difusión de las ideas es un derecho humano fundamental, con el que este proyecto político ha desarrollado fuertes lazos y claras acciones en su defensa. Invertir en cultura es fortalecer los cimientos republicanos y consolidar la convivencia democrática armónica, en un marco de pluralismo, tolerancia y respeto por el otro. Invertir en cultura es también propender a difundir la obra y engrandecer el patrimonio cultural provincial, potenciando así la libertad de pensamiento y el universo de las ideas, la literatura y la palabra escrita en general.

Por la defensa y ratificación de este derecho el Sello Editorial San Luis Libro suscribe y se sustenta en la Ley Provincial Nº I-0002-2004 (5548) que dice en su artículo 1º: el Estado Provincial garantiza el derecho fundamental a la libertad de pensamiento, religiosa y de culto reconocido en la Constitución de la Provincia de San Luis.

SLL
SAN LUIS LIBRO
ACERCAR EL LIBRO AL PUEBLO

Tobares, Jesús Liberato
Tomo I : obra poética y narrativa / Jesús Liberato Tobares. - 1a ed . - San Luis : SLL - San Luis Libro, 2018.
v. 1, 364 p. ; 24 x 17 cm. - (Obras completas)

ISBN 978-987-1787-94-4

1. Literatura Argentina. 2. Poesía. 3. Narrativa. I. Título.
CDD A860

Obra Completa 978-987-1787-93-7

Para la presente edición
Sello Editorial San Luis Libro
25 de Mayo 971 / Ciudad de San Luis
sanluislibro@sanluis.gov.ar
www.sanluislibro.sanluis.gov.ar

Diseño y Diagramación
Área Diseño y Comunicación
Payné. S.A.

Fotografía de tapa “Cerro Blanco”
José Núñez

Impreso por La Gráfica. Payné S.A.
Av. Lafinur 924 - San Luis

Tirada 500 ejemplares

Impreso en la Argentina
Queda hecho el depósito que establece la Ley 11.723
Prohibida su reproducción total o parcial, incluyendo fotocopias sin la autorización expresa del autor

JESUS LIBERATO TOBARES

OBRAS COMPLETAS
(Tomo I)

Edición al cuidado de
Gustavo Romero Borri

SAN LUIS LIBRO

ACERCAR EL LIBRO AL PUEBLO

CRITERIOS DE ESTA EDICION

Los textos que conforman cada uno de los tomos de esta Colección han sido agrupados según un criterio temático, no cronológico.

Cada volumen está integrado tanto por libros enteros como por textos más breves como monografías o exposiciones sobre temas concurrentes con su unidad.

Cuando se trata de textos publicados en revistas o en una publicación colectiva se ha consignado su origen con una nota al pie.

Asimismo, todos llevan sus notas respectivas al final de los mismos o, cuando se trata de libros, al final de cada capítulo.

Para esta edición se han conservado los prólogos originales, en el caso en que los hubo, que acompañaron estos textos en el momento de su publicación.

Acerca del autor

Jesús Liberato Tobares nació en San Martín (S. L.) el 15 de octubre 1929.

Hijo de Liberato Tobares Amaya y Arolinda Véliz. Tres hijos: Alba Myriam, Dardo Alberto y Néstor Ariel. Seis nietos: Dana Carolina, Luciana Anabel, Débora Marianella, Lara Anahí, Ramiro Adriel y Blas Alberto. Una bisnieta: Renata Monserrat Tobares.

Cursó estudios primarios en su pueblo natal, secundarios en el Colegio Nacional "Juan Crisóstomo Lafinur" de la ciudad de San Luis, y universitarios en la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de la Universidad Nacional de La Plata donde se graduó de Procurador en 1957 y de Abogado en 1959.

Cargos desempeñados

- Juez de Primera Instancia en lo Civil, Comercial y Minas.
- Juez de la Cámara de Apelaciones en lo Civil y Comercial de la Primera Circunscripción Judicial.
- Ministro del Superior Tribunal de Justicia de la Provincia de San Luis.

Actividades docentes, jurídicas y culturales

- Profesor de Instrucción Cívica, Derecho Usual, Práctica Forense y Derecho Administrativo en establecimientos de educación secundaria de la ciudad de San Luis.
- Integró con los Dres. Juan Saá, Marcial Rodríguez, Roberto Mazzola y Bernardo Ramón Quinzio, la comisión encargada de preparar la reforma constitucional de 1962.
- Presidente de congresos provinciales y nacionales de folclore.
- Conferencista de la Facultad de Ciencias de San Luis, Universidad Nacional de Cuyo, 1968.
- Representó a la Provincia de San Luis en el ciclo de conferencias organizado por la Secretaría de Cultura de la Nación - Mapa de Cultura del País Federal - (Biblioteca Nacional), 1993.

Distinciones y premios

- Primer Premio Juegos Florales Villa Mercedes (S. L.) 1956.

- Premio Fondo Nacional de las Artes - Juegos Florales - San Luis, 1965.

- Primer Premio Ensayo, 1º Certamen Bienal de Literatura, San Luis 1974.

- Primer Premio Certamen "Flor de Retamo", San Luis, 1982.

- Primer Premio Ley de Autor Sanluiseño, San Luis, 1990.

- Distinguido con el Escudo de Chancay, otorgado por la Asociación Cultural Sanmartiniana, 1982.

- Miembro de Número de la Junta de Historia de San Luis: 10 de junio 1983.

- Miembro de la Junta de Estudios Históricos y Folclóricos de Merlo (S. L.) agosto 1993.

- Miembro Honorario de la Junta de Estudios Históricos de Villa Mercedes (S. L.) 16 de diciembre de 2006.

- Distinguido por la Cámara de Diputados de la Provincia de San Luis: 23 de noviembre 2005.

- Distinguido por la Cámara de Senadores de la Provincia de San Luis: 30 de abril 2008.

- Distinguido por la Honorable Cámara de Diputados de la Nación como "Mayor Notable Argentino": 22 de agosto 2008.

- Declarado "Ciudadano Ilustre" de la ciudad de San Luis; distinción conferida por el Honorable Concejo Deliberante de la ciudad de San Luis, Resolución Nº 074-HCD-90.

- Declarado "Ciudadano Ilustre" de San Martín (S.L.) 28 de marzo 2016.

- Premio Anual al Mérito Literario "Antonio Esteban Agüero" otorgado por el Honorable Concejo Deliberante de la ciudad de San Luis: 2014.

- Designación como Miembro Correspondiente de la Junta Municipal de Historia de Río Cuarto (Cba.): 2009.

- Destacado por su trayectoria: Distinción otorgada por El Diario de la República de la ciudad de San Luis: 2014.

- Incorporación de Jesús L. Tobares entre los veinte fundadores de la Literatura Sanluiseña. Ministerio de Turismo y las Culturas de San Luis: 2012.

- Distinción otorgada por el Honorable Concejo Deliberante de la ciudad de Villa Mercedes por destacada trayectoria: 2014.

- Designación con su nombre de la biblioteca de autores puntanos de la Escuela Nº 227 de Río Grande (S.L.) 1992; de la biblioteca de autores puntanos del Centro Educativo Nº 18 "César Rosales" 2002; del salón de usos múltiples del Centro Educativo Nº 18 "César Rosales", 2004; del salón de la Municipalidad de San Martín: 8 de febrero 2008; de la Biblioteca Popular de Villa de Praga: 2008; de un aula de la Escuela Pública Multilingüe Digital "Progreso y Sueños" San Luis: 2015.

- Distinción "Pueblo Puntano de la Independencia" conferida por el Gobierno de San Luis: 25 de agosto 2014.

- Doctor Honoris Causa, grado académico conferido por la Universidad Nacional de San Luis: 11 de noviembre 2016.

- Distinción del Honorable Senado de la Nación por su aporte en la construcción de la Cultura Nacional: 18 de junio de 2018

PALABRAS INTRODUCTORIAS

Jesús Liberato Tobares
"Rastreador de pasados"

Después de más de cinco décadas de trabajo literario continuo; horas innumerables de investigación y escritura elegante y precisa, ha llegado para el doctor Jesús Liberato Tobares la hora de ver reunidos, ordenados, referenciados e impresos la totalidad de sus escritos.

Esta realización integra en un solo cuerpo, distribuida en volúmenes temáticos, tanto su producción editada en forma de libros, folletos, separatas, revistas, prólogos, etc. como la que se encuentra inédita a la fecha de compaginar este conjunto.

Ya sabemos que los creadores prolíficos residentes en provincias escriben más de lo que logran publicar.

El caso de nuestro autor no difiere del de muchos otros que han cumplido su trabajo en el interior argentino, alejados de la academia y de la industria editorial central, pero siempre procupados en la exploración de la región cultural a la que pertenecen, y que les concierne de modo prioritario.

Sin embargo, a lo largo de todos estos años, Tobares ha podido difundir parte importante de sus escritos, ya sea porque le fueron publicados por organismos oficiales (como causa de premios obtenidos) o por ediciones que él mismo se costeó.

San Luis conoce su obrar, su pensamiento y su lenguaje desde hace mucho tiempo. Esta casi familiaridad de su presencia en nuestra cultura le han otorgado a este autor un lugar distinguible y una valoración casi unánime como transmisor de saberes que arraigan en el humus más ancestral de su tierra.

Se trata de un hombre que ha querido comunicar a su gente sus hallazgos. Tras ese propósito ha buscado las formas para

hacerlo, con la clara conciencia de estar compartiendo "noticias" que nos involucran a todos, sencillamente porque se trata de un saber "rastreado" en los orígenes de nuestro armazón cultural.

Quizás alguna vez pensó, a su modo, que el fruto de su trabajo no le pertenecía, sino que había que devolvérselo a la comunidad que en su discurrir histórico lo había engendrado.

Más allá de su empeño en compartir lo encontrado, es cierto que muchos de sus aportes, al no ser reeditados -salvo excepciones- han quedado alejados del consultante especializado o del lector común. Esta dispersión atenta contra el mayor conocimiento que se pretende tener de su ininterrumpida labor investigativa y creadora.

La edición revisada de todas sus obras viene a prevenir el peligro que implicaría su dispersión y también, porqué no decirlo, la posibilidad de que su tarea sucumba en el olvido o la invisibilidad. Estas palabras distintas significan, en este caso, lo mismo porque ambas dañan la vigencia de la memoria.

Estas Obras Completas anticipan un resguardo que, además de materializar el valor que su provincia le otorga a lo suyo, garantizan su perdurabilidad al facilitar su acceso a lectores presentes y futuros.

Porque esta iniciativa, además de satisfacer a su autor, satisface en similar medida a sus numerosos lectores que encuentran en lo suyo argumentos genuinos para comprender el pasado puntano desde diferentes perspectivas y abordajes.

Hace tiempo que se sabe que lo aportado por Tobares a nuestra cultura es una información sustancial e irremplazable. Referencia documentalmente muchos de los temas que ha tratado.

Esto explica el interés que sus libros han suscitado en quienes se interesan e ilustran sobre aspectos inherentes a la identidad raigal de esta tierra; tierra que sabe honrar con gestos, conductas, palabras y cariños fáciles de constatar, no sólo a través de su obra conocida sino también en su vida reflexiva y pensativa.

Es casi un lugar común oír decir que los homenajes hay que hacerlos en vida de quien los merece; esto casi nunca se cumple pero sí se ha cumplido con Jesús Liberato Tobares.

Su provincia le ha ido otorgando los reconocimientos más

altos por parte de entidades académicas y gubernamentales.

En el campo estrictamente intelectual, los prólogos originales que anteceden algunos de sus libros, y que se transcriben literales en estas Obras Completas, corroboran la opinión admirativa de sus pares, quienes a lo largo de muchas décadas han definido su espacio en la cultura lugareña y el influjo de sus intervenciones.

Para un lector como el que esto escribe y subscribe, los senderos transitados por Tobares para darle certeza a sus búsquedas son itinerarios intrincados. Los investigadores actuales, en general, averiguan los datos que necesitan en la computadora. Lo que se llama "trabajo de campo" queda como una instancia final, de ser necesaria.

En el ideario de la cultura de San Luis subsiste la percepción de que los pioneros fueron personas épicas. Berta Elena Vidal de Battini, María Delia Gatica de Montiveros, Dora Ochoa de Masramón, Polo Godoy Rojo, Juan W. Gez, por citar a algunos, trajinaron archivos y caminos para ir en busca de las fuentes. Tobares pertenece a esa estirpe de andariegos buscadores de testimonios vitales, rastros y rostros, datos, voces y seres que residiendo lejos de los centros urbanos pueden dar fe de la memoria colectiva.

Fruto de esos andares por caminos y sendas de piedra y tierra, averiguando fuentes tradicionales, visitando antiguos pobladores, pero apoyado siempre en la información bibliográfica de archivos, es parte de su obra. Nadie podrá contar las leguas recorridas por nuestro escritor para tomar el testimonio de un paisano, desempolvar viejos escritos parroquiales o preservados en escuelas rurales de nuestros campos.

* * *

Después de haber cumplido con sus tareas laborales desarrolladas en la ciudad capital de San Luis, Jesús Liberato Tobares volvió a residir en San Martín, el pueblo norteño que lo vio nacer, cuyos amaneceres vieron también despertar a otro niño excepcional, el poeta César Rosales. Ahí ha reunido la mayoría de sus muchos libros en un recinto construido para tal fin que alberga su biblioteca personal.

Su vivienda linda con la capilla del pueblo. Escucha en las

mañanas el tañido de sus campanas centenarias, las mismas que oyó siendo niño y luego joven inquieto por conocer su alrededor y sus orígenes. Quizás ese sonido idéntico a sí mismo, como el canto inmemorial del zorzal negro, lo reconcilia con su experiencia inicial ligada al trato con tantos hombres y mujeres que le transmitieron inspiración y veracidad para redactar sus libros.

Porque Tobares ha sido y es un meticuloso rastreador de pasados.

Lo atestiguan su trayectoria en la cultura local y las bienvenidas publicaciones y alocuciones públicas donde ha dado a conocer sus pareceres, comprometiendo en ellos su visión, su método y sus ideas.

Todo su obrar está presidido por la curiosidad; una curiosidad que tiene al hombre como centro y al pasado puntano como escenario.

Es metódico y laborioso. Con esa filosofía fáctica ha explorado la memoria de su lugar, encontrando siempre el "filón" que esconde la información inédita o el dato recóndito no atendido por los buscadores anteriores. Cada vez que emprende la construcción de un nuevo libro es porque ha detectado un territorio semioculto que pide un desarrollo detallado y unificador.

Su discurso cautiva por su claridad conceptual enriquecida con giros poéticos. Probablemente el ejercicio de la poesía haya dado a su lenguaje la liviandad esclarecedora de la metáfora. De la práctica del derecho y la investigación histórica rigurosa, quizás provenga la rotundez incontrastable de sus argumentaciones.

Sus convicciones, logradas a través del estudio y de la observación del hombre en su contexto social, lo hacen una persona antidogmática que realiza su trabajo en forma sistemática, sin alardes ni vehemencias, pero intentando siempre arrojar claridad donde observa ambigüedad o descuido metodológico.

A esta altura del desarrollo cultural de San Luis los resultados de sus búsquedas están a la vista. Ha publicado más de una veintena de títulos que referencian, casi obligatoriamente, los temas que abordan.

Sus intereses abarcan el relato breve, como en su volumen

de cuentos "Río Grande", la investigación historiográfica, como en "San Luis de antaño" o "Dr. José Santos Ortiz: Primer Gobernador de San Luis¨; la poesía como en "Cerro Blanco" y "Calandrias de septiembre"; la investigación folclórica como en "Toponimia puntana" o "Folklore sanluiseño".

Por su profesión ocupó importantes cargos en la Justicia de la provincia de San Luis. Esta experiencia lo llevó a intervenir en los litigios de los hombres arrojados "al infierno social" -según la expresión del poeta Francisco Madariaga-. Simultáneamente a las responsabilidades propias de sus funciones fue desarrollando parte de sus investigaciones. En esta tarea nunca dejó de mirar ese lugar para muchos marginal donde el hombre rural, el criollo con reminiscencias del gaucho, construye su cultura particular unido a valores y costumbres sencillas pero firmes y pulidas por el tiempo.

Ya desde sus comienzos sus trabajos transmitieron conocimiento e identificación genuina con esos universos mentales que aún sobreviven y que de algún modo son constituyentes de la historia argentina.

Baste como muestra su primera publicación, el poemario "Cerro Blanco" de 1962, que es a la vez un registro lírico por su construcción poética, y también una protesta contra la vida aciaga de los mineros y de los criollos en general sometidos a trabajos insalubres. El Cerro Blanco es un montículo de piedra erigido como un tótem natural en el ingreso a su pueblo.

Y en orden a su génesis se puede advertir su postura humanística, estética y social en su conferencia "La poesía y el hombre", dada al año siguiente de la aparición del libro citado.

Tobares es como un baqueano de caminos antiguos, muchas veces borrosos, que la lluvia y el viento de los días se empeñan en erosionar.

En síntesis, no es imposible imaginar que los estudiantes de la historia, y los pensadores de la historia encontrarán en el despliegue de sus textos fuentes fidedignas que arrojarán luz sobre futuros senderos abiertos para interpretar la identidad de San Luis.

Si he dicho que Tobares es un rastreador de pasados, tam-

bién se puede decir que sus rastros están frescos sobre la tierra que caminó y camina para buscar en el borroso semiolvido, lumbres de claridades que permiten comprender y visualizar la silueta de la mujer y el hombre como sustratos de esta tierra nuestra, que es semilla de sus desvelos y destino de su obrar literario.

Gustavo Romero Borri

EL HOMBRE Y LA POESIA[1]

Señores Rotarios:

Agradezco la invitación que hace tiempo me ha formulado el Rotary Club y que yo no pude corresponder antes porque quería ordenar algunos conceptos que hoy vengo a exponer y si es necesario a discutir con Uds. Voy a puntualizar brevemente cuáles son a mi criterio los aspectos sustanciales del trabajo del poeta; el papel que juega la poesía en la vida de los hombres, y las pautas a que debe ajustar su quehacer el artista.

Creo que escribir poesía no es mero pasatiempo; una gimnasia intelectual cuyo último objetivo sea acertar consonantes y asonantes, sino un acto serio, trascendental en la vida del hombre.

Lamentablemente hay gente que escribe poesía porque quiere alcanzar lo que considera un título: el de poeta.

Pero olvidan que cuando la poesía no traduce una sentida necesidad de comunicación espiritual adolece de un grave defecto: le falta aliento vital. Y cuando eso sucede, toda la poesía y todo el arte es una cosa muerta, caduca y deshumanizada.

Por eso pienso que el poeta debe ser en cierta medida una caja de resonancia, una antena pronta a captar los sentimientos, las angustias y las aspiraciones de sus conciudadanos en su medio y en su tiempo.

Cuando un artista olvida que a su lado otros hombres luchan y sufren; trabajan y cantan, aman y sueñan, en una palabra, viven; evidencia falta de responsabilidad. Más aún, está ausente en él el sentimiento de fraternidad que nunca puede estar ausente en el arte porque es el hilo secreto que hace vibrar la sensibilidad de los hombres a través del tiempo y la distancia.

---

1 - Conferencia ofrecida por el autor a las autoridades y miembros del ROTARY CLUB San Luis, en agosto de 1963.

Por algo Don Francisco de Quevedo y Villegas nos sigue hablando cada noche y nos sacude las fibras más íntimas. Quevedo es el poeta de la fraternidad y del amor por más que su látigo fustigara mil veces las miserias humanas:

Si hija de mi amor mi muerte fuese,
¡Qué parto tan dichoso que sería
El de mi amor contra la vida mía!
¡Qué gloria que el morir de amar naciese!
Llevaría yo el alma a donde fuese.
El fuego en que me abrazo; y guardaría
Su llama fiel con la ceniza fría,
En el mismo sepulcro en que durmiese.

Nadie como Quevedo nos sigue hablando al corazón más allá de la muerte. Con su obra se cumple su propia profecía:

Cerrar podrá mis ojos la postrera
Sombra, que me llevare el blanco día;
Y podrá desatar esta alma mía
Hora a su afán ansioso lisonjera;
Más no de esotra parte en la ribera
Dexará la memoria en donde ardía;
Nadar sabe mi alma el agua fría
Y perder el respeto a ley severa.
Alma a quien todo un Dios prisión han sido;
Venas que humor a tanto fuego han dado;
Médulas que han gloriosamente ardido;
Su cuerpo dexarán, no su cuidado;
Serán ceniza, mas tendrá sentido;
Polvo serán, mas polvo enamorado.

Pablo Neruda cuenta que un día estando en París fue visitado por un pintor de Nicaragua. Este pintor que iba de la sufrida tierra americana, llegó a París y en una tela blanca pintó un puntito color ocre pálido. A esa tela le puso un marco. Allí estaba reflejada toda la sensibilidad del hombre americano. Entonces Neruda exclama:

Yo conocí un pintor de Nicaragua,
Los árboles allí son tempestuosos
Y desatan sus flores como volcanes verdes.
Los ríos aniquilan
En su corriente ríos superpuestos
De mariposas, y las cárceles
Están llenas de gritos y de heridas.
Y este pintor llegó a París,
Y entonces pintó un puntito de color ocre pálido
En una tela blanca, blanca, blanca,
Y a esto le puso un marco, marco, marco.
El vino a verme entonces y yo me puse triste,
Porque detrás del pequeño hombrecito y su punto
Nicaragua lloraba, sin que la oyera nadie,
Nicaragua enterraba sus dolores
Y sus carnicerías en la selva.

A estos artistas habría que recordarles que el arte no es una empresa para aventureros sino un alto ejercicio de fraternidad humana.

Es imposible enunciar reglas estrictas para ajustar a ellas el quehacer poético.

Maiakovski dijo en cierta oportunidad que él no daba leyes para que un hombre se haga poeta porque esas leyes en general no existen.

Sin embargo, es posible sentar pautas de valoración que orienten la tarea del artista y que sirvan para distinguir en cierto modo, el trabajo serio y responsable de aquel otro que, prescindiendo de los contenidos reales y permanentes de la vida, busca en la forma, en la pura forma, la razón íntima de la expresión poética. Me estoy refiriendo a esa corriente estética llamada "el arte por el arte".

Ya he tenido la oportunidad de referirme a ella en algún artículo periodístico, y para ser breve voy a resumir aquí los conceptos que en 1953 enuncié en "Meridiano Artístico" de Rosario.

Oponía al concepto de "el arte por el arte" este otro concepto: el de Arte social, y decía textualmente:En el arte por el arte la for-

ma es un fin en sí misma. En el arte social la forma es un medio a través del cual se modela el pensamiento.

En la primera concepción no interesa el contenido. Si no existe cuanto mejor; la obra es más "pura". En la segunda, el contenido es lo fundamental. La pureza o impureza de la obra depende precisamente de la mayor o menor fecundidad del contenido.

Y al enunciar las consecuencias inmediatas de la posición formalista, decía:

El arte por el arte carece de significación humana. La forma debe modelar el contenido y este a su vez dar relevancia a aquella. Eso lo olvidan los artistas puros, por eso su arte es nihilista reflejándose en el espejo de su propia contemplación.

Al negar al arte significación humana desconocen su función social y hacen de él un privilegio.

No se concibe que lo hagan inconscientemente. Por el contrario. Es bien claro el propósito: negar al arte todo sentido y proyección popular.

En consecuencia miran al pueblo como un paisaje del cual los artistas "puros" se sitúan al margen. No es otra la significación del arte de evasión.

Pues bien, ¿Cuál debe ser la posición de los intelectuales que aspiran hacer de la poesía, de la música, de la pintura, etc, una función social?

Ceñir el pulso estético al drama del hombre y poner de relieve la autenticidad que existe en el pueblo como fuente de emociones vibrantes y optimismo fecundo.

Esto significa proyectar el arte hacia el futuro humanizándolo. Frente al postulado ya anacrónico de "arte por el arte" hay que oponer un nuevo concepto: el de "arte para la vida".

Hasta aquí la transcripción de lo dicho hace nueve años. No he renegado todavía de aquellas ideas.

Por el contrario, cada vez que pienso en la significación espiritual y en la proyección cultural del arte poético, me reafirmo en la convicción de que la poesía formal no es sino un privilegio para ciertos círculos áulicos de la sociedad. Y ya sabemos que "cuando a la cultura se la disfruta como un privilegio, envilece tanto como el oro".

Aquella poesía para círculos, para élites, representa la expresión de lo antipopular y lejos de ser una positiva contribución a la cultura nacional, constituye un factor de disociación, de encono, de lucha.

Una expresión literaria, y en general artística, que tienda a poner de manifiesto con un sentido discriminativo las diferencias de posibilidades entre las clases cultas y las que no lo son, poco ayuda a construir.

El desiderátum del poeta ha de ser, según yo lo entiendo, llegar hasta las últimas capas sociales sin descender a los peldaños de la deformación artística.

Hay caminos para ello. Las formas simples, como la copla en poesía, a través de las cuales pueden expresarse los contenidos profundos y siempre permanentes de la libertad, de la fraternidad y del amor.

Cuando se habla en un lenguaje hermético, cerrado; se habla en un idioma extraño que nada dice a la sensibilidad del lector. El artista es, en tales circunstancias, un extranjero en su propia tierra porque la gente de su pueblo no lo comprende.

No quiero decir con esto que todo ha de darse al lector terminado de una vez y para siempre.

La poesía moderna, por ejemplo, que en definitiva no es sino un esquema de sugerencias, permite al lector aportar su propia capacidad artística y completar el proceso creador esbozado por el escritor.

Lo mismo ocurre con la novela. El lector integra con su imaginación el texto original; y ese proceso de complementación o recreación varía en sus proyecciones conforme a la experiencia de cada uno.

De allí que la lectura en el ámbito artístico es, o debe procurarse que sea, un proceso creador.

Decía que no postulo la conveniencia de hacer de la expresión artística un reflejo inmediato de la realidad sin vuelo imaginativo.

Sin dejar de ser realista -cosa que me parece muy importante- creo que hay que darle alas al espíritu. Pero de allí a la fuga, a la evasión, a la aventura irrespetuosa de todas las significaciones humanistas, hay una buena distancia.

No critico a los imaginativos pero sí a los aventureros que aprovechando la coyuntura del símbolo o la metáfora lanzan al mercado esa falsa moneda que tanto pulula y que tanto daño hace...

Hay que estar alerta contra esa mala hierba que está poblando el campo del arte, porque si la dejamos cundir y no la arrancamos de cuajo nos vamos a encontrar, en un día no lejano, con que el trigal se nos ha llenado de maciega.

Esto es, en definitiva, una cuestión de conciencia, de honestidad.

Por eso he dicho al comienzo que el acto creador de poesía es un hecho trascendental en la vida del hombre.

Vivimos en una época en que la libertad de los pueblos a cada paso cae bajo la bota de los totalitarismos.

Creo que es un acto de honradez que los poetas dejen de cantarle a la luna para cantar a la libertad.

Por todas partes los mercaderes andan comprando conciencias, matando sentimientos, metalizando la sensibilidad de los hombres.

Es un deber del artista redoblar su esfuerzo para que su mensaje de fraternidad llegue al corazón de sus semejantes. Hay que salvar los valores éticos del naufragio del utilitarismo.

Esa es, a mi entender, la gran misión de los poetas; encender frente al crepúsculo de los despotismos la palabra libertad, y salvar intacta de entre los fulgores enceguecedores del oro, la sonrisa eterna de la Gioconda.

Esto de escribir poesía, señores rotarios, es un duro oficio; un duro oficio que se acepta por necesidad y por convicción íntima y que mucho se parece a un camino sembrado de piedras y de espinas.

Cuando la maledicencia se ensaña con el nombre o la reputación del poeta, esa es la hora en que los genuinos, los auténticos poetas, recogen los guijarros de la envidia para devolverlos embellecidos en un acto sublime de generosidad.

De ese excepcional poeta santafesino que se llama José Pedroni (el hermano luminoso de Lugones) decía la gente que los versos no eran suyos; que se los escribía la señora.

Sin duda le habrá causado mucha gracia al poeta el comentario ridículo. Pero ni siquiera empleó la ironía para repeler el ataque porque al corazón de un hombre bueno no llegan nunca los dardos de la envidia.
Y Pedroni supo devolver las piedras convertidas en rosas.
Escuchémosle:

Porque soy contador
Y de vulgares modos,
Y visto simplemente,
Y si miro una estrella o una flor,
La miro como todos,
"Los versos no son de él -dice la gente-
Se los escribe ella".
Así es, así es:
¡Yo soy la inútil hiedra
Enredada a tus pies!
Azules, verdes, rojos,
Tú los versos me das
En cubitos de piedra de tus ojos.
Yo los armo, no más.

Esta es sin duda otra gran misión de los poetas. Fustigar la envidia y la maledicencia humillándolas. Porque nada hay más hermoso en la vida que enseñar a los hombres a ganar sencilla y bondadosamente la paz de su propio corazón.

Por eso el poeta debe aprender ante todo a ser un hombre bueno, si no nunca llegará a ser un verdadero poeta.

Hay algo más que los poetas tienen que enseñar a través de su obra. Es el amor a la tierra donde se ha nacido.

Cuando el hombre abre un surco y deposita en él una semilla, realiza un acto de fe en el futuro.

Y en eso el poeta se parece al labriego. Porque amar la poesía es un humilde entregarse a la tierra para florecer un día en un racimo de luz y de esperanza.

Escribir un poema es sembrar para el futuro, y arar la tierra, según lo ha dicho Alfredo Bufano, es una forma de cantar para los hombres.

Por eso creo que es bueno perfumarse el alma de tarde en tarde con poemas como éste del poeta sanjuanino Antonio de la Torre.

En mitad del potrero mañanero,
Mi padre labrador
Dióme un puñado de semillas rubias,
Un puñado de sol,
Y patriarcal y generoso, dióme
La primera lección:
"Haz con el brazo un círculo sereno,
Ancho y alucinado el ademán,
Cual si fueras a dar al horizonte
Un abrazo fugaz.
Abre un solo barrote de la jaula,
Un dedo nada más,
El mismo que se cierra en el gatillo
Para herir o matar,
Y suelta las semillas jubilosas a volar.
Avanza lento, acompasado, alegre
Lleno de poderosa idealidad;
Bajo tus pies se escuchará el milagro:
La música del haz.
¡Mira cómo repican en la tierra,
Con risa cereal,
Y corren por los bordos y terrones
Sin saber dónde van,
O se quedan dormidas en las grietas
Donde la noche está!
Y se llama al voleo
Este modo sencillo de sembrar
Entregándose en oro a la solana
Que en oro se nos da.
Cobra tu brazo la noción del ala
Y de la inmensidad;
Casi llegas al cerro con la mano,
Casi tocas las crenchas del parral,

Casi estremeces la alameda alerta
Y trasciende la nube que hay detrás
Sobre el pecho yacente del potrero
Arrojé las semillas al azar;
Semejaban estrellas en la oscura
Besana elemental.
Detrás de mí, la yunta hilaba el surco,
Acompasada y contumaz.
Una tonada dulce de mi padre
Renacía del agro germinal.
Entonces comprendí cómo se canta,
Cómo se siembra el pan:
Con la esperanza alerta
Y el corazón en paz.
Miré el cielo redondo y asombrado
Lleno de melodiosa claridad;
La tierra estaba alegre y manso el viento:
¡Era la hora de la eternidad!

He hablado de la responsabilidad de los poetas.

Pero quiero también referirme, aunque sea brevemente, a sus derechos. Este es sin duda un tema poco grato porque si hemos de ser sinceros tenemos que confesar que a los artistas y especialmente a los poetas, se les ha negado y se les sigue negando, sus derechos más elementales.

Esto tiene su explicación en la falta de comprensión del trabajo que el artista realiza, y en el desprecio o subestimación de las cosas que nos pertenecen.

Se está perdiendo lamentablemente lo que tenemos de argentinos porque se recepta sin crítica, sin revisión, corrientes musicales y poéticas que nada tienen que ver con nuestra personalidad histórica.

Este naufragio de lo nuestro comienza en la Capital Federal; Buenos Aires ha dispensado y dispensa una acogida sin reservas a numerosas corrientes extranjeras (en música y en poesía) que han dejado un saldo negativo y pernicioso para nuestra cultura. Y lo que es más grave, se ha negado valía a auténticas manifestaciones culturales que llevaban el mensaje de tierra adentro, mensaje incontami-

nado y auténtico que por ser tal es genuinamente argentino.

Voy a poner como ejemplo a un hombre muy conocido en nuestro medio, que dedicó toda su vida a la música y a la poesía de nuestra tierra, y que después de haber dado a conocer no menos de 600 composiciones musicales murió en la pobreza. Me refiero a Don Hilario Cuadros.

Se le dio cabida en los escenarios y en las emisoras de la Capital Federal porque cada presentación de Don Hilario representaba un éxito de taquilla, es decir un buen negocio económico. Pero eso no significa que los empresarios porteños hayan visto en Don Hilario un representante de la cultura musical de Cuyo.

Comerciaron con él como el tendero lucra con sus telas y el almacenero con el azúcar y la yerba. Pero si no les hubiera dejado pingües ganancias nunca hubiéramos visto a Don Hilario Cuadros en la Capital Federal.

Sin embargo no piensen Uds. que Don Hilario pudo vivir decorosamente con lo que le producían sus presentaciones. Siempre vivió en la pobreza y dos o tres años antes de morir, enfermó gravemente y sus amigos aquí y en Villa Mercedes hicieron sendos festivales para ayudarle a pagar el médico que necesitaba.

Yo pienso señores que esto constituye una gran injusticia porque cuando en un país culto como el nuestro los músicos y los poetas mueren de hambre, algo anda mal. Lo que está sucediendo, y esto hay que confesarlo aunque nos duela, es que la cultura está descendiendo a un nivel tan bajo que el dinero de los poderosos vale más que el mensaje de los artistas. Se están perdiendo los valores espirituales y con ello se está diluyendo nuestra personalidad nacional.

Uds. han de recordar la visita de hace pocos años de un cantante italiano que hizo furor en Buenos Aires: Nicola Paone. Bueno, yo recuerdo que toda la gente no hacía otra cosa que remedar el canto de este artista y los teatros y emisoras de la Capital Federal se abarrotaban de público que iba a ver a Paone. Pocas veces un artista argentino tuvo éxito tan resonante como Nicola Paone y digamos de paso que los empresarios porteños hicieron un negocio redondo.

Ahora yo pregunto: ¿Qué aporte hizo Nicola Paone a la cultura argentina? Ninguno, absolutamente ninguno. Nos dejó sólo un

pobre recuerdo de su "Señora Maestra" con una letra lamentable donde se insinúa una obscenidad poco edificante. No es aventurado pensar que los niños de las escuelas que escuchaban esa composición, lejos de sentir acrecentarse sus sentimientos de respeto y veneración por su maestra, empezaban a ver en ella un motivo de procacidad y de mofa.

Por eso se justifica que nos sintamos alarmados por el rumbo poco claro que está orientando en nuestro tiempo a la cultura argentina.

Hace dos años conversaba con el Indio Panta, ese eximio artista del charango que anda recorriendo caminos por todas las provincias de nuestra patria sin que le reconozcan sus excepcionales condiciones.

Me contaba que un día fue a Radio El Mundo. Después de conversar largo rato con el gerente de la empresa quien le explicaba porqué no lo podían contratar, este lo invitó a acompañarlo y junto a un busto de Haynes le dijo: "Mire Panta; yo sé que Ud. es un gran artista y yo me pasaría las horas sintiéndolo conversar y escuchando su charango. Pero aquí hay una consigna: si el negocio no da ganancias no hay contrato ni presentación posible. Esa consigna se parece a este busto. Tóquelo, sienta qué frío es".

Entonces el Indio Panta le contestó: "No, no lo voy a tocar; ya sé que es frío. Así tienen el alma todos Uds. Pero no importa. Yo no vengo a comerciar. Vengo a regalarles mi arte. Yo no necesito nada de Uds. Tengo todo. En mi charango tengo cencerros de cabras que me endulzan el alma al atardecer. Tengo vidalas. Tengo un cerro. "¡Cómo! ¿Un cerro? ¿Qué es eso?" Le preguntó el gerente. "Sí, un cerro. Cada obstáculo que Uds. me pusieron era un peñón grande… yo los fui encimando y ahora tengo un cerro. El día que Uds. me necesiten allá arriba me han de ir a buscar. Y si no van nunca, mejor. Desde allá seguiré cantando mis coplas para los pastores, para los arrieros, para los labradores de mis valles, es decir para la gente de mi pueblo".

Hace cinco o seis años murió en un hospital de beneficencia de Salta, don Artidorio Cresseri, el autor de esa zamba excepcional que se llama "La López Pereyra".

El pobre viejo murió ciego y en la última miseria. Nunca los gobernantes se acordaron de él.

Este hecho lamentable tiene en nuestro país numerosos antecedentes.

Uno de nuestros grandes poetas, Leopoldo Lugones, se suicidó. Nos dejó muchos hermosos libros entre los cuales "El Payador" marca un jalón en la valoración de la obra cumbre de la literatura argentina: "El Martín Fierro".

Un día de febrero de 1938 en un recreo del Delta, Lugones se pegó un tiro. Había hecho mucho por la cultura nacional y le pagaron como se paga siempre en este país a los hombres que hacen algo por su prosperidad: con la ingratitud.

Pocos meses después en el Hospital de Clínicas de Buenos Aires se suicidaba don Horacio Quiroga. Este escritor había pasado la mejor parte de su vida en Misiones y en todos sus libros -que son muchos y buenos- nos dejó una pintura vigorosa de aquellas comarcas. El también se iba porque el cansancio de vivir pobre y enfermo había llegado a su límite. Y el 25 de octubre del mismo año en Mar del Plata una gran poetisa argentina, Alfonsina Storni, se suicidaba arrojándose al mar.

Una mujer admirable que nos ha dejado verdaderas obras maestras de la literatura castellana, se nos fue como los otros escritores en la mejor época de su vida, en la época de la madurez intelectual que es la más propicia para las creaciones literarias.

Pues bien, estos hechos nos ponen en evidencia que la cultura argentina ha llegado a una grave encrucijada. Debemos volver a lo nuestro, a lo auténticamente argentino si no queremos correr el riesgo de ver naufragar nuestra cultura. Debemos volver a lo nuestro y aprender a valorarlo.

Estos urgentes problemas debemos pensarlos por nuestra cuenta y ahora mismo antes que sea demasiado tarde.

Esto no es una falsa alarma, porque cuando en un país culto y rico como el nuestro, escritores de la talla de Lugones, Horacio Quiroga y Alfonsina Storni se tienen que pegar un tiro, y artistas excepcionales como Don Hilario Cuadros, Artidorio Cresseri y el Indio Panta se mueren de hambre, algo anda mal. Sí, Señores Rotarios, algo anda mal en la república y tengo para mí la sospecha que, si nos empeñamos en olvidar que todas las noches florece en nuestro cielo la Cruz del Sur, nos vamos a extraviar definitivamente.

He aceptado esta invitación del Rotary Club con el único propósito de conversar con Uds. decirles estas cosas y transmitirles personalmente algo del mensaje que he pretendido reflejar en Cerro Blanco.

Yo sé que ese libro tiene más defectos que virtudes, pero me alienta la esperanza que algo tenga de vivo y palpitante. Si así no fuera confieso que he fracasado en ese bello y duro quehacer de poeta.

He nacido en las Sierras de Santa Bárbara, allí donde la tierra tiene un sabor amargo de wolfran y schelita, y donde los hombres encuentran cada noche en el alto cielo provinciano, una estrella de cuarzo brillante alumbrándoles el alma. Esa estrella de futuro, alta y limpia, que en su dulzor se parece a la palabra esperanza, es lo único que han tenido y tienen los mineros de mi pueblo.

Los he visto paleando la brosa en el fondo de los socavones; lavando el mineral en el río; manejando las viejas y pesadas maritatas.

Los he mirado a los ojos cuando entraban de turno, y llevando en su cabeza el casco de acero y en la cintura las pilas de carburo, se perdían rumbo a la noche sin estrellas.

Los he encontrado al salir de la administración con un agrio gesto de desconsuelo porque el trabajo de una quincena larga y dura no tenía más recompensa que unos pocos pesos que mal alcanzaban para pagar las cuentas de la cantina.

Los he visto a los mineros en las crudas mañanas de invierno curar sus manos degolladas por el frío, la cuña y el martillo, en las aguas del Río Grande, y morderse los labios en un gesto ceñudo de rabia e impotencia, cuando el mismo río les llevaba, en creciente turbia y rumorosa, la brosa por liquidar y la maritata que habían amarrado a su vera.

Y he visto a las mujeres de los mineros cuando en la salida de los túneles esperaban a sus maridos, a sus hijos, a sus novios, a quienes un grupo de hombres sudorosos y callados traían en una camilla ensangrentada con el cráneo deshecho por el peso de veinte toneladas derrumbadas.

Entonces el llanto tiene un sabor agrio de salar profundo, y esas son las únicas veces en que esos hombres y esas mujeres sufridas se encuentran con sus manos callosas mojadas de estrellas transparentes. Sí; sólo entonces lloran los mineros.

Con ellos se lamentan unidos frente a la miseria y el desamparo, otros hombres y otras mujeres que no conocen más satisfacciones que la de sembrar año tras año un pañuelo de tierra, arriar sus mulas de la mina al pueblo, y cuidar sus pocas cabras en medio de la soledad.

Ellos van a acompañar a sus hermanos en desgracia la noche del velorio y ayudan a llevar al minero que se va, al cementerio de la villa. Allí rinden su último homenaje con un puñado de tierra sobre el ataúd antes que el trajín rechinante de las palas acalle el canto de los grillos sobre el filo del crepúsculo.

Y después que la tierra cubre los despojos de los muertos queridos, los mineros ponen en la tumba una corona de recuerdos sin palabras y se van rumiando su silencio otra vez hacia los oscuros socavones…

He pensado muchas veces que esos hombres sufridos y sufrientes llevan en el alma, además de sus dolores, el dolor de nuestro olvido.

Por eso he querido encenderles desde mi libro Cerro Blanco una estrella de esperanza.

Y en algo creo haber logrado mi propósito porque cuando en mi pueblo he leído esos versos a mis paisanos, los he visto llenárseles los ojos de lágrimas.

Por eso pienso también que la vida ha sido generosa conmigo. Me ha pagado con creces lo poco que he hecho, porque no hay premio más hermoso para un hombre humilde que la gente de su pueblo le devuelva sus coplas húmedas de llanto.

Ya sé que los intelectuales refinados no dirán lo mismo. Sepan ellos también que nunca he escrito un solo verso para quienes son incapaces de ponerse a llorar en medio de la calle.

He escrito para los mineros, los labradores y los arrieros de mis montañas.

Y cada vez que vuelva a mis versos sólo ellos estarán presentes en mi corazón.

Tengo la porfía de amar a los que sufren y sólo dejaré de hacerlo cuando la vida haya domado todas mis rebeldías, cuando los ruidos del mundo no me dejen oír los murmullos del corazón y cuando los convencionalismos me hagan incapaz de ponerle palabras al silencio de mi pueblo.

"CERRO BLANCO":

POESIA DE REIVINDICACION DEL HOMBRE [2]

Hace algo más de un lustro, desde estas mismas columnas, destacábamos la presencia de un nuevo valor de la poesía puntana: Jesús L. Tobares. Nos place ahora corroborar el aserto, ya que su reciente libro "CERRO BLANCO" no hace sino acentuar aquellos méritos entonces señalados.

"Cerro Blanco" es un poemario en el que la dura y áspera tierra minera del norte sanluiseño trasciende en palabras densas, cargadas de angustia, dolor y rebeldía. La poesía de Tobares se sostiene en la intención y el mensaje. Todo en ella es denuncia y alegato. Si aquí y allá hay tiempo y espacio para la cuita querendona, el aire de fiesta o la alegría, en su trasfondo se hace fácilmente advertible el tono de reserva, de prevención, de duda, de esas improntas. Cada poema se define por su contenido social: como en sus inicios poéticos, Tobares ve a San Luis "en ropas de trabajo".

En "Wolfran y soledad", cuyos catorce poemas cavan el corazón del minero acaso en pos del supremo latido de su libertad, hay un tránsito de voces secretas que el poeta ha sabido rescatar del olvido. Es un duro país de piedra y silencio ese del "Éxodo" en que "la pena iba de norte a sur, buscando el tiempo..." Densa, pesada también en esa soledad cuyo contorno está hecho de luna, una luna trágica "hecha acaso de wolfran, de berilo, de tantalitas muertas..."

Pero el paisaje es el hombre. "Cerro Blanco" es SU hombre. Piedra también. Un hombre mineral, como su grito de protesta. Y si ESE hombre canta; la tierra bravía canta con él. De ahí que el canto pareciera a veces un lamento. Como en las hermosas "Coplas tristes para la muerte de Martín", o el tajante "Romance de la muerte", o la "Vidala del indio muerto". Y no es que Tobares se empeñe en sobrecargar de tintes sombríos el ámbito de sus versos. Nada de eso. Su paleta registra la gama cromática, el color atmos-

2 - Reseña literaria aparecida en el diario "LA OPINION", de San Luis, en diciembre de 1962.

férico, la vida semoviente que palpita en el paisaje. Y la muerte "con ser la muerte" vive también en esa realidad que es cuna y tumba del hombre vallisto, del serrano curtido, del rapsoda indio o criollo. De ahí la naturalidad con que afronta el riesgo, la peripecia dramática de temas cuya protagonista, como en el "Canto al minero muerto", se proyecta en las sombras de la tragedia y crece en la dimensión agónica que sirve de soporte a los cuartetos para "La muerte del campesino".

De lo antedicho podría inferirse que los poemas de "Cerro Blanco" son pesimistas, negativos. Pero no es así. Si hemos querido denominarla poesía—denuncia o poesía—alegato (pero fundamentalmente poesía), es porque en el mensaje que la nutre, ésta, la de Jesús L. Tobares es poesía de reivindicación del hombre. Es decir, poesía que sirve a un destino humano en el que el hombre asista a su propio renacimiento en el orden social de la justicia y la dignidad, al "canto de la vida naciendo sobre la muerte", como la consigna en uno de sus trabajos más logrados. En ese sentido, puede decirse que, aun cuando aquí y allá la forma haya sido sacrificada al fondo, este poemario condensa una esperanza requisitoria lírica al porvenir del prócer anónimo de los socavones mineros de las Sierras de Santa Bárbara, en San Martín de San Luis, el predio natal del poeta.

Saludamos, pues, en Jesús L. Tobares a una genuina voz del fecundo parnaso sanluiseño. Una voz de potente eco telúrico y lúcido acento testimonial, que canta a su pueblo con la unción filial que caracteriza a los creadores de la tierra adentro, allí donde la patria se erige en la auténtica magnitud de su dolor y su grandeza.

Juan Ricardo Nervi

CERRO BLANCO

A mis padres

Wolfran y Soledad

Estrella rota

Vengo de tu sangre, estrella rota,
mariposa desnuda, clavel aprisionado.
Traigo un vaso de cuarzo
para beber contigo nuestro nacimiento.
Ayer la caravana llegó desde los cerros
con una carga al hombro de mica y de granito;
ahora han florecido junto a tu campanario
las manos de la abeja, los ojos del rocío.
En la ciudad de piedra medita una guitarra
un hombre evoca y canta, un niño pide pan;
yo camino hacia el fondo de la noche sin vida,
donde crece la aurora del hombre que vendrá.
Allí levantaremos nuestros telares nuevos,
plantaremos la rosa pisoteada hasta ayer;
desde los salares galoparán los ríos
para unirse a la vida fecundando su fe.

Todas las arterias me unen a la sangre
de los mineros muertos y de los que no llegaron.
Escucha pues mi canto, estrella dolorida,
mariposa sonora, clavel encadenado.

Estirpe

La luz del nacimiento es fuerza inaugurada
que asoma a los balcones de la risa y el llanto.
Los balcones que aquí estaban cayeron de mañana
Y el Hombre está esperando junto a los cielos rotos
que el fuego arda en sus manos.
Yo vengo del último crepúsculo enfermo,
con una letanía de martillos y fraguas.

En mi pueblo, los hombres encienden con el alba
su amargo laberinto de arterias y panales.
Las siestas hacen nido en su pecho y los pájaros
picotean desde el fondo de la noche sus venas.
En cada martillazo los músculos se ensanchan
abandonados lechos de astros petrificados;
el espacio es tiempo asido a su devenir de roca
y el tiempo es raíz negra incrustada en su sangre.

El hombre de mi pueblo es abeja sin alas,
antiguo sol caído sobre ruinas desnudas.
Gruta donde los vientos del norte parpadean
su remoto lamento de ríos y vidalas.
Caminando hacia el polo de la muerte, su estirpe
sin laurel, sin historia, se viste de ceniza;
desde los ciegos piques, lunas desorbitadas
emigran deshojando la lepra de las minas.
Sobre los umbrales de la ansiedad, la tisis
desata sus tambores carcomidos y lentos;
sedientos los claveles (hijos de las salinas)
despiertan en la sangre de las noches mineras.

Los hombres de mis valles arrancan la corteza
de sus brazos y piernas,
para vestir un mito de estatuas y menhires.
Cuando llegan, entierran su corazón entero;

cuando se van, recogen un fruto paralítico.
Y desde los remotos caseríos, un niño
levanta su pañuelo,
el mismo que dejaron empapado de luna
en la última tarde los mineros que emigran.

Fragua

Pájaro metálico encendido,
buscando el alto pecho
de los espacios constelados.

Comienzo de la geometría
del metal, fragmento
del siglo obsesionado
por el saldo de las maestranzas.
Número inicial de la ecuación,
colonizando el territorio de la libertad.
Del taller llegaste incomprendida
a la tierra de los ríos salvajes
y de las anchas soledades.
Los pedregales callan cuando tú comienzas
a desgranar con tus aletas
el carbón de nocturna geografía.

Pero levantan de nuevo su monólogo
en las noches sonoras de vidalas.
No cabe tu prosapia metalúrgica
en las cuencas pensativas de la espuma.
Un siglo de estruendo, de fusiles
y tanques y cañones
es demasiado largo para anidar contigo
en el pecho pacífico del viento
y las luciérnagas.

Llegaste mordiendo, como un monstruo pequeño,
los lirios de sal que florecían
junto a las maritatas.
El minero te miró asombrado.
Eras el rumor confuso
de la tragedia de otras tierras lejanas.
Por eso aquí, bajo la luna llena,

te construyeron un taller pequeño
y te hicieron esclava.
Desde entonces, la sangre
sube en llamaradas por tu boca,
como una enredadera de canículas
trepando el camino de los pájaros.

Yo vengo de los túneles mojados
Con un mensaje simple, recogido
del pecho sonoro y plural de los mineros.
Amamos la tierra, el río, las espumas
la soledad, si sigue siendo nuestra.
La noche, sin estruendo, el ave
sin mochila, el sol
desgranado sobre los campamentos
de nuestra libertad.
Queremos un árbol de metal
que desmigaje cada día
el pan vegetal de los mineros.
Queremos lo que es nuestro
y lo que no tuvimos nunca:
la guitarra
de los vientos cumbreños,
la sal del tiempo penetrante
que recorre cantando las venas del amor.
La luna áspera y tísica
que alumbra, desde el fondo de la noche,
la muerte de antiguas edades minerales.

Concierto bajo la noche

Los astros desatan en la noche
su llanto de rubí.
Bajo la Vía Láctea
pasan las flautas del viento,
azotadas de sal y de ceniza.
Una quena trae del norte la tristeza puneña
andando los caminos niquelados.
Aquí todos los mineros andan descalzos,
para que la tierra no oiga
sus pasos desde el fondo de los ojos abiertos.
Desde allá otros mineros
vienen hasta aquí con sus miradas.
Alta mano, vuestros hermanos os saludan.
La Puna está mojada con el mismo sudor, con las escamas
de las lunas mineras que aquí lloran.
El minero tiene las raíces del alma
mordidas por los dientes de la espera.
Está cansado de esperar que vuelen
hacia el comienzo de la vida
los enjambres de abejas proletarias.
Las colmenas despiertan en el pecho
de los médanos
y en las manos mendigas de los ríos.
Y con ellas despiertan las palomas
que pasaron su infancia
junto a las maritatas defraudadas.

El bombo de los cerros lamenta
la biografía en bajorrelieve de sus manos.
La sangre del indio regresa anochecida
por los brazos abiertos de Marte y de Venus.
Las luciérnagas alumbran la ciudad
donde la noche se amamanta de fatiga.

Y en cada esquina el hombre crece
vertical hacia el cenit de sus altos dolores.
Su canto madura en el vientre
de la madre tierra,
para florecer en las flautas de los grillos
y en el arpa nochera de los búhos.
Pero la noche lleva en sus entrañas
el nacimiento de la aurora;
y cuando amanezca
la mañana besará enamorada
la frente amplia de los cerros.

Danza de la luna

Gime tu compás de espera
sobre los altos cerros.
La muerte entre las peñas arde.
El minero, sobre las riberas húmedas
de las noches sin alas,
corta amarras a sus barcos negros.
El mar de luna tiene sus contornos rotos.
De pie sobre esas costas álgidas,
los hombres ven cómo las anclas
hundidas en la sangre
comienzan un camino sin retorno.
Los muelles quedan solos
sobre el filo de la madrugada.
Los cerros tienen perfiles de negras catedrales.
Ha comenzado la danza de la luna,
de la luna hambrienta, moribunda y pálida.
Las quebradas retuercen su delirio
de raíces metálicas.
Las piquetas hieren su presencia
con temblor de alas.
Alas de pájaros silvestres
picoteando los granos de wolfran incrustados
en sus senos de cuarzo.
La fiereza del puma se dibuja
bajo los grandes molles.
En sus garras el miedo ya no tiene miedo:
está ciego de noche,
lo ha enceguecido el hambre.
El minero, en lo más alto de los cerros,
asiste a aquella danza.
Danza de las raíces, de los pájaros y pumas.

El río divide en dos el valle.
Los contornos desiguales

parecen grandes arpas.
En ellas comienza el concierto
con notas de cuñas y martillos,
de fraguas, de barrenos y de palas.
Música de aceros en la noche.
Junto al río agonizan los faroles
de los ranchos
y bebiendo en largas filas
se sumergen en la llaga de la arena
las cansadas maritatas.
Danza de las arpas brujas, de las herramientas
en los báquicos festines de la salamanca.

El viento desata la llovizna
de los astros azules.
Astros heridos con puñales antiguos
en las tabernas de la madrugada.
Un vaso quebrado
y una guitarra con sus cuerdas rotas
han caído junto a los muros
salpicados de sangre.

En las bocas amargas de los túneles
estallan los besos doloridos del carburo
en busca de la sangre del cansancio.
Sangre y luna en la guitarra,
bajo los fríos astros.
La muerte está naciendo
al fúnebre compás de aquella danza.

Los mineros vienen con sus palas al hombro,
para desenterrar la médula de la medianoche.
La jornada comienza cuando suenan las campanas
de la Vía Láctea.
Los barrenos, los martillos y las fraguas silban
al llegar al alba.
En las órbitas del músculo, las ansias

se crispan impacientes
Y el sol quema la danza de la luna y los astros.
El minero esconde bajo el casco de acero
su frente inaugurada.
La sangre está de pie sobre el cansancio.

Luna minera

Luna enferma, luna pálida,
luna minera, colgada
sobre los cerros heridos
y las viejas maritatas.

Luna nocturna, fugada
del túnel empobrecido
vamos a andar en la noche
por esos largos caminos.

¿Me escuchas, luna minera?
Voy a contarte mi vida.

Yo vivo en un viejo rancho
de paredes carcomidas;
no tiene ventanas, puertas,
cristales ni celosías.

Allí nacieron mis padres,
yo también allí nací.
Me han llegado ya dos hijos
y otro, pronto ha de venir.

¿Qué les diré yo a mis niños
si me preguntan: Papá:
por qué no tenemos patio
ni jardín donde jugar?

Nunca me ven cuando salgo
de mañana a trabajar,
pero a la madre le preguntan:
¿Por qué no viene papá?

Y entonces, ¿qué les diremos,
luna de la inmensidad?

¿Yo les diré que en las venas
de los cerros doloridos
hay sangre que es sangre nuestra
manando de alguna herida?

¿Y mi mujer les dirá
que su padre fue a buscarla
para que ellos coman pan
mojado con esa sangre?

Di luna, luna minera:
¿qué diremos a los niños?

Cuando llegan los patrones
en sus largos automóviles,
los niños van a mirarlos,
llenos los ojos de asombro.

Otros niños allí vienen
trayendo juguetes nuevos,
pelotas, monopatines
y un avioncito que vuela.

También ellos son patrones
y se divierten mandando.
mis niños juegan con piedras;
los patroncitos con dados.

Cuando vuelven a la casa
le preguntan a la madre:
¿Mamita, todos los chicos
tienen aviones dorados?

¿Qué les dirá mi mujer,
silenciosa luna pálida?

Yo trabajo en una oscura
gruta abierta entre las rocas;
voy cuando nace el lucero
y regreso ya de noche.

La piqueta se estremece
en la carne de los cerros,
sedienta de sangre nueva,
para mis hijos que esperan.

A veces vuelvo a mi rancho
después de largas jornadas,
sin llevar lo que he buscado,
roto el filo de mi pala.

¿Qué les diré yo a mis hijos
si me preguntan: "Papá:
(pregunta que me hacen siempre)
¿por qué no trajiste pan?

¿Qué les diré yo a mis hijos,
les robaré la verdad?

En las noches del invierno
cuando silba el vendaval,
los pobrecitos suspiran:
no han aprendido a llorar.

No se quejan, pero llaman
de rato en rato: Mamá…
(¿Será que les hace frío,
luna de la inmensidad?)

¿Por qué mis niños tiritan?
¿Por qué deben sufrir hambre,
si yo vivo entre los cerros
arrancándoles su sangre?

¡Di, luna, minera!
¡Luna de la soledad!

Interrogante

La luna alarga el día sobre los cerros negros,
cuando el rojo crepúsculo mana sangre viajera.
¿De qué estás hecha, luna?
¿De wolfran, de berilo, de tantalitas muertas?
¿Qué camino alumbras desde tu lejana celda?
¿Qué buscas en la veta de solitaria piedra?
Aquí en estas quebradas
camina una muchacha silenciosa y enferma.
Tan sólo tiene un nombre: ESPERANZA MINERA.
Detente, añosa luna: te diré quién es ella.
Nació quien sabe cuándo, en medio de estos cerros
en un rancho pobre, hecho de piedra.
Era blanca pero el sol y los vientos la tornaron morena.
Anduvo sola y triste sin que nadie la oyera…
Hoy es vieja ya; nunca tuvo nada,
también ella es ajena.
¡Quién sabe quién le ha dado ese nombre que lleva!
La niña se interroga junto al río mirándote
cuando pasas callada en tu marcha viajera.
Sus manos están llenas de noche, de distancia,
de pobreza y arena.
Y otra vez, impaciente, con ella me pregunto;
¿De qué estás hecha luna:
De wolfran, de berilo, ¿de tantalitas muertas?

Exodo

Era el vuelo sin alas bajo el mediodía herido.
Sobre el hombro la carga
de martillos, barrenos y piquetas,
la lámpara de carburo, el casco de acero
y la espera retorcida de amargura en los andenes
que los vieran llegar.
Sobre los rieles rodaba la angustia del instante.
El hierro que abrió el corazón virgen
del cuarzo milenario,
era el mismo que los llevaría ahora.
El campanario de luceros
que nacía con él cada mañana,
estaba enlutado de silencio.
Todo quedaba allá:
el alma pensativa sobre el yunque
contemplando su soledad agreste y pálida.
Los afluentes calcinados
de su corazón de wolfran
consumían las últimas gotas de sangre
en desesperada agitación postrera.
La noche había llovido pétalos de luto
y el mediodía desgranaba sol
como una gran polea en su esfuerzo final.

La pena iba de norte a sur, buscando el tiempo,
para desencadenar sobre el presente
todo el pasado que llevaba en sus manos.
El saldo descarnado eran harapos.

Muchos eran los que emigraban juntos
pero cada uno se sentía solo.
Sin embargo, en los brazos de la mujer amada
iba otro compañero.
Su pequeñez se agigantaba en ese instante.

Era el fruto que vieron madurar soles y lunas
del cielo provinciano.
Iba con ellos, pero sus raíces.
Quedaban en el vientre dolorido de la tierra.

Recién estaban descubriendo.
La cósmica divinidad que atesora el sacrificio.
Valorarlo
era colocarse sobre el pedestal
erigido sobre el sudor y lágrimas.
Pocos minutos habían bastado
para reconstruir una larga cadena
modelada desordenadamente, a martillazos.

El tren se aproximaba.
El humo denso de las calderas
recordaba las tardes abrasadas,
al compás de viejas maritatas,
diseñando sobre el filo del cansancio
el perfil de una esperanza.

Rugió la locomotora y temblaron los andenes.
Unas pocas cosas viejas era todo el equipaje.
Entre los que se iban y los que volvíamos
hubo un adiós solemne, sin ceremonias ni palabras.
Y se fueron por las venas paralelas
incrustadas en el pecho de la pampa.
Dejaban todo lo que un día
vinieron a llevar.

Accidente

Cruzado de muerte,
cayó vertical el mediodía.
Años estuvo, quizá, al acecho,
suspendido sobre la cabeza;
Y ahora, tan solo ahora,
Iba a caer, pesadamente.
Un montón de escombros
y un reloj de sangre detenido
era el saldo de tragedia.
Hombres de rostro adusto
con sus palas al hombro
se internaron en el oscuro pozo.
Trabajaron febrilmente…
Cada golpe resonaba en la gruta
con sepulcral acento.
La lámpara de carburo
alumbraba la escena.

Nadie hablaba
y solo el fúnebre golpear
de palas y barretas
rompía aquel silencio.
Después de largo rato
una voz entrecortada
se dejó sentir lúgubremente:
- Aquí está…
Las palas y los pechos
se detuvieron solemnes.
Momentos después desenterraban
el cuerpo destrozado e inerme.

Canto al minero muerto

Junto a su lecho de arena está creciendo la hierba.
Verde y pura cabellera de finos tallos metálicos
que el viento norte golpea
con sus manos mendicantes.
Tu cintura no despierta con lámparas de carburo.
Una lámpara de tierra, desde los ojos remotos,
se interna en la veta, en busca
de nutrido pan reciente.
Bajo el arco de la noche, la muerte sigue creciendo.
Tiene forma de guitarra la redondez de su pecho,
la cintura carcomida y la boca amarga y negra.
Todo está como la noche cuando te fuiste, minero.
Hace frío aquí en los ranchos
Y la madrugada
llega con una carga pesada
de martillos y barrenos.
(La luna escucha en la noche -oído sobre la arena-
cómo se acercan al alba los mineros que emigraron
con el corazón abierto)
Pero junto a tu ventana labrada en la piedra dura
crece la hierba, cuajada de rocío y astros nuevos.
Y mientras las fraguas duermen su cansancio desolado,
una guitarra encendida trae la voz de los cerros,
como el canto de la vida naciendo sobre la muerte.

Manos mineras

Caricia abierta, agrietada, hija de los crepúsculos
florecida entre el salitre de los viejos veneros;
ayer un arpa rota, ahora una colmena,
diez lunas en la noche, diez húmedos luceros.

La sangre corre suave bajo tu piel rugosa
Como la noche corre temerosa del miedo,
Suena como la noche, cuando pasa golpeando
Su bandada de jotes y de pájaros ciegos.

Baja y sube llorando su llanto de colmena,
su flaco llanto rojo, su alargado lamento;
campana de las horas, quiere ser un lejano
rumor de campanario tocado por el viento.

En ella cruje y sufre la luna paralítica
con su ramaje pálido, morada de los cuervos.
Luna de los mineros, corazón de berilo,
hidra tásica y alta, muerta de ventisqueros.

Diez caminos truncados por el filo de cuarzo,
abiertos en la noche como un grito hacia el viento.
La sangre anochecida vertebra su cansancio,
su ansiedad de vigilias y párpados abiertos.

Ven a buscarme ahora con mi calloso olvido,
con mi olvidado olvido de vértebras y huesos.
Desentiérrame y entiérrame de nuevo y para siempre
junto al muerto cansancio de los mineros muertos.

Después del invierno

Tus amargas cenizas, empapadas de llanto,
corren por las arterias de las noches sin luna.
Sumergido en la tierra, el oído del viento
escucha cuando pasa tu tristeza profunda.

En esta larga noche, desierta y esquelética,
los pumas beben sangre mientras tú te desvelas;
olfateando recorren las venas encendidas
de tu cuerpo maduro sepultado en la tierra.

Por eso tu cansancio no es un fruto perdido
ni un océano inmóvil donde flota la muerte.
Sus raíces ya empiezan a poblarse de pájaros
y en sus tallos asoma la vida transparente.

Minero, hermano nuestro, profundo y palpitante,
tu voz, imán de luna, de antaño dolorida,
se levanta vestida de sonoras campanas,
en estas altas torres de cuarzo y schelita.

Flaco, solo y desnudo te descubre la noche;
nunca te ha visto antes, lo sorprende tu sangre.
Un hombre todo lleno de luz, música y canto.
Nacido en la tierra y enraizado en el hambre.

Cerro

Campanario del viento, donde muere la tarde
con su prole de abejas y pájaros serranos.
Poco a poco, la lepra va comiendo tus venas
y el cordaje sonoro del bismuto y el cuarzo.

Herramientas al hombro, los mineros te dejan
cuando nacen los astros en racimos azules.
Los cristales del alma se buscan a sí mismos
en su deshabitado sabor de latitudes.

Lo que pudo ser ha muerto, lentamente, sin prisa;
por eso ya no quiere el hombre meditar.
La noche trae un poco de muerte postergada
porque se alargue menos la humana soledad.

Una espiga de dedos descarnados te arrancan
las yemas minerales con porfía febril.
Mientras duerme el cansancio pagado a bajo precio,
tu eternidad de wolfran va tocando a su fin.

La noche en que se callen las últimas guitarras,
la luna ha de mojarte con sus vidalas tristes.
Y esa noche el minero te rezará en silencio,
para que no te olvides del hijo que le diste.

Suicidio

Temblando quedó entre los cedazos
la última estrella degollada.
Desde el fondo de la tierra levantaron
su vuelo las navajas
y los dientes de la luna lo mordieron
con su filo de espadas desoladas.

El minero florecía entre el ramaje
sin raíces ni tallos de la sangre.
La flaca enredadera de las venas
trepaba su cansancio
y los lirios metafísicos del hielo
cerraban su mirada.
Esos negros portales que forjara
noche a noche, bajo el techo de su rancho,
clausuraban ahora los caminos
de su pecho, de sus piernas, de sus brazos.

Quieto, mudo, frío, ciego,
de espaldas en su catre,
andariego de tiempo y de distancia
el minero descansaba.
Se iba solo, solo, solo…
por las rojas arterias de los astros,
con un beso de wolfran en la frente
y una fronda de arañas sobre el alma.

COPLAS Y ESTRELLAS

La muerte del campesino

Ayer tarde, en Cerro Horqueta,
en un recodo del río,
mientras daba agua a su mula,
cayó muerto el campesino.

La noche llenó sus ojos
de oscuridad y rocío.
Lo cuidaron las estrellas
y lo lloraron los grillos.

A la mañana siguiente
salió a buscarlo un vecino;
lo encontró en el pedregal
profundamente dormido.

Desde los cerros más altos
bajaba por los caminos
ese nuevo amanecer
de vida y luz encendido.

La quebrada despertaba,
olorosa de tomillo,
con un tropel de majadas
de cencerros y de gritos.

Un pastor que vigilaba
su rebaño de cabritos
lanzó desde los mogotes
un estridente alarido.

¡Silencio en el pedregal
se ha dormido el campesino!

Envuelto en un poncho carie,
hilachento y desteñido,
cuatro mineros lo llevan
a velar a su ranchito.

Sobre la mesa lo alumbran
dos candiles encendidos.
Nadie ha venido a llorarle
desde los ranchos vecinos.

Para la muerte de un pobre
nunca hay flores ni suspiros:
le han de poner en la tumba
una corona de olvido.

Desde los viejos talares
las cigarras del estío
a coro le están rezando.
un tristísimo bendito.

El viento le trae aromas
de zarzales y de usillos
y descuidado en la puerta
deja sentir su silbido.

¡Silencio…sobre la mesa
se ha dormido el campesino!

Cuando baja el sol, lo llevan
al más cercano pueblito,
a lomo de mula, envuelto
en un cuero mortecino.

Cortejo de oscuros hombres,
callados y pensativos,
que llevan dentro del alma.
la muerte del campesino.

Se hace lento el caminar
entre los montes tupidos
y se aflojan los aperos
de los mulares cansinos.

Se bajan a componer
en la mitad del camino,
un viejo planta una cruz
en un tronco de espinillo.

En la espesura del monte
se oye un concierto de trinos
de zorzales y mandiocas
que andan haciendo sus nidos.

¡Silencio…sobre la mula
se ha dormido el campesino!

Llegaron al camposanto
cuando todos los caminos
se iban llenando de noche,
de luciérnagas y grillos.

De su mansa mula parda
lo bajan sin hacer ruido.
Por última vez lo alumbra
la estrella de su destino.

El féretro es el despojo
de un toro serrano arisco,
que le dejó el luto negro
de su cuero mortecino.

Le cavan la oscura fosa
del sueño definitivo
y un minero hace en el suelo
una cruz con el cuchillo

Bajo la noche infinita,
cuando ya todos se han ido,
junto a la fosa siniestra
se ha puesto a cantar un grillo.

¡Silencio…bajo la tierra
se ha dormido el campesino!

Zamba de los hacheros

La vida de los hacheros
brota como los quebrachos.
Yo nací en esta picada
abierta en tierra de sabor amargo.

Vientos, sol y nevazones
me han hecho duro y sufrido;
un solo poncho me entibia
cuando las estrellas tiritan de frío.

El bosque me ha visto siempre
sudando de sol a sol
y cuando sale la luna
hachando esperanzas por la noche voy.

Dura es la vida del pobre,
dura como los lapachos;
las manos se hacen astillas
apilando leña y hachando a destajo.

La soledad en los obrajes
tiene sabor de algarrobo.
Cuando no tengo tabaco
muerdo la tristeza de andar y andar solo.

Vengo de la tierra ardiente,
de la madera y el sol
y cuando sale la luna
hachando esperanzas por la noche voy.

Niña minera

La niña minera duerme
sumergida entre los cerros.

Nació su forma de arroyo
en remota primavera;
la tierra le dio su luz
empapada de pureza
y la noche moribunda
su agonía de luciérnagas.

En octubre el pedregal
se puebla de viejas quenas;
de los cerros mineros,
con sus vidalas viajeras,
llegan trayendo en el canto
mieles de enjambres silvestres.

Entonces despierta el pulso
dormido en su sangre nueva.

Como una mañana clara
se estremece entre los cerros,
las manos llenas de lumbre,
los ojos llenos de cielo;
pero la noche ha dejado,
prendida en su largo pelo,
la sombra de una doliente
vidala muerta en el pecho.

¿Por eso no hablas ni ríes
lejana niña minera?

Ven y mira cómo crece
sobre el tiempo tu silencio.

Nace hecho canto en el arpa
del arroyo y del jilguero,
luz en la flor del hachón
que entrega su aroma al viento
y esperanza en la guitarra,
raíz del llanto minero.

Esperanza, canto y luz
tiene mi sangre en tu cuerpo;
por eso cuando te escucho
sumergida en los veneros,
me pueblan de negras alas
los pájaros del silencio.

Enciende y suelta tu voz
como una paloma al viento,
para que vengan a verte
naciendo en un canto nuevo,
el cielo y la madrugada
con su temblor de luceros.

Y cuando vuelva otra vez
la primavera a los cerros,
te llenarás de luciérnagas
en las noches de silencio;
brotará un jazmín de luna
junto al candor de tu pecho…

Aunque la tierra no escuche
mi lamento de minero
y aunque estén llenos de sombra
tus grandes ojos abiertos.

Zamba de los mineros

Vengo del cerro dormido
con mi guitarra nochera,
descalzo por los caminos
mojados de sombra, sembrados de piedra.

Creció conmigo esta zamba,
perdida en las soledades;
el viento norte desangra
su largo alarido por los chaguarales.

Noche de los grandes astros
muertos sobre el río azul;
los mineros van mojando
con su sangre amarga la tierra sin luz.

La madrugada degüella
con su puñal largo y negro
el corazón de la tierra,
brotado en el canto de un viejo minero.

Guitarra, vino y lamento
tienen las noches de olvido
y en los cerros va muriendo
la luna que anduvo por estos caminos.

Noche de los grandes astros
muertos sobre el río azul;
los mineros van mojando
con su sangre amarga la tierra sin luz.

El leñaterito

La tropa de los burros viene por la senda
que bordea el cerro.
Cuatro bestias flacas caminan despacio
y atrás un muchacho de ojos renegridos
canta con tristeza una zamba del pago.
Las espinas duras del chañar y el tala
a cada momento quiebran ese canto.
Parecen semillas que el viento ha sembrado
para que maduren en sus pies descalzos.
Toda la mañana la pasó en el campo
hachando solito,
sin más compañeros que su silbo triste
y esos burros flacos.
Ahora va al pueblo con sus cuatro cargas.
Comprará con ellas azúcar y yerba
y alguna otra cosa, si el dinero alcanza.
De pronto se para;
camina unos pasos fuera del camino
y frente a una humilde cruz hecha de palos,
el niño se queda pensando en su padre.
Murió cuando él era chico todavía;
otros leñateros lo encontraron muerto
junto a ese camino.
El también traía su tropa de burros
con leña de tala, chañar y espinillo.
Desde la azulada tristeza del tiempo
llega ese recuerdo.
Tiene un gusto amargo, como de romero
cuando llueve poco y el campo está seco.
A partir de entonces sus años más tiernos
echaron raíces en la tierra amarga,
como el tintitaco nudoso y sufrido.
Las sendas lo vieron andar solo y triste.
De noche, cuando regresaba del pueblo vecino,

salían a encontrarlo los ojos brillantes
de los tucu tucus
y el canto lloroso de los negros grillos.
Al morir su padre
recibió la herencia de los cuatro burros
y esa larga pena de andar los caminos.
Después de un momento,
corta algunas flores y las deposita
sobre los maderos de la cruz ya vieja,
muy baja y sencilla…
No tiene otra cosa que darle a su padre;
Tal vez él comprenda…
Pero esa corona de flores humildes
Tiene el hondo aroma de las serranías
y el amor inmenso del leñaterito.
El chico se aleja buscando los burros
que ya se han perdido de vista.
Y mientras se marcha, piensa el tierno niño:
Tal vez algún día lleguen con la carga
y él quede solito, los ojos abiertos
caído por siempre sobre ese camino.

Zamba del leñatero

Arreando los burros flacos
viene al pueblo el leñatero;
en las quebradas retumba
su grito que muere cansado en los cerros.

Su blusa azul la ha teñido
la corteza de la luna
de tanto hachar con su copla
la noche leñosa, callada y profunda.

Una mandioca le ofrece
su trino en la soledad;
pero él nació leñatero,
sangrando su silbo por el pedregal.

Está brotando en su pecho
la sangre de un tintitaco,
para que anide en sus ramas
la estrella lejana más triste del pago.

Lamenta no haber nacido
pájaro, arroyo o guijarro
y no tener en el alma
una dulce flauta de viento y quebracho.

Al rey del bosque le envidia
la suerte de su cantar;
pero él nació leñatero
sangrando su silbo por el pedregal.

Atardecer y lamento

Por los senderos angostos
regresaban las majadas
a la hora en que los ríos
con su quena de agua clara,
de las verdes serranías
bajan cantando vidalas.

En los corrales de quincha
las crías nuevas balaban.
El balido es un lamento
de ausencia siempre esperada
que en las tardes del regreso
se desangra a la distancia.

El muchacho que venía
arreando sus pocas cabras
se sentó a mirar el río
en una piedra pizarra;
el sol ya se iba poniendo,
la tarde estaba callada.

Qué lindo ser como el río
y aprender esas vidalas,
tener como el pedregal
un violín o una guitarra
y andar por los arenales
en las noches estrelladas.

Pero uno que siempre es pobre
cuándo va a tener guitarra;
Tal vez no pueda aprender
a cantar coplas serranas,
porque al que nace en los cerros
no le enseñan nunca nada.

En la corriente del río
toda su sangre lloraba
y como herida paloma,
sin que nadie la escuchara,
callada, en su corazón
se moría su vidala.

Por entre los jarillales,
caminito de las casas,
buscando las crías nuevas
iban balando las cabras.

En las cumbres de los cerros
la tarde se desangraba.

La norteñita

Bajo la noche azul
te ha de nombrar
esta zamba norteña
que el viento trajo del Chaguaral.

Al irme, yo te dejo
este cantar;
¡Qué más puede dejarte
un minero triste cuando se va!

Noches de luna azul
para evocar,
los grillos del recuerdo
mi norteñita, no volverán.

Guitarras y caminos
me llevarán;
quizás no vuelva a verte
pago de ausencia, mi Chaguaral.

El día que me vaya,
te has de quedar
como queda en la noche,
callado y triste, el algarrobal.

Noches de luna azul
para evocar;
los grillos del recuerdo
mi norteñita, no volverán.

La canción del promesante

Virgencita del Rosario
vengo de los Cerros Largos;
diez leguas he recorrido
al galope de mi zaino.

Vine a traerte estas flores
que ayer corté en los campos,
cuando ya de nochecita
iba de vuelta a mi rancho.

En octubre el usillal
se llena de flores nuevas
y en el río está brotando
la menta y la yerbabuena.

Es todo lo que te ofrezco,
piadosa Virgen serrana;
¡qué más te puedo dar yo
si nunca he tenido nada!

Anoche cuando encerraba
la majada en el corral,
sentía un doblar de cajas
en la Quebrada ‘e la cal.

La luna pálida y triste
se asomaba entre los cerros
y el río, llorando ausencias,
se alejaba noche adentro.

Pensé que algún pastorcito
se habría caído muerto
y el viento en la soledad
le rezaba un padrenuestro.

Yo no he aprendido a rezar,
Virgencita del Rosario;
¡qué puede aprender un pobre
si nunca le han enseñado!

Los serranos que venimos
a acompañarte en tu fiesta,
traemos para mostrarte
un rosario de tristezas.

Este año no hemos tenido
ni maizal ni zapallares;
toda la crianza se ha muerto
de peste, de frío y hambre.

Ya estamos quedando a pie,
no hay pasto y es poca el agua;
se está secando el arroyo
de la Sierra Colorada.

Si no mejoran los años
tendremos que irnos de aquí;
ya andamos todos cansados
de trabajar y sufrir.

Todo lo que he cosechado
te lo traigo, Virgencita:
un ramo de flores tristes
y esta copla campesina.

En cada fiesta de octubre
vendremos a acompañarte
para que nunca te olvides
de los pobres promesantes.

Y al toque de la oración,
cuando redoblen las cajas,

la noche te ha de rezar
un lamento de vidalas.

Zamba del río

Por los caminos de piedra,
bajo la noche estrellada,
el río trae de lejos
esta zamba a tu ventana.

Bajo el sauzal, bordonea
la copla que le enseñaron
el pedregal y los grillos
allá por los Cerros Largos.

Mientras vos estás dormida,
el río canta y se va.
Golpeándose entre las piedras
la luna lo ha de encontrar.

En sus arpegios te nombra
cuando baja de la sierra.
El ha aprendido a cantar,
¡yo ni eso aprendí siquiera!

Cada vez que te recuerden
los grillos del pedregal,
aunque te encuentres muy lejos
te han de volver a nombrar.

Si alguna noche de luna
sientes tocar esta zamba
es porque te ando buscando,
río abajo, en mi guitarra.

Zamba

Ritmo de amor y de gracia
tiene la zamba puntana;
en los pañuelos se enciende
la estrella de una esperanza,
cuando comienza el arpegio
sonoro de la guitarra.

Sencilla y grácil la niña,
solemne y grave el paisano;
sobre los cerros más altos
la luna sale a mirarlos,
porque en la zamba revive
todo el amor de mi pago.

Cuando el zorzal del arpegio
calla su magia de trinos,
en el cordaje del viento
comienza a cantar un grillo
y el tamboril de la luna
besa los cerros dormidos.

Lento el andar y armonioso
revolotear de pañuelos;
la serranita ha encendido
su lumbre de ojazos negros
y el mozo golpea el bombo
de su corazón minero.

Cuando él la sigue de cerca,
ella deja de mirarlo;
acariciando sus trenzas,
El pañuelo del paisano
asemeja el aleteo
de un palomo enamorado.

Y mientras ella se aleja,
él se queda pensativo;
hay un adiós en el vuelo
de su blanco pañuelito
que tiembla en sus manos suaves,
como paloma de olvido.

La zamba tiene en mi pago
un sabor a lechiguana,
porque nace del enjambre
más luminoso: del alma;
es sencilla y es solemne
como una noche estrellada.

Bajo los frescos parrales
del viejo solar nativo,
brotando desde el recuerdo,
madura el canto de olvido
y a la luz de los fogones
la bailan los campesinos.

A la distancia se escucha,
llegando la madrugada,
rumor de patios que tienen
sencilla gracia serrana
y el manantial de las coplas
que nace de la guitarra.

En mi pueblo, en San Martín,
están bailando la zamba.

Zamba triste

Desde mi rancho escondido
entre chilcas y romeros,
te canto esta zamba triste,
San Martín de los recuerdos.

Cuando amanezca el lucero
sobre tus ojos heridos
¡Quién sabe dónde estaré,
mi lindo pago querido!

Te dejo aquí mi caballo,
esta zamba y mi guitarra:
yo me voy con tus estrellas
y tus cerros en el alma.

Mañana, cuando me aleje
por esos largos caminos,
ha de brotar este canto
junto a tus cerros dormidos.

Si no vuelvo, viejo pueblo,
escucha bajo la tierra
cómo madura mi sangre
desde la zamba nochera.

Y si la noche galopa
detrás de mí por las huellas,
alúmbrame este cansancio
con tus lunas andariegas.

Arrieros

Por la senda angosta vienen los arrieros;
vienen de los cerros.
Bajan lentamente, llenos de tristeza,
como si en el lomo de esas flacas bestias
trajeran un poco de sus muchas penas.
Entre quebrachales
se sienten los golpes de los guardamontes
y el eco, a lo lejos, repite cansado:
Picaza, Barcina, ¡huellaaa,huellaaa, huellaaa!...
La tarde ya tiende su poncho de sombra
sobre las quebradas.
Y la brisa fresca golpea la frente,
tostada en mil soles de largas jornadas
por aquellas sendas.
La tropilla sigue su marcha en silencio
y de rato en rato se siente ese grito de:
Oscura, Bragada, ¡huellaaa, huellaaa, huellaaa!
Una vidalita cantan los arrieros
y en su triste acento
también una oscura tropilla de versos
golpea sus cascos
contra aquel angosto camino de piedra.
Nacen con la noche
y tienen murmullos del arroyo claro,
sollozos de estrellas, perfumes del cerro.
Cantan los arrieros
y al duro chasquido de los latigazos
sigue un destemplado
Picaza, Barcina ¡huellaaa, huellaaa, huellaaa!...
Con la vidalita muere a la distancia
el anochecido tropel de la recua.
Los arrieros siguen su marcha en silencio.
Van a Santa Bárbara,
guiando en la noche más fría de invierno

aquella tropilla de mulas ajenas.
Y mientras la noche siente que se alejan
los cerros repiten,
como una esperanza que se va muriendo,
el grito nocturno:
Picaza, Barcina ¡huellaaa, huellaaa, huellaaa!...

El Pastorcito

Detrás de la majadita,
camino va de los cerros
un niño de pocos años
con su silencio de viejo.
Siempre lo vieron pasar,
por esos mismos senderos,
los breñales pensativos
y los pájaros norteños.
Apenas quiere aclarar
el niño busca su perro,
"Lobo" le llama el muchacho
y él va detrás de su dueño;
los dos conocen el monte,
sus refugios y sus huecos
y saben andar de noche
bordeando el despeñadero.
Con las últimas estrellas
que se apagan a lo lejos,
el valle enciende el andar
de rebaños y cencerros;
el niño arrea sus cabras
por entre el mollar espeso.

Su silbo de quena fina
va anudando los senderos
y un chaguaral de vidalas
comienza a arder en su pecho.
Silbando se dice toda
la pena de andar los cerros:
el silbo trepa las cumbres,
la pena se queda adentro.
El cerro le dio al pastor
la alegría del arriero:
arrear siempre esa majada
de tristezas y lamentos.

Muchas veces los crepúsculos
dormido lo sorprendieron
con un tropel de borrascas,
de relámpagos y truenos.
Bajo esas casas de piedra
que forma el desfiladero,
el niño se refugiaba
con algún cabrito enfermo
afuera aullaban furiosos
los negros lobos del viento.

El cerro es un campanario
donde tañen los cencerros
en esas tardes tranquilas
y olorosas del regreso.

Cuando llega la oración
y el valle se va durmiendo.
el sol desangra en las cumbres
su andar de caminos muertos.

En la sangre del muchacho
la vidala está naciendo;
se hace un bombo el corazón
para marcar el lamento
y se hace un arpa de lumbre
la cruz del sur a lo lejos.

Todas las cosas que él quiere
calladas se van muriendo;
la luna sale a rezarles
un funeral de silencio.
La majada, el valle, el rancho
y los cerros son ajenos.
El solo tiene ese canto
con que endulza los regresos.

Cuando esas tristes vidalas
se le mueran en el pecho,
la noche lo ha de alumbrar
con una cruz de luceros.

La puntanita

Zamba que en el Río Quinto
nació una tarde de abril;
la alumbraron las estrellas
bajo el cielo de San Luis.

El cerro le dio su aroma
de jarilla y de romero
y el amor de una puntana
la endulzó con su recuerdo.

Como anida la calandria
allá en los montes nativos,
en mi guitarra puntana
hará esta zamba su nido.

Cuando vuelva yo a San Luis
quién sabe si encontraré,
camino del Paraíso,
la prenda que allá dejé.

Se han de hacer cuerdas al viento
los caminos que yo anduve
y el viento canto de ausencia,
cuando esta zamba la busque.

Como anida la calandria
allá en los montes nativos,
en mi guitarra puntana
hará esta zamba su nido.

El naranjero

Bajo el sol de la mañana
llega al pueblo el muchachito;
perfume de azahares blancos
tiene su voz campesina:
-¡Compre naranjas, señora
cómprele al naranjerito!

Montado en su burro pardo
y con las árganas llenas,
cuando entra a la calle larga
el naranjero pregona:
-¡Compre naranjas, señora,
Son naranjas lujaneras!

Ayer cuando yo pasaba,
caminito de Luján,
(como a volver los cabritos
que saltaban el corral).
los ojos que siempre quise
me salieron a mirar.

Por entre los quebrachales
iba silbando vidalas;
así acorto los caminos
cuando tengo que ir despacio:
le entrego mi copla al viento,
pensando en cosas lejanas.

Esas son todas las dichas
que me ha dado la pobreza:
andar al tranco del burro
las distancias hechas sendas,
llevando esperanzas nuevas,
trayendo tristezas viejas.

Por eso ahora le traigo,
además de las naranjas,
estos azahares norteños
que arrullando una esperanza
como pichón de paloma
le han de hacer nido en el alma.

Ya vienen medio tristones;
los ha marchitado el sol.
Ayer cuando los cortaba
entrada ya la oración,
pensaba en los ojos negros
que quiere mi corazón.

Compre naranjas señora,
cómprele al naranjerito
no quiero volver muy tarde
a los puestos del Unquillo,
porque en las noches sin luna
se entristecen los caminos.

Si no compra, se las doy;
¡Qué más le puedo ofrecer!
por más que la gente crea
que siempre vengo a vender,
el naranjero es capaz
de darlas por un querer.

Estas naranjas son dulces
como esos ojazos negros.
¡Pero siempre son amargas
las penas del naranjero!

Vidala chayera

Tocando la caja vienen los mineros,
las alforjas llenas de miel y de luna.
El tiempo de chaya llegó a las quebradas
con su cargamento de coplas maduras.

Vienen de Las Cuevas, de Los Piquillines,
de Los Avestruces y del Manantial;
todo lo que tienen le traen a las mozas
que en la calle larga los han de esperar.

Desde Cerro Horqueta
me trajo una senda
que es distancia andada
de copla chayera.

Río, miel y luna
de la soledad,
traigo en mi tristeza
para el carnaval.

Los mineros pobres
vienen como yo
golpeando la caja
de su corazón.

Chayaré el domingo
y el lunes me iré.
¡Quién sabe, mi prenda,
si vuelva otra vez!

Cuando ya traslome,
desde San Martín
se oirán los lamentos
de mi tamboril!

Vidala del indio muerto

Nací de la tierra salitrosa y dura
donde muere joven la flor del cardón;
toqué con mi sangre el metal de la luna
andando por estos caminos del sol.

Me trajo a las minas un bombo legüero
que en el cielo claro retumbaba a wolfran
y encontré sangrando su tum…tum… viajero
en las soledades del cuarzo y la brosa.

No estaba aquí el hombre del canto perdido
ni estaba tampoco su bombo de piedra;
yo salí a buscarlo por esos caminos
de los arenales y de las luciérnagas.

Siguiendo la copla que iba cuesta abajo,
me fui tras el indio que hay en la vidala;
por esos caminos se fueron llorando
los últimos hijos de la Pachamama.

Caminé descalzo por la noche larga,
sobre las espumas sonoras del río
y soñando el oro de la madrugada
las luces del alba me hallaron dormido.

Hoy vuelvo a la tierra del wolfran amargo
con el alma llena de pájaros negros.
Vengo solo y traigo del indio su canto
porque él ya no vuelve, el indio ya ha muerto.

Atardecer

Desde los cerros bajan
las majaditas
y el río trae un canto
de lejanía.

Olor a menta fresca
y a peperina
aroman este valle
de La Huertita.

Es la hora en que el cerro
callado mira
cómo el sol se desangra
por las mesillas.

Con el cántaro al hombro
(greda nativa)
a traer agua al río
va una chinita.

Cerro arriba el cencerro
de la madrina
desgrana estrellas sonoras
de plata antigua.

El río va cantando
coplas dolidas
por esos pedregales
de La Huertita.

Luna y miel en el canto
para la dicha
y por la ausencia un llanto
de vidalita.

El río es como el hombre
(guitarra herida):
se va y no vuelve nunca
cuando lo olvidan.

Coplas de octubre

Siempre que llega este tiempo
de la flor y de los trinos,
me brotan a mí las coplas
de algún recuerdo querido.

No sé porqué el Cerro Blanco,
el arroyo y el sauzal,
se me hacen verso de nuevo
cuando los quiero olvidar.

En este tiempo, mi sangre
tiene un sabor a romero,
perfume de peperina,
de yerbabuena y poleo.

Se hacen arpegio en el alma
las cosas que allá dejé
y los campos del Puestito
me vuelven a florecer.

Ya han de estar verdes los sauces
que tantas veces nos vieran
llegar en esas mañanas
de la tibia primavera.

A la sombra del follaje
escuchábamos el coro
de los pájaros errantes
y el murmullo del arroyo.

Y tú, como una guitarra
dolida sobre mi pecho,
escuchabas en silencio

la tristeza de mis versos.

En estos días, la gente
ha de empezar la faena
de uncir yuntas al arado
para comenzar la siembra.

Por los cerros y cañadas
volverá la primavera,
En el canto de los tordos
y en el olor de la tierra.

¡Qué lindo es sentir al hombre
cuando canta una tonada,
mientras sueña con el día
de la cosecha lograda!

Así también yo quisiera
sembrar un día en tu huerto
estas semillas del canto
que son sueños de labriego.

Quizás es por eso que ahora,
cuando pienso en el terruño,
me encuentro con tu recuerdo
sencillo, dulce, profundo.

Y anda un enjambre de coplas
zumbándome el corazón,
gusto a panales silvestres
y algarrobales en flor.

No sé si un día cualquiera
se me irán por los caminos;
volvedoras son mis coplas:
no olvidan el Paraíso.

Romance de la muerte

En la mitad del verano,
la noche negra y hambrienta
se desató en la comarca
como un puma carnicero.

Las garras del viento sur
arañaban las paredes
del rancho de paja y barro
estremecido de miedo.

Del cielo se despeñaban
por largos desfiladeros,
como salvajes manadas,
las roncas voces del trueno.

¡Qué noche fue aquella noche,
de miedo en pleno febrero!

En un rincón sin candiles
-el alma llena de frío-
se apretujaban de angustia
la madre y sus once hijos.

Una feroz embestida
del pampero embravecido
barrió desde los cimientos
con el rancho malherido.

Sin dar tiempo a disparar,
a la madre y a los niños
los escombros sepultaron
en un ¡ay! estremecido.

El mayor, luchando solo,

mano a mano con la muerte,
sacó a la madre apretada
de aquel oleaje inclemente.

Después, a sus hermanitos,
heridos, desesperados;
los tres menores salieron
muertos ya y ensangrentados.

Se paró el viento: la noche
detuvo por un momento
su bramido furibundo
y la voz torpe del trueno.

En los brazos de la madre
no cabía tanta muerte,
tanta sangre derramada,
tanto dolor impotente.

Del rancho sólo quedaban
palos y adobes deshechos.
¡El nido que costó tantos
sacrificios y desvelos!

¡Qué noche fue aquella noche
de muerte en pleno febrero!

Villa Praga y San Martín
acudieron al siniestro;
llevaban las manos llenas
de amor, de paz y consuelo.

Llevaron ropas, remedios,
alimentos y dinero,
la presencia solidaria
y la piedad de sus rezos.

A sus hermanos caídos
todo, todo se lo dieron;
hicieron como hacen siempre
los pobres allá en mi pueblo.

En cada casa un crespón
se enlutaba de silencio
y en el alma de las madres
lloraban los hijos muertos.

Por el camino del puente
luctuoso, lento, solemne,
se fue el cortejo siguiendo
su rezo hasta el cementerio.

Se abrió la tierra; cayeron
los despojos de los muertos.
¡Adiós! ¡Adiós! Les dijeron
las lágrimas del recuerdo.

¡Qué tarde fue aquella tarde
de llanto en pleno febrero!

Zamba del olvido

Esta vieja ventana
donde otras noches canté por vos,
se ha llenado de sombras:
ya no la alumbra tu corazón.

En esta misma calle
bajo la luna te conocí;
nunca te han olvidado
mis serenatas en San Martín.

Cuando te cante esta zamba
quién sabe dónde te encontrarás;
guitarra adentro, esta noche
los versos míos te nombrarán.

Cuando en la madrugada
veo una estrella que va a caer
sólo le pido que un día
andando, andando, te vuelva a ver.

Hoy que vengo a cantarte
ya no me arrulla tu dulce voz,
y el canto se me vuelve
zamba de olvido, sombra de adiós.

Guitarra adentro, esta noche
los versos míos te nombrarán;
cuando te cante esta zamba
¡Quién sabe dónde te encontrarás!

Fortuna coya

No tengo más que esta quena
que me sangra entre los dedos,
fortuna de coya pobre
y herencia de mis abuelos.

Con ella canto en las noches,
bajo los cielos abiertos,
las coplas que me enseñaron
la soledad y el silencio.

Nos vamos poniendo viejos
de tanto andar por los cerros;
por eso, cuando ella canta,
me pongo a llorar p´adentro.

Estas llamas no son mías
ni son míos estos cerros;
no tengo más que esta quena
que me sangra entre los dedos.

Vidalita del yuyero

Traigo llenas las alforjas
vidalitá
de yuyos que hay en mis cerros;
tengo hierbas p´al olvido,
vidalitá
traigo yuyos p´al recuerdo.

Flores de usillo te cambio
vidalitá
por una de tus miradas;
te doy peperina y menta
vidalitá
si me das una esperanza.

Por una dulce mirada
vidalitá
te doy todos estos yuyos;
no te doy mi corazón
vidalitá
porque siempre ha sido tuyo.

Del Cerro Blanco te traigo
vidalitá
flores de azahares y paico;
perfume de romerales
vidalitá
te traigo del Cerro Blanco.

El aguadero
(Gato)

Una noche clarita
de luna llena,
me alumbraron los ojos
de una aguadera.

A Las Aguadas iba
todos los días
a tomar vino tinto
y a ver la niña.

Gato fiero y profano,
gato matrero:
por el modo ´e pararte
sos aguadero.

Me dices que me vaya,
que no me quieres;
seguro son mentiras,
cosa ´e mujeres.

Dices que no me quieres,
pero no le hace
con tal que no te olvides
cuando te cases.

El praguero
(Gato)

Una noche en un baile
(dos de febrero)
se me fue mi caballo,
¡pucha el matrero!

Yo iba a cumplir promesa
p´al día ´el santo
y como había baile
me quedé un rato.

Fiesta del santo, sí,
dos de febrero:
¡Traigan vino y cazuelas
Pa' los pragueros!

Fui a verlo al Comisario,
¡gauchazo el mozo!
me dio albergue esa noche
en el calabozo.

Se portó como gaucho,
eso es muy cierto;
por quedar bien conmigo
lo largó al preso.

Chacarera del recuerdo

Cuando le canto a mi pago
me acuerdo de los amigos;
a Montenegro lo nombro
y del Chacho no me olvido.

Por amar las cosas nuestras
nos hemos sacrificado,
nos hemos pasao la vida
guitarra, vino y asado.

Nos hemos pasao la vida
juntando coplas y estrellas,
pensando en nuestros paisanos
y en las cosas de la tierra.

San Martín de mis amores,
mi viejo pueblo querido:
te canto esta chacarera
pa que veas que no te olvido.

Seguro que es de Las Chacras
el mozo del tamboril,
Montenegro es de La Toma
y yo soy de San Martín.

Hemos nacido en la tierra
donde canta la calandria
y donde las coplas tienen
un sabor de lechiguana.

¡Linda se ha puesto la fiesta,
"traigan vino y asen carne"!
¡No se hagan los vergonzosos,
no se me queden con hambre!

San Martín de mis amores,
mi viejo pueblo querido:
te canto esta chacarera
pa que veas que no te olvido.

Coplas tristes por la muerte de Martín

Te fuiste, Martín amigo,
en una noche de invierno;
te fuiste por los caminos
sin adiós y sin regreso.

¡Tantas huellas caminaste
mojadas de plenilunio,
para marcharte en silencio
aquella noche de junio!

Ya no han de volver los tiempos
de las viejas serenatas,
de la copla lugareña
que hizo nido en tu guitarra.

Ya no han de volver los tiempos
de la zamba enamorada,
porque tu triste recuerdo
se está llenando de lágrimas.

Antes de irte por siempre
camino de noche adentro,
en lo de Torres cantaste,
Martín, el último verso.

Muy lejos de aquí yo estaba
aquella noche tan fría,
por eso no pude oírte
la copla de despedida.

Así es la vida, Martín,
como un cruce de caminos:
Cuando queremos quedarnos,
tenemos que despedirnos.

Ya nunca han de ver tus ojos
esos paisajes de olvido
que miraste tantas veces
recorriendo los caminos.

Andariego te llamaron
porque andar era tu suerte;
para un pobre, no hay más huella
que la que lleva a la muerte.

No hace mucho que perdiste
tu guitarra por las pampas;
dormida quedó en el campo
bajo las estrellas altas.

Si nadie te la ha llevado,
si nadie pudo encontrarla,
por áhi te andará nombrando
con un llanto de vidala.

Así como se perdió
la guitarra de tus sueños,
así se suelen perder
las cosas que más queremos.

Cuando vuelvan otra vez
las tardes de primavera,
ya no podremos oír
el rasguear de tu vigüela.

Y si esas tardes nos traen
recuerdos de tiempos viejos,
será muy triste pensar
que ya no estás en el pueblo.

Así es la vida, Martín:

caminar de peregrinos,
cansancio de irnos muriendo,
huella de sombra y olvido.

Ahora que estás dormido
muy hondo bajo la tierra,
se van llenando mis coplas
de luciérnagas y estrellas.

Pueda ser que ellas te alumbren
en estas noches de invierno,
para que no estés tan solo
sin luz, sin lumbre, sin fuego.

Para velar por tu sueño
de cansancio trasnochado,
los grillos andan despiertos
sobre la paz de los campos.

Y hay un rumor de responso
que te quiere acompañar,
camino del puente viejo,
naciendo del totoral.

Adiós, amigo Martín,
adiós, amigo del alma;
estos versos que te canto
se me han mojado de lágrimas.

GLOSARIO

AGUADERO: Habitante de Las Aguadas.

BERILO: Mineral de sistema cristalino hexagonal. Hay gran cantidad en las Sierras de Santa Bárbara. Se lo encuentra en colores verde, azul y amarillo.

CARIE: Se dice el color gris indefinido; ni claro ni oscuro.

CASA DE PIEDRA: Especie de gruta natural de la montaña que sirve de refugio a los animales y a los hombres, especialmente en los días de tempestad.

CERRO BLANCO: Macizo montañoso que se levanta a poca distancia al oeste de San Martín y que, con la Sierra de La Huertita, forma parte de las Sierras de Santa Bárbara. Hay en la cima, atada al tronco de un molle beber, una vieja cruz de hierro colocada por el ex párroco de San Martín, Pedro Martín Alcalde en el año 1914.

CERRO HORQUETA: Lugar situado a 20 kilómetros al noroeste de San Martín, sobre el Río Grande o de Quines. Los cerros de forma triangular dan al paisaje un aspecto de horquetas colocadas sucesivamente. Hay ricas minas de wolfran.

CERROS LARGOS: Elevaciones montañosas que forman parte del macizo de Carolina, ubicadas al este de la famosa gruta de Intihuasi.

COMPONER: Arreglar el apero. Cinchar.

CRIANZA: El ganado nacido durante el año.

CHÁGUAR: Planta espinosa de las regiones áridas. Sus fibras se emplean para hacer cuerdas. Se la llama también chaguara.

CHAGUARAL: Lugar situado a 15 kilómetros al norte de San Martín, sobre el camino de San Martín a Quines, en la falda sur del cordón montañoso de Santa Bárbara.

CHILCA: Arbusto que crece a la vera de los ríos y arroyos, de tallo delgado y rectilíneo. Hay otra especie llamada chilca melosa, que crece en las lomas altas y áridas. Sus hojas contienen una sustancia pegajosa (resina) que tiñe fuertemente las manos y la ropa.

EL MANANTIAL: Mina ubicada en el lugar del mismo nombre, al sudoeste de San Martín.

EL PARAÍSO: Paraje situado a una legua al norte de San Martín. Le dan su nombre dos añosos paraísos que hay en el patio de la casa.

EL PUESTITO: Lugar cercano a San Martín. Fue antiguamente un puesto de una gran estancia. Hoy sólo queda una formación de añosos sauces y viejas taperas.

JARILLAL: Lugar poblado de jarillas.

JOTE: El cuervo. Así lo define José Vicente Solá en su "Diccionario de regionalismos de Salta". Agrega: "Es voz que corre en el norte del país y también en la región cuyana".

LA HUERTITA: Lugar de Turismo de hermosos paisajes serranos situado al oeste de San Martín.

LAS AGUADAS: Pequeña villa ubicada al noreste de San Martín.

LAS CUEVAS: Mina de berilo situada al norte del Cerro Blanco. Está hoy en plena actividad y producción.

LOS AVESTRUCES: Mina de chelita y wolfran cercana a San Martín, del grupo de Sominar S.A, dueña de la mina de Los Cóndores.

LOS PIQUILLINES: Establecimiento minero situado a 17 kilómetros al noroeste de San Martín. En épocas anteriores fue un centro minero de gran actividad. Hoy está paralizado.

LUJÁN: Población situada sobre la falda oeste de las Sierras de San Luis, a 173 kilómetros de la ciudad capital. Su clima cálido permite una buena producción de citrus.

LUJANERA: Dícese particularmente de la naranja producida en Luján. Tiene bien ganada fama de rica fruta.

MANDIOCA: Pájaro de hermoso canto, de color gris oscuro y tamaño parecido al zorzal.

MARITATA: Aparato de madera movido a palanca, que se utiliza en las minas para depurar el mineral.

MESILLA: Especie de meseta baja y árida.

MOLLAR: Lugar poblado de Molles.

MOLLE: Arbol corpulento y de espeso follaje. Hay tres especies: molle pispo, molle beber y molle morado. Molle beber es de madera muy dura especial para leña. De él se obtiene un fruto pequeño y aromático que se emplea en el mate y para preparar la aloja.

NO LE HACE: modismo regional que se usa para aludir a algo que no tiene importancia.

PAICO: Yuyo medicinal, eficaz contra indigestiones, especialmente en los niños.

PIQUE: Pozo abierto para extraer el mineral.

PIQUETA: Especie de barreta. Herramienta utilizada en el trabajo de las minas.

QUEBRADA ´E LA CAL: Paraje situado al oeste de Laguna Larga. Predominan las rocas de origen calcáreo que le dan su nombre. Hay una gran cantidad de casas de piedra y molles beber. Con este lugar se vincula una antigua leyenda de la Virgen del Rosario.

QUINCHA: Cerco tejido de ramas.

REY DEL BOSQUE: Pájaro del tamaño del zorzal, de plumaje negro con excepción del pecho, pico y patas amarillos. Se observan asimismo manchitas amarillas y blancas en las alas. Emite una hermosa melodía y se lo encuentra con frecuencia en los bosques del norte de San Luis.

RÍO QUINTO: El río más importante de San Luis. Nace en las Sierras de Carolina con el nombre de Río del Valle y después de pasar por Mercedes va a morir en la Laguna Amarga.

SALAR: Sinónimo de salina.

SAN MARTÍN: Pequeña población del norte de la provincia. Es uno de los pueblos más viejos de San Luis, juntamente con El Morro, Renca y Merlo. Hasta 1870 se le llamó el Rincón de Santa Bárbara. Fue en el siglo pasado un activo centro agrícola-ganadero.

SANTA BÁRBARA: Rica mina de schelita de Los Piquillines. Así se le llamó en homenaje a la virgen del mismo nombre que se venera en San Martín y cuya fiesta se celebra el 4 de diciembre.

SCHELITA: Mineral de elevado peso específico. Se encuentran numerosos yacimientos en las sierras de San Martín. Se presenta en colores amarillo y morado.

SIERRA COLORADA: Cordón montañoso situado al sur de Laguna Larga. Es un desprendimiento de la Sierra Grande que parte de

la Meseta del Palmar y está formado por moles graníticas de color rosado.

TANTALITA: Mineral pesado de color plomizo.

TINTITACO: Arbusto de madera durísima. Su ramaje pobre y espinoso le da un aspecto sufrido. De alto rendimiento para la fabricación del carbón. Con el molle beber y el espinillo forma la trilogía de especies leñosas que el leñatero prefiere para formar sus cargas.

TUCU TUCU: Variedad de coleóptero muy conocido.

UNQUILLO: Paraje vecino al Chaguaral.

USILLO: Arbusto de flores blancas y aromáticas, que tiene propiedades medicinales (digestivas, sudoríferas y diuréticas). Se puede escribir husillo ya que el nombre proviene del parecido de su flor con el huso o sea el instrumento casero que emplean las mujeres campesinas para hilar la lana.

VENERO: Yacimiento mineral.

VILLA PRAGA: Pequeña población a 15 kilómetros al sur de San Martín, sobre el camino a La Toma. Se venera allí al niño Jesús de Praga, cuya fiesta se celebra el 2 de febrero.

WOLFRAN: Wolfram. Tungsteno. Hay en la provincia numerosos yacimientos. El más importante lo constituye la mina de Los Cóndores, al oeste de Concarán.

CALANDRIAS DE SEPTIEMBRE

No importa que te despeñen
corazón, en el repecho,
que en luz contesta la piedra
cuando le parten el pecho.

Berta Elena Vidal de Battini

Y en mis ojos de flor en mi voz de agua
florece y canta mi ser desintegrado
y voy con lentitud subiendo al cielo
sin más flor que mi alma abierta al canto.

Polo Godoy Rojo

Yo nunca he visto juntos
tanta luz, tanto cielo,
como en ese puñado
de cal y de silencio
que es el rostro y el alma
de mi lejano pueblo.

Cesar Rosales

A Luciana Anabel, tibio
capullo de luz que alumbra
nuestro atardecer.

TIERRA DE LAS GUITARRAS

Canto para don Ricardo

En cofre de algarrobo San Luis guarda su nombre,
fresquito de sauzales, palpitante de coplas;
laboriosas abejas que trabajan el canto
como un río en la tarde le suben por la boca.

Con él cantó el cochero en lo de Pedro Apez
y el carrero nortino por Plaza de las Tropas;
allá en el Bajo Chico regaló sus tonadas
en la humilde novena de las niñas Baigorria.

Viva la tierra de las guitarras
dulce querencia del camoatí,
viva la patria del Chorrillero
viva su canto, viva San Luis.

Fue el dueño de los trinos, del río y de la luna
en esta memoriosa comarca de los grillos;
melodiosas calandrias le arrimaron el dúo
rastreando la esperanza, sepultando el olvido.

Por eso todavía lo nombran las guitarras
en estos viejos patios del jazmín y el aljibe;
junto al balcón labrado por inspiradas manos
florecen los poemas de Arancibia Rodríguez.

Viva la tierra de las guitarras
dulce querencia del camoatí,
viva la patria del Chorrillero
vivan sus versos, viva San Luis.

Con él nació a la vida un enjambre de trinos,
por él se hizo memoria la tierra de sus versos;
la tonada y la zamba volverán a encontrarlo
como cuando era joven, cantor y guitarrero.

No ha de morir su nombre porque el cantor no muere,
las guitarras lo alumbran en cada primavera;
se enamora del alba cuando murmura el río
y regresa en el vuelo de pájaros y abejas.

Viva la tierra de las guitarras
dulce querencia del Camoatí,
viva la patria del Chorrillero
viva su nombre, viva San Luis.

Adiós para David
(guitarrero)

Callada está tu guitarra que en las tardes
bajo el alto misterio de los talas
como un zorzal herido por la ausencia
nombraba a esta querencia de los Chaves.

Pensativo quedó el olmo que en el patio
escuchaba tu cantar hondo y sentido;
tal vez sea por eso que en los campos
andan lamentándose los grillos.

Ahora que te has ido
guitarrero del norte
las manos del silencio
te buscan en la noche.

Te llaman las guitarras
te nombran los cencerros
y se moja de luna
la palabra recuerdo.

Te fuiste en primavera, cuando octubre,
maduraba sus trinos de calandrias,
y se inundaban de luz los talas viejos
del Milagro, El Paraíso y Cercos de Alfa.

Ya no volverán con tu voz esas tonadas
que encendían el silencio de la tarde,
ni volverás a nombrar en la alta noche
a esta dulce querencia de los Chaves.

Tonada para Juana Koslay

Quiero acortar esa deuda
que nunca pude pagar.
vengo a labrar en el canto
tu nombre, Juana Koslay.

De tierra estás hecha, madre,
de miel silvestre y de sal,
te habitan dulces enjambres
de piscoiro y de pajuán.

En tu raíz de berilo
de tintinaco y gualán,
vive el San Luis que fundaste
en El Bajo y El Talar.

Aquí nacieron los hijos
nació la luz y el cantar;
las caricias del abuelo
son tierra y eternidad.

Cuando yo sea silencio
y no te pueda nombrar
los ríos del Bajo Véliz
te han de volver a llamar.

Entonces serás tonada
en el pico del zorzal,
y en el viento y las guitarras
himno de puntanidad.

Cogollo:

Juanita Koslay que viva
cogollito de chañar,

fieles memorias le guardan
la ausencia en este solar.
Aquí en San Luis de la Punta
nunca la van a olvidar.
Juanita Koslay que viva
cogollito de chañar.

Tonada para un cochero

Oiga cochero, ¿me lleva
a la Plaza de las Tropas?
Parece que hay guitarreada
en la fonda de la Eulogia.

Han quedado de juntarse
los Lucero y los Quiroga.
Esta noche habrá tonadas
en la Plaza de las Tropas.

Dicen que viene a cantar
Antonio Ponce del norte
usted conoce a ese amigo
de San Francisco del Monte.

Eulogio Dávila viene
como ladero de Ponce;
de Luján trae cogollos
que ha de cantar esta noche.

Temprano Doña Anacleta
estaba haciendo pasteles;
habrá chivos y cazuelas,
vino carlón y aguardiente.

Allí estarán Don Ricardo,
Aguilar, Reyes y López.
Viejas tonadas cuyanas
florecerán esta noche.

Si me hace el favor cochero
no pare, pase de largo;
quiero vichar quiénes son
los que hasta ahora han llegado.

-Perdone señor, no puedo
complacerlo en su pedido;
de bien que iba trote y trote
se me ha empacado el tordillo.

Cogollo:

Cochero amigo que viva
cogollo de verde malva
a usted Don Baudilio Torres
le dedico esta tonada.

Si el tordillo trotador
mañerea o se le empaca
átelo de un terebinto
en la esquina de la plaza.
No se aflija amigo Torres
no se aflija que no es nada,
el tordillo sabe bien
donde se cantan tonadas.

Copla del Atardecer

Por los campos del Puestito
va galopando un paisano;
sobre el silencio repican
los cascos de su caballo.

Se va cantando una copla
de antiguo acento puntano,
no sé qué dice de amores
de ausencias y desengaños.

Ganas tengo de ensillar
para alcanzarlo al paisano.
¡Amalaya me enseñara
la copla que va cantando!

Pampa del Tamborero

I
Rumbo a Pancanta una noche
iba rastreando un recuerdo,
me encontré con tu retumbo
Pampa del Tamborero.

Un indio joven te dio
su corazón prisionero
y tú lo hiciste un bombo
Pampa del Tamborero.

Cuando la noche me tape
con su poncho de silencio
tendré en la boca tu nombre
mojado de luna y tiempo.
Diré por última vez
¡Ay! Pampa del Tamborero.

II
Le pediré al Tomolasta
que me preste sus cencerros
para amadrinar tus noches
Pampa del Tamborero.

No ha de ser mía la culpa
si los yuyos milagreros
no me curan tus embrujos
Pampa del Tamborero.

Cuando la noche me tape
con su poncho de silencio
tendré en la boca tu nombre
mojado de luna y tiempo.
Diré por última vez
¡Ay! Pampa del Tamborero.

Zamba del marucho

I
La huella te está esperando
porque andar es tu destino;
por tu sangre se va el tiempo
cencerro, luna y camino.

Tranco y tranco van tus sueños
cuarteando antiguos dolores,
polvaredas de silencio
te van siguiendo en la noche.

Al marucho no lo nombran
ni los churquis ni los talas,
sólo lo nombra la ausencia
hecho madera incendiada
si en el real de los carreros
se desangra una guitarra.

II
Cencerros madrugadores
sonoros de luz y bronce
te apasionaron la vida
sabiendo que sos tan pobre.

Herencia de silvo y luna
te sostiene la esperanza;
para qué juntar monedas
si todo el canto es de plata.

Al marucho no lo nombran
ni los churquis ni los talas,
sólo lo nombra la ausencia
hecho madera incendiada
si en el real de los carreros
se desangra una guitarra.

Huella del regreso

I
Esta huella que pasa
por Saladillo
va derechito al norte
a los pagos míos.

En el siglo pasado
la transitaron
arrieros y milicos
indios y gauchos.

Por aquí levantaron
la polvareda
veloces diligencias
lerdas carretas.

A la huella, a la huella
camino largo
qué lindo es para un criollo
volver al pago.

Qué lindo es para un criollo
volver al pago.

II
La Toma, Paso Grande,
Guzmán y Praga
me acortan esta huella
siempre tan larga.

Me fui de Santa Bárbara
a rodar tierras;
después de mucho tiempo
ya estoy de vuelta.

Cuando en los callejones
cae la tarde,
perfume de gramilla
viene a encontrarme.

A la huella, a la huella,
huella perdida,
la querencia y el rancho
nunca se olvidan.

La querencia y el rancho
nunca se olvidan.

Triunfo de los puntanos

Soy una danza pampa
de antiguo cuño,
me bailaron los gauchos
en todo Cuyo.

Anduve vivaqueando
con los soldados
en este pago heroico
de los puntanos.

Anduve por el norte
por Santa Bárbara,
por Renca, El Pantanillo
y por Piedra Blanca.

En las Chacras de Osorio
me enamoraron
guitarras, nazarenas,
ponchos y lazos.

Con Pedernera y Pringles
me fui a servir
a la causa gloriosa
de San Martín.

Un día en San Lorenzo
me bautizaron;
estuve en Chacabuco
después en Maipo.

En Tucumán y Salta
serví a Belgrano,
a Lavalle y Alvear
en Ituzaingo.

Soy el triunfo de un pueblo
que vive en paz
porque ofrendó su sangre
a la libertad.

Soy el triunfo anhelado
por nuestros padres
que murieron soñando
la Patria Grande.

Guitarrero de antaño

Por estas calles de San Luis cantaste
la copla enamorada,
la misma copla que cantó el abuelo
cuando la ciudad serrana
era una majada humilde y silenciosa
de casitas blancas
con el pesado aldabón sobre la puerta
y los techos a dos aguas.

Entonces esta ciudad era un regazo
de tibia madrugada
que despertaba al crujir de las carretas
y al canto de los gallos.
Por la Plaza Independencia los mateos
su trote desgranaban
y en la Iglesia matriz
tibias palomas de bruñidas alas
convocaban las voces que dormían
en el oscuro metal de las campanas.
Y antes que los zaguanes anchos
y los adobones de las tapias
recobraran su perfil originario,
tú cantaste junto al balcón dormido
la copla enamorada.
Eran antiguas coplas andariegas
que en un tiempo de siembra y esperanza
se aquerenciaron en el ritmo melodioso
y tristón de la tonada.
Por ese entonces en la esquina
del Comercio y Rivadavia
Don Rufino Natel en la alta noche
templaba una guitarra
y mano a mano con un compadre suyo
desandando distancias

se trenzaban en porfía de caminos
rastreos y mudanzas.
Otra vez florecía en las bordonas
un fachinal de luces malas;
el tiempo del fortín y los galopes
para atajar la indiada.
Otra vez las noticias de cautivas
que salieron a buscarlas
por esos rumbos del Chadi Leuvú
sin más señas que el amor y la esperanza.
El trote largo de las diligencias
y el andar a media rienda de los chasques
se hacían polvareda en el malambo
y lamento volvedor en las tonadas.
El vino carlón y el aguardiente
tenían otro sabor con la payada.
Por eso todavía en la alta noche
guitarras embrujadas
se demoran rastreando viejos nombres
en la esquina del Comercio y Rivadavia.
Cuando en el Bajo Chico las Baigorria
humildemente le rezaban
la novena a San Antonio y le cantaban
los gozos y alabanzas
tu guitarra convocaba los pañuelos
para el rito de la cueca y de la zamba.
Afuera una fila interminable
de breques y mateos
pacientemente dormitaba.
A la dueña de casa le ofreciste
tu cumplido regalo
y a la niña que escondía sus rubores
sencillamente le cantaste:
"El pañuelo que me diste",
"Los momentos",
"Tomá esta rosa encarnada".
Y ella supo devolverte para que tú guardaras

en el arcón misterioso de los sueños
un cogollo de luna en la mirada.
Por eso todavía el Bajo Chico
florece en las guitarras
cada vez que la noche se hace copla
y celebra su regreso la tonada.
Por allá, por la Plaza de las Tropas
carreros forasteros te entregaron
alforjas llenas de versos recogidos
en el andar sin pausa.
Tú los guardaste cuidadosamente
para cantarlos en el cumpleaños,
en el acabo de novena, en las carreras,
en bulliciosas y enrejadas pulperías
en jugadas de taba.
En ellos vive San Luis con su abolengo
de canto y serenata;
con su alarido de viento Chorrillero
que en rejas y ventanas
pasa dejando su silbido largo
con ritmo de tonada.
Aquí están todos tus recuerdos
guitarrero de antaño:
estas calles que te vieron andar de madrugada
estos claros balcones que dejaron
felices artesanos,
estas rejas, estos zaguanes.
Por eso todavía en las novenas
del Bajo Chico y de La Rinconada
anda tu nombre bordoneando coplas
cuando despunta el alba.
Los viejos guitarreros que se fueron
vuelven a ser memoria celebrada:
Don Pedro Aguilar, Dalmiro Reyes,
Don Aníbal Astudillo, el Negro Durán,
vuelven a ser memoria alucinada
cada vez que las bordonas lloran

sin decir palabra.
Y aunque pasen los años
guitarras embrujadas
seguirán preguntando por tu nombre
en el Bajo Chico y en La Rinconada,
en el Parque Pringles, en la Plaza de las Tropas
y en la esquina de Comercio y Rivadavia.

MANGRULLO Y LEJANIA

San José del Morro

De aquellos tiempos ya no queda casi nada,
sólo una sombra de alarido y polvareda;
un galope entre oscuros chañarales
buscando la querencia.

Aquí estuvo el fortín, que los milicos
levantaron amasando paja y tierra;
por aquí desangraron su crujido
galeras y carretas.

Por aquí anduvo la sombra desvelada
de Don Pablo Lucero
despertando al rigor de las escarchas
relincho y centinela.

En la capilla de los Suárez la campana
que llamó a rebato tantas veces
como rezándole memorias al milico
tañe lentos quejidos y silencios.

Ya no queda nada del mangrullo
que atendía los chasquis del pampero
cuando la indiada de Trenel o del Recado
se venía a media rienda.

Ya no quedan ni rastros de la posta
que fue rumbo y fogón en el desierto.
Un chistido agorero de lechuza
dice que todo ha muerto.

Solo tu nombre San José del Morro
me habita desde leguas,
para que no todo se pierda en el olvido

de tu vieja querencia.

Para que no todo sea en tu memoria
oscura sombra de alarido y polvareda.

Sangre ranquel

Traigo en la sangre un galopar de potros
que me vuelve alarido el corazón;
un tropel de malones ranquelinos
que me viene del Cuero y Leubucó.

Traigo en el alma, tierra enamorada
un oscuro cañaveral de lanzas
y un lejano vislumbre de fogones
para las noches sin luna y sin guitarras.

Aquí se oyeron en estos cañadones
el fiero alarido del salvaje
y el grito de dolor de las cautivas.

Y más tarde rugieron los tractores
madurando en los rumbos cardinales
la promesa vital de la semilla.

José Rufino Natel

I

No hubo en San Luis de la Punta
otro rastreador como él;
fieles memorias recuerdan
a Don Rufino Natel.

Hombre curtido en arreos
aguantador de distancias.
Lo atraparon los caminos,
lo embrujaron las guitarras.

Fue rastreador y pulpero
soldado de San Martín,
y fue maestro de posta
muchos años en San Luis.

En un caballo estrellero
lo alcanzó el atardecer.
La Cruz del Sur yo le enciendo
por si se puede volver.

II

Acollaraba en las noches
los versos de las tonadas
en su vieja pulpería
del Comercio y Rivadavia.

Sabía mucho de indiadas
de aperos y de cargíos;
volvedor a la querencia,
rumbeador en los caminos.

III

En una noche de enero
del año sesenta y tres
lo apuñalearon a Sandes
que era entonces Coronel.

Los rastros al heridor
que iban al norte esta vez,
desde Plaza de las Tropas
le fue cortando Natel.

Después de cien leguas largas
siguiéndolo a sol y a sombra
Don Rufino lo indicó
en la ciudad de La Rioja.

IV

A cargo de las tropillas
con armas y bastimentos
anduvo con San Martín
bordeando desfiladeros.

El charqui, la fruta seca,
los ijares y los lazos,
con la pólvora y la harina
quedaron a su cuidado.

Allá en las cumbres nevadas
donde los hombres se helaron
a Natel lo protegió
su negro poncho cuyano.

Y bajo sus pliegues trajo
para dársela a la Patria
como un pichón de paloma

la libertad conquistada.

V

Cuando raudas diligencias
por el Chorrillo pasaban
mandaba a los postillones
que echaran la caballada.

Pasajeros y encomiendas
cuartas, aperos y avíos
tenía ya preparados
en la posta Don Rufino.

Al anuncio del clarín
que se iba la diligencia
Natel echaba un vistazo
a la tolda y a las riendas.

Y allá sobre el horizonte
envuelta en nube de polvo
la galera lo invitaba
a no quedarse tan solo.

Por eso en cada camino
se le prendió una nostalgia
con aroma de jarilla
color de jume y de zampa.

VI

Dicen que Natel se ha ido
yo no lo puedo creer,
en un caballo estrellero
lo alcanzó el atardecer.

Apero de plata y luna

sobrepaso el pangaré
por ahí andará buscando
la seña de algún caldén.

La Cruz del Sur yo le enciendo
por si se puede volver.
Rumbeador ha sido siempre
José Rufino Natel.

RAIZ Y CANTO

Paisana Flor de Retamo

Paisana Flor de Retamo
vengo a cantarte mi copla,
y antes que empiece a cantar
se me hace agüita la boca.
Paisana Flor de Retamo
vengo a cantarte mi copla.

Por mí te canta esta tierra
donde nació tu hermosura;
la tierra del algarrobo
del piquillín y la tusca,
del churqui que me lastima
de la chilca que me embruja.
Por mí te canta esta tierra
donde nació tu hermosura.

Esta noche los violines
del Chutunza y del Conlara
no dormirán concertando
vidalitas y tonadas.
Y en Santa Isabel el ónix
y el oro del Tomolasta
encenderán una estrella
para tu dulce mirada.
No han de dormir esta noche
los violines del Conlara.

Dulces guitarras te nombran
hermosa flor sanluiseña
y te nombran los arroyos
cuando bajan de la sierra.
Allá por Taruca Pampa
flautas de viento y de piedra
te buscan para entregarte

antiguas voces cumbreñas.
Y en Pampa de las Salinas
y en los montes de La Brea
dulces guitarras te nombran
hermosa flor sanluiseña.

El alma de Pancha Hernández
y de la Juana Koslay
te acompañan esta noche
en el nativo solar.
Como una calandria joven
tu corazón sentirá
la sangre de esas mujeres
que nunca de aquí se irán.

Guárdame Flor de Retamo
para el tiempo que vendrá
los nombres de Pancha Hernández
y de la Juana Koslay.

No tengo más que ofrecerte
Paisana Flor de Retamo.
Sólo te traigo esta noche
las espinas de mi canto
y un verso azul que me hiere
como la flor de los cardos.
Son para vos estas coplas
que deposito en tus manos.
No tengo más que ofrecerte
hermosa Flor de Retamo.

Canto del pircador

Estas manos doloridas
engarrotadas de inviernos
fueron las que levantaron
las pircas de ese potrero.

Piedra mora de la buena
sacada a combo y barreta
de una cantera que había
detrás de "Las Casas Viejas".

Angarillamos pedrones
aprovechando la fresca
por eso se entreveraron
cuarzos de luna y estrellas.

Treinta cuadras de churcales
en la falda de los cerros
allá a comienzos de siglo
pircó Basilio Moreno.

Pirca que trepa achatada
hasta la cumbre del cerro
como una víbora mora
ebria de luz y misterio.

Pircas hay muchas y lindas
firmes al paso del tiempo
pero ninguna como éstas
de Don Basilio Moreno.

Pero ninguna como éstas
de Don Basilio Moreno.

Las manos de Goyo Sosa

aguantadoras de inviernos
levantaron esas pircas
de “La Mesilla” y “El Hueco”.

Allí encerró sin cuidado
Don Pablo Andino su hacienda
y la novillada arisca
tuvo reparo y querencia.

Estas pircas de mi pago
levantadas piedra a piedra
tienen cimientos de luna
y por eso son eternas.

Tienen cimientos de luna
y por eso son eternas.

Vendedor de yuyos

Vengo a venderte estos yuyos
que he cortado sangre adentro
para que cures la herida
que dejaron los inviernos.

Estas manos que tú viste
acariciar primaveras
se han vuelto pájaros ciegos
de tanto apagar ausencias.

Yuyos del cerro te traigo
cortados antes que el alba
moje de luna y rocío
el dolor de las guitarras.

En esta senda encendida
con leña de hachón vencido
me han florecido chaguares
tiempo después del olvido.

Es por eso que este canto
de zorzal estremecido
me anda siguiendo en la noche
como un atajacaminos.

Vine a venderte estos yuyos
pero ya me estoy volviendo
con las manos doloridas
por tu dolido silencio.

Pueda ser que en algún tiempo
de luna nueva y de grillos
no vuelvan a florecerme

los chaguares del olvido.

Y no me siga tu llanto
como un atajacaminos.

La mariposa

En noche de carnaval
se perdió tu mariposa.
Qué cosa más dolorosa
perderse tu mariposa
en noche de carnaval.

En medio de la alegría
no sé quién te la encontró,
de tu pecho se cayó
en medio de la alegría.

No la pude encontrar yo;
rotas las alas y el vuelo
no la pude encontrar yo
no sé quién te la encontró.

En noche de carnaval
se cayó tu mariposa,
se le rompieron las alas
como se rompen los sueños
vaya a saber porqué cosas….

Nunca pude saber yo
porqué esa noche dichosa
herida desde tu pecho
se cayó tu mariposa.

Quizás te quiso avisar
que las cosas que se quieren
cuando el olvido las hiere
no se pueden rescatar.

La noche de carnaval
quizás te quiso avisar…

Qué cosa más dolorosa
perderse tu mariposa
en noche de carnaval.

Virgen de los Desamparados

I

Por allá suena la caja
en dirección al Pantano.
Ta, ta, tá se oye a lo lejos;
Ta, ta, tá se va acercando.
Por allá suena la caja
en dirección al Pantano.

Dicen que las niñas Frías
en su casa de Los Talas
le van a seguir novena
a la Virgen venerada.
Le van a seguir novena
en su casa de Los Talas.

La traen en procesión
en su urnita de madera.
Humildes flores la adornan,
cansinas voces le rezan.
La traen en procesión
en su urnita de madera.

La gente sale apurada
a tomar gracia, al camino;
rebozo negro las madres
sombrero en mano los niños.
La gente sale apurada
a tomar gracia al camino.

II

La caja viene anunciando
que llegan los promesantes,
corista es Doña Ernestina

cajero Cristóbal Suárez.
La mañana es una niña
que junta flores del aire.

A la sombra de los sauces
se dan un breve descanso;
siguen llegando vecinos
de los lugares cercanos.
Por los montes se dispersan
los abejones del canto.

Ta, ta, tá se oye la caja
clarita pero distante;
se han parado junto al río
a la sombra de los sauces.
Redobla alegre la caja
que toca Cristóbal Suárez.

III

Cuando lleguen a la casa
de las Frías, en Los Talas,
ancianas de manto negro
van a salir a encontrarla.
Cuando lleguen a la casa
de las Frías, en Los Talas.

Con su voz de caja antigua
envejecida de añares
le rezarán cuando llegue
el padrenuestro y la salve.
Con su voz de caja antigua
envejecida de añares.

IV

Rezo y canto, canto y rezo

ya han pasado Los Chañares;
a la casa de las Frías
han de llegar esta tarde.
Redobla triste la caja
traslomando Los Chañares.
Corista es Doña Ernestina
cajero Cristóbal Suárez.
Canto y rezo dolorido
de sufrido promesante
trae en su andar desvelado
el río de Los Chañares.

En las lomas del poniente
se va muriendo la tarde.
Corista es Doña Ernestina
cajero Cristóbal Suárez.

Burrito de mi recuerdo

Por los campos del recuerdo
andas burrito pequeño,
color de cielo tus ojos
manto de luna el apero.
Pasitos cortos te escucho
por los campos del recuerdo.

Orejas largas y enhiestas
para los cantos del viento
y un rebuzno aquerenciado
por el llanto de un cencerro.
Veo tu rastro fresquito
Por este sendero viejo.

Volverás cuando la noche
venga encendiendo luceros
y los grillos se despierten
en la quietud del potrero.
Entonces seré distancia
noche sin luna y silencio.

Y quizás niño otra vez
saldrá a buscarte tu dueño
por las azules quebradas
olorosas de romero.

Aunque entonces sólo seas
en los caminos del tiempo
un rebuzno largo y triste
apagándose a lo lejos.

Como el hachón

Quisiera ser de apariencia
como la planta de hachón,
espina brava por fuera
por adentro corazón.

Me aporrearon las tormentas
me castigó el agua y el sol,
por eso me he criado huraño
como la planta de hachón.

Me planto junto al camino
solitario y soñador
sin estorbar al que pasa
buscando un mundo mejor.

Amalaya quien pudiera
como la planta de hachón
ser camino y caminante
en el aire y en la flor.

Con paciencia y sin maldad
hacer del llanto canción
y buscar con alto empeño
los rumbos del corazón.

Creciendo siempre derecho
como la planta de hachón.

Para Danita

Podando encontré ese nido
en las ramas de un damasco,
hogar tibio fue en un tiempo
vaya a saber de qué pájaro.

Con él va todo el amor
que en su alma siente el abuelo;
nido de luna le entrego
a mi nieta en este verso.

Cuando sus manos pequeñas
lo acaricien tiernamente
sabré que el sol de la vida
me alumbra con luz eterna.

Para Dana Carolina
va este nido y estos versos;
para Dana Carolina
la nieta de mis desvelos.

Nido de amor será siempre
el corazón del abuelo.

Serenata

Desde San Luis yo le mando
con estas coplas mi aprecio;
trenzador de sueños altos
amigo Gaudioso Agüero.

En San Francisco del Monte
cuando viene amaneciendo
sus manos trenzan el canto
de zorzales y jilgueros.

Bozales y maneadores
acollararon los tiempos
de pacientes trenzadores
con sencillos guitarreros.

Por eso al canto del gallo
antes que asome el lucero
en sentida serenata
le dejo mis rudos versos.

Tobares es quien le canta
con su licencia, aparcero;
trenzador de sueños altos
amigo Gaudioso Agüero.

MADRE AMERICA

AMÉRICA INFINITA

Cuando era de noche todavía
los dioses bautizaron estos ríos
que andaban por la tierra acariciando
los puquios de su origen.
Cuando era de noche todavía.
Así nacieron el Chutunza y el Conlara
en cuyas márgenes rudas manos alfareras
modelaron sencillas tinajitas.
Así nació el Ulbara en cuyas voces reconozco
las flautas de caña de los incas,
y el Uspara que a la sombra de los talas
armoniza el silencio
con las trovas de zorzales y monjitas.
El padre sol doró las cumbres
de cerros sonoros como el trueno;
Tomolasta, Virorco, Sololosta,
Intihuasi, Pancanta, Gigantillo.
En las laderas grises
alzaron su punta de lanza los chaguares
y la zampa y el jume protegieron
de tímido clamor y de ceniza
la Cañada del Balde y Bebedero,
la Pampa de las Salinas.
En las lomadas tibias
despertaron el paico milagrero,
el quiscaluro frutal, la calaguala,
el molle beber y la altamisa.
Y en los oscuros guaicos la totora
y la presencia misteriosa de la chilca.
En esos nombres que vienen de tan lejos
me habita esta América infinita.
Hija de Manco Capac y Viracocha,
de Atahualpa, de Huáscar y Yupanqui;
América de la sal y la schelita.

Tierra de la luz y la esperanza
que nunca acaba de curar
el ñandutí de las heridas.
América descuartizada a cuatro rumbos
en la sangre de Tupac Amarú y de Lautaro;
desgarrada en las encomiendas y en las mitas.
Tibia paloma anochecida en los yerbales,
en las fazendas, en los cafetales y en las minas.
Por andar tiempo adentro
como un pájaro ciego
no conozco tu vasta geografía.
Solo me habitan esos nombres íntimos
que macollan en la luz de la calandria
y en el humilde lamento de la urpila.
Y de allí me viene esta memoria
dulce y estremecida.
América digo cuando nombro el Conlara
y se me vuelve copla el Virorco y la chilca;
es racimo de cuarzo la luna en Intihuasi
y el cachiyuyo la flor de La Salina.
Me acarician con sus voces el paico y la totora,
el molle y la schelita.
En esos nombres que vienen de tan lejos
me habita esta América infinita.

GENTE DE MI PAGO

Coplas

Una voz bella, quien la tuviera
para cantarte toda la vida.
Pero mi estrella me dio este acento
y así te siento, tierra querida.

Atahualpa Yupanqui

Detrás de tu recuerdo
está intacta la aurora,
el tiempo de la fruta y las cosechas.
.....
Llevo tu amor en la pupila abierto
y el alma para siempre en primavera.

Jaime Dávalos

Si uno se pone a cantar
un cochero lo acompaña
y en cada vaso de vino
tiembla el lucero del alba.

Manuel J. Castilla

A Dana Carolina
Cuyas manos pequeñas
convocan la música de
todos los pájaros y ríos
lugareños.

Coplas del vino

Hacía tiempo que andaba
pensando en usted, compadre,
con un antojo muy viejo,
picaneándome la sangre.

Quiero que usted me acompañe
a compartir este vino
y que nos moje por dentro
morada sombra de olvido.

* * *

Creo que nos conocimos
allá en el año cuarenta,
entonces yo trabajaba
en la mina "Cerro Horqueta".

Usted despintaba brosa
en la mina "Santa Rita"
me conversó que sacaban
de bolsadas la chelita.

Y en uno de esos domingos
que bajábamos al pueblo
lo encontré medio achispado
con varios "tintos" adentro.

Era en un viejo boliche
de Don Erasmo García
y aquella noche yapamos
su tristeza con la mía.

Usted me pagó la vuelta
yo le canté una tonada

y entre versos y cogollos
se vino la madrugada.

* * *

Después nos acollaramos
para cinchar en las vetas:
"Santa Fe", "Los Avestruces",
"Los Cóndores", "La Aspereza".

Por entonces conocimos
el boliche de "La Puerta"
que sólo vendía vino
pan casero y mortadela.

En Concarán visitábamos
el de Santana Carrizo
donde oscuros bolivianos
mataban penas de siglos.

Boliche de los Barzola
recuerdo en Villa de Praga
y en San Martín Don Lindauro
con lujos de naipe y taba.

* * *

Si habremos tomado allí
vino tinto en bordalesa,
mares de caña y vermouth
cajonadas de cerveza.

Pero dejando la plata
del tanto o de la quincena;
guitarras amanecidas
nos endulzaban la fiesta.

Chancando versos de pobre
los dedos del guitarrero

nos alumbraban por dentro
el socavón de los sueños.

Y mientras se iba llenando
el cajón del bolichero
la tristeza se moría
río abajo por el tiempo.

Cuando al alba, a grito limpio
despertábamos al cerro,
temblor de animal antiguo
nos sacudía por dentro.

Y nos dejaba en la boca
un gusto amargo el silencio.
Así se cobraba el vino
el sudor de los mineros.

* * *

Usted conoció estas manos
degolladas, color tierra,
las vio barrenear el cuarzo
en lo oscuro de la veta.

Manejaron el cedazo,
las fraguas, las maritatas,
y las mató la codicia
del boliche de Santana.

Ahora ya ve compadre,
que no sirven para nada,
sombra nomás, pura sombra
dolorida y desangrada.

Por eso quiero invitarlo
a compartir este vino;

usted que ha sido minero
sabe porqué se lo pido.

¡Que nos moje por adentro
morada sombra de olvido!

Coplas para Doña Tecla

Para Doña Tecla Funes
telera de Nogolí
estas sencillas coplitas
que un día le prometí.

Las fui tejiendo despacio
las fue dictando el sentir,
y busqué para teñirlas
raíces de piquillín.

Para Doña Tecla Funes
telera de Nogolí.

* * *

De sus manos sarmentosas
color de molle beber
salieron chuses de lujo
de esos que ya no se ven.

Chalinas, ponchos y mantas
que los paisanos lucían
en acabos de novena
y en las fiestas de la Villa.

Y cutamas y jergones
peleros y caronillas
para el apero paisano
lujoso de platería.

* * *

Tinaja de luna llena
acunó su pachiquil
cuando al alba se teñían
las costas del Nogolí.

En él lavó los vellones
que se impregnaron de luz
y que después florecieron
en rojo, en oro y azul.

* * *

En su telar hubo siempre
rumor de pájaros libres,
arrebol de amanecer
arpegios del arco iris.

Toda la luz del paisaje
se hizo color puro y simple
y las alas del rundún
se posaron en la urdimbre.

Por eso el viejo telar
fue siempre tierra encendida
que salía de sus manos
para cantarle a la vida.

* * *

Todo su mundo fue el río
con la historia de su andar;
el huso y el braserito
la luna en el jarillal.

Los rezos de la novena
el repuntar la majada,
y promesar para mayo
al Cristo de la Quebrada.

* * *

A los cien años cumplidos
todavía aquellas manos
tejían luz en el patio

para el apero paisano.

Y lidiaban con los lizos
el aspador y la pala
para que no se perdiera
la herencia de Tata y Mama.

* * *

Ahora que se han dormido
sus manos en el silencio
le tejo esta lista atada
de palabras color tiempo.

Las he teñido con grana
y raíz de piquillín;
con verde chilca melosa
y cielo color añil.

Para Doña Tecla Funes
telera de Nogolí.

Coplas de la curandera

-“¿Qué tiene enfermos compadre
“ que llega tan de mañana?
“Malicio que anda de apuro
“por la mula tan sudada.

-“¿Sabe comadre qué pasa?
“andamos de mala racha.
“Hemos tenío retroceso,
“me le ha dado ora a la Paula.

-“¿Y por qué no va a pedirle
“medecina a Doña Juana?
“¡Tan buena que es la viejita
“y tan acertada que anda!

-“Así va tener que ser
“como usted dice, comadre,
“Entonces voy a seguir
antes que sea más tarde.

* * *

A la siesta a pleno sol
camino a “Los Ojos de Agua”
pasaba caballo aparte
rumbo al norte doña Juana.

Iba a cumplir otra vez
con el deber de aliviar
pesadumbres y dolores
en toda la vecindad.

No la atajaron granizos
ni aguaceros ni borrascas.

Anduvo todas las sendas
de la sierra y de la pampa.

Friegas, tomas, cataplasmas
con el aceite de huevo
le ayudaron a curar
ya desahuciados enfermos.

Pero nunca se ocupó
de recoger la ganancia.
Jamás la plata manchó
su pura nobleza de alma.

* * *

Para la tos té de peje
con flor de violeta y sauco;
para el empacho infusión
de hojas de tala y durazno.

Malva, llantén, calaguala,
para las llagas y heridas,
y si la sangre está mala
carqueja y zarzaparrilla.

La culebrilla se cura
rodeándola con la tinta.
para afección de riñones
pelo ‘e choclo y doradilla.

Si la “ojeadura” es reciente
hablar antes que le ganen;
si la querencia está lejos
hierba de quitapesares.

Para el mal de amor, casorio;
para el olvido, olvidarse.

Por prendas que tienen dueño
no hay que buscar de curarse.

* * *

Pardeando ya la oración
sintieron que alguien llegaba,
salió Lisandro a calmar
la furia de la perrada.

El muchacho conoció
por la brasita del chala
que quien venía del norte
era la mamita Juana.

-"Ave María..." se oyó
desde la puerta de trancas.
-"Echame la bendición..."
-"Que Dios me le dé su gracia".

-"Cómo ha dejado, mamita
"la gente 'e "Los Ojos de Agua"?
-"Andan saliendo del susto,
"quedó buenita la Paula.

Cerquita cantaba el río
rezumando olor a albahaca
y en los corrales de quincha
se oían balar las cabras.

Al rato, camino al sur
se perdió por las barrancas
buscando rumbos de estrellas
la sombra de Doña Juana.

La misma sombra que ahora
ya no quiere acompañarla.

Coplas para la tía Matea

(PASTELERA, DE LAS BUENAS)

Hice promesa hace mucho
para el tiempo de cosecha
de cantar un par de coplas
para la tía Matea.

Como semilla elegida
las he tenido en reserva
guardadas en bolsa ‘e lienzo
que se cuelga en la cumbrera.

Usted me ha de perdonar
son dos coplitas apenas
para celebrar su oficio
mentado de pastelera.

* * *

Cuentan las gentes del pago
que de sus manos morenas
salieron lujos de tortas
de bizcochos y tabletas.

Cuando los hombres viajaban
para el tiempo de cosecha
llevaban sus amasijos
en las alforjas de felpa.

Y si alguien les preguntaba
en las chacras cordobesas:
-¿Quién ofló tan fina masa?
siempre la misma respuesta:

-“Estas tortas, estos pasteles
son de tierras sanluiseñas,
puede probar con confianza

son de la tía Matea".

* * *

Si en el pago celebraban
algún casorio o una fiesta
su floreo de bizcochos
nunca faltaba en la mesa.

Ponderaron sus hazañas
de prolija pastelera
en las jugadas de taba
y en las carreras cuadreras.

Y no digamos las veces
que en acabos de novena
interrumpieron los gozos
por alabar sus tabletas.

* * *

Ahora que usted se ha ido
ya no hay en esta querencia
quien repita aquellos lujos
para el tiempo de cosecha.

Por eso es que yo le canto
estas pobres coplas viejas,
es la forma de pagarle
siquiera en parte la deuda.

Que Pachamama bendiga
sus manos de pastelera.

Coplas para Doña Petronita

Ahora quiero cantar
fervorosamente un verso
para una mujer humilde
de mi pago sanluiseño.

Clara y fresca fue su vida
como agüita de vertiente,
por eso no haré otra cosa
que nombrarla simplemente.

* * *

Algarrobales añosos
rubios tunales norteños
y el higueral verde y crespo
al pie de los altos cerros.

Ese fue todo el paisaje
que vieron sus ojos mansos.
De allí sacó los regalos
que nos brindaron sus manos.

* * *

Nunca dejó de traernos
dulce algarroba madura,
frescos quesillos de cabra,
sabroso arrope de tunas.

Y en un rincón de la alforja
como al descuido dejaba
el obsequio para el niño
que tanto regaloneaba.

-"Esto es para usted m'hijito
"no pude traerle más…

Y mis manos se impregnaban
de dulce olor a patay.

* * *

No hubo viajero que andando
bajo el rigor de la siesta
no encontrara en su ranchito
el cántaro de agua fresca.

O la aloja preparada
en la tinaja de barro
o el humilde charquicán
servido en plato enlozado.

Nunca le faltó que dar
a pesar de sus pobrezas;
siempre le anduvo sobrando
semillas para su siembra.

* * *

Ahora puedo nombrarla
desempolvando el silencio
y ofrecer a su memoria
el regalo de mi verso.

Petrona Chirino, digo
mujer de José Saldaña
nombre frutal y maduro
con sabor a miel rosada.

* * *

No hubo en el pago otra mano
más hábil para el arrope
que ella supo cocinar
en vieja paila de cobre.

Arrope de fruta ‘e penca

para comer con “quirquinchos”
con doradas sopaipillas
con cuajadas o con quesillo.

* * *

Su nombre sencillo y puro
no ha de morir en el tiempo
porque al fuego del recuerdo
no lo apagan los inviernos.

Y he de beber de ese nombre
su miel de panal silvestre
como se bebe en las manos
el agua de la vertiente.

* * *

Que la evoquen en su pago
a la hora del sol poniente
los mineros y pastores
cuando del cerro regresen.

Que la nombren los arroyos
que los cencerros le recen
su padrenuestro de bronce
a la hora del sol poniente.

En su pago tan amado:
Quebrada de San Vicente.

Le acollaro un par de versos al carrero de mis pagos

Duro este oficio de andar
trajinando por las huellas
sin más reloj en el tiempo
que el tranco de la sillera.

Tal vez muchos no recuerden
que a este camino lo ha abierto
con paciencia, a llanta limpia
sin una queja el carrero.

Por eso vengo a cantar
un verso para esos hombres
que maduraron andando
como Don Eligio Ponce.

Y otro verso mal aviado
porque coplas no me sobran
para Don Isaac Rodríguez
y Don Norberto Barzola.

* * *

Si habrán aguantado fríos,
nevadas, soles, borrascas,
sofocón del viento norte
tumbadas y culatiadas.

Si llovía era de ver
los carros en los pantanos,
muertos de hambre los mulares
los maruchos tiritando.

Y no era nada aguantar

el frío del remojón;
la tormenta se venía
si se enojaba el patrón.

* * *

Acollarando intenciones
tras de las medias palabras
desmanearon campo afuera
por si acaso la chuscada.

-"Vengo arrimándome al rial
"por no desandar lo andado,
"se me ha mojado la yesca
"me he quedado sin tabaco.

-"Lo que Ud. me iba a decir
"ya lo estaba maliciando.
"¿Se ha barranquiado el camino?
"¡Desate nomás paisano!

-"Sí aparcero, voy a apiarme,
"voy a quitar las monturas
"y haré cumplidas memorias
"mientras resuellen las mulas.

-"No sé si a usted le ha tocado
"tranquear esas veinte leguas
"ida y vuelta a Concarán
"puros guadales la huella.

-"El camino en ese entonces
"salía por 'Las Tres Puertas'
"buscando el paso 'La Noria'
"a 'Guanaco' en dereceras.

-"No vaya a creer aparcero
"que era sencillo jugarse

“un As de basto a las cuartas
“por salvar la peludiada.

-“¡Las veces que don Isaac
“tuvo que aguantar la soba
“si el carro se empantanaba
“en el arroyo e’ La Noria.

-“Entonces eran los ruegos
“frente al patrón enojado,
“cortar guascas y torzales
“y trabajar en el barro.

“Ya he de salir del pantano
“si se afirma la varera;
“no se altere patroncito
“no peque con la cadena.

-“Si habremos andado días
“amacón y tranco y tranco!
“Si habremos yapao desvelos
“durmiendo sobre el recado!

-Desde Luján a San Luis
hay treinta legüitas largas.
¡Si las habrán trajinado
¡Pancho Gatica y Juan Dávila!

Y no digamos las veces
que antes de pintar el alba
despertó gallos y perros
la tropa de los Miranda.

Casi me estaba olvidando
de dos carreros de ley:
de Don Faustino Gatica
y Don Fructuoso Valdez.

Cueros, frutas, bordalesas,
y leña seca picada
estibaron los carreros
prolijamente en la caja.

Y con el látigo en alto
emparejando la marcha
a chasquidos evitaron
que el carro se culatiara.

Al cuarto día cabal
se llegaba a la ciudad.
otra vez los apurones
de descargar y cargar.

De noche el fogón amigo
el truco, el mate, las tortas,
convocaban los carreros
a la Plaza de las Tropas.

Allí se contaron cuentos
relaciones, sucedidos;
se derrocharon primores
de tonadas y de estilos.

Y al quinto día la marcha
ya de regreso a los lares;
peludiar en San Francisco
Río Amieva y Los Corrales.

Y siempre el orgullo criollo
de cumplir con el encargo.
¡Si habrán yapado desvelos
durmiendo sobre el recado!

-"Perdone aparcero amigo

“de resuello me he pasado.
“Si no ha llegado creciente
“ya debe estar dando paso…

-“Se va Don… ¿por qué el apuro?
-“no, si no estoy apurado,
“pero no quiero que digan
“que me olvidé del mandado…

Así los vi traslomar
hundiéndose en el ocaso
a quienes fueron ayer
los carreros de mi pago.

Gusto a distancia en la boca
me dejaron de regalo.

Coplas del mate

Sabor a mieles silvestres
tienen tus mates, puntana;
cuando cebes para mí
no lo endulces demasiado.

Ese azúcar que le pones
es de tierras tucumanas,
sufrida zafra de Lules
de Simoca y Aguilares.

Y si es puro cimarrón
cebado al caer la tarde
me trae amargos recuerdos
de capangas y yerbales.

* * *

Si pretendes que te dure
el mate como el amor
cúralo con cebadura
de una mateada anterior.

Con paciencia quítale
los oyejos y cortezas
y no vayas a olvidarte
de la porción de aguardiente.

* * *

Por abrir la boca… a un mate
una vez en Concarán
se me hizo noche el azúcar
cuando estaba por matear.

Desde entonces aprendí
a cuidar bien lo ganado

y en eso de ser guardoso
parezco mate curado.

* * *

Me gusta el mate espumoso
porque esa espuma es la seña
segura y muy conocida
que nadie ha usado esa yerba.

Siempre me gustó riquear
a pesar de mis pobrezas
por eso mate lavado
más vale no me lo ofrezcas.

* * *

El mate de plata pura
no madura la infusión,
prefiero el porongo viejo
que siempre me acompañó.

Eso sí soy exigente
por la bombilla de plata;
ya que me quemé varias veces
con ordinarias, de lata.

Ni muy frío ni caliente
es el punto ideal del "vicio"
porque si sobra o le falta
se vienen los estropicios.

Excelente cebadora
no se encuentra donde quiera
a veces por apurarse
queman ahí cerca la yerba.

* * *

Mate cebado en velorio
me deja amarga la boca
pero si es rifa o casorio
con guitarra es otra cosa.

Muchas veces por descuido
en tan graves ceremonias
le he tocado sin querer
la mano a la cebadora

Lo tengo ya por sabido
que si me das mate amargo
llegué tarde y no te alcanzan
mis ardorosos reclamos.

Pero si le echas naranja
al último de tus mates
sé lo que quieres decirme
que vengan pronto a buscarte.

Cuando cebas con café
ya sé que me has perdonado
esta porfía que tengo
de desvelarte cantando.

* * *

Cada vez que tomo mate
en algún pago puntano
se me hace vivo el recuerdo
de los yerbales amargos.

De la zafra de Monteros
(rumor de machete y carros)
de maloja despreciada
en los surcos tucumanos.

Cuando cebes para mí
no lo endulces demasiado.

Coplas del Guitarrero

Oficio tan importante
no se lo puede olvidar,
si el hombre tiene memoria
es porque sabe cantar.

Su mensaje nos madura
desde el fondo de los tiempos;
tienen raíces de pueblo
los versos del guitarrero.

Para decir lo que siente
con la guitarra le basta,
así anda por los caminos
repartiendo la esperanza.

* * *

Enrejadas pulperías
y mostradores de estaño
lo oyeron gastar razones
del presente y del pasado.

Allí cantó sus amores
al suelo y la libertad,
y criticó al Comisario
Comandante y Juez de Paz.

Por eso más de una vez
lo arrearon al calabozo;
así le pagan aquí
al que canta sin estorbos.

* * *

Cuando llegaron las yerras
los casorios y las mingas

cantó alegre el guitarrero
gato, tonadas y cifras.

En acabos de novenas
en fiestas y serenatas
regaló sus hondos versos
y el amor de su guitarra.

Cuando calló el paisanaje
el cantor habló por ellos;
le puso rudas palabras
al cordaje del silencio.

Y le trenzó a la peonada
al marucho y al tropero
primores de cardo y luna
para atizar los recuerdos.

* * *

En los tiempos de las luchas
por nuestra emancipación
en el vivac del soldado
tocó Triunfo y Pericón.

Cuando las fuerzas flaquearon
y llegaron las derrotas
el levantó con su canto
el ánimo de la tropa.

A la par de San Martín
de Pringles y Pedernera
dejó hilachas de su canto
en otros pueblos de América.

* * *

Ahora anda los caminos
repartiendo su mensaje;

son los Luna, los Mercau,
los Chaves y los Fernández.

Por ellos canta la tierra
el arroyo, el pedregal,
y canta el paisano pobre
que nunca aprendió a cantar

* * *

Cuando se escriba la historia
de los tiempos que se fueron
no hay que olvidar de nombrar
al humilde guitarrero.

Y si faltaran memorias
de aquella vida señera
aquí han de encontrar noticias
de su canto y de su siembra.

No en vano ha sido San Luis
la tierra de Santos Vega.

Coplas de Arrieros

Decía Don Juan Quiroga
arriero del Vinagrillo
- "Qué vida triste, señor
andar y andar el camino".

- "Venga viento, sol o frío
venga granizo o borrasca
nunca se puede dejar
la hacienda desamparada".

* * *

Así anduvieron mostrando
al mal tiempo buena cara
quienes trajeron el diezmo
del pago de Santa Bárbara.

Polonio Coria enhebró
las setenta leguas largas
que hay a San Luis, con el trigo
el maíz y el pasto de alfa.

Y los cueros y los chifles
los ponchos y el barracán
para el cruce de los Andes
los trajo Bruno Roldán.

En los pagos de Mercedes
para los días de feria
arreaba Eusebio Quiroga
con Luis Alberto Aguilera.

Y llegó Pascual González
emponchado en polvareda
con las tropas de invernada
que venían de Llerena.

En el sur de la Provincia
trajinó Ambrosio Morán
tropeando en campos abiertos
por Fortuna y por Bagual.

En El Morro Julián Suárez
y Don Aparicio Castro
anduvieron repuntando
rodeos de toros bravos.

Y no se olvidaron nunca
de la piedrita en la boca:
Dicen los viejos del pago
que así El Morro no se enoja.

Los Fuentes y los Camargo,
José Brito, Adolfo Bello,
acollararon trajines
en Pozo Cavado y Merlo.

Si otros nombres se me quedan
no es por mala voluntad;
tengo esperanzas que un día
rastreando los pueda hallar.

* * *

Quien ha pasado la vida
andando tras de la tropa
sabe que es bueno salir
prevenido en ciertas cosas.

La tarde antes de partir
revisar cinchas y lazos;
herrar y tuzar las mulas
y acorralarlas a mano.

En las alforjas felpeadas
acomodar provisiones:
El charqui, el maíz tostado,
las tortas, los chicharrones.

Además estos consejos
para toda la peonada:
- "Que no beban sin comer
porque el vacuno se pasma.

-Antes que quiera aclarar
se debe sacar la hacienda;
hacerle manga entre todos
hasta que agarre la huella.

- "Un grupo de vacas mansas
hay que elegir de señuelo
y la marcha ha de ordenarse
al tranco de los terneros.

-"Si hay palque, evitar que coman,
lo mismo gramilla helada,
y no andar más de dos leguas
entre parada y parada.

Algo más debe saber
quien se disponga a tropear:
del capataz al marucho
han de cinchar a la par.

Si son vacas las que llevan
no se las debe apurar;
cuando se trata de mulas
ese ya es otro cantar.

Si hay que fletar minerales

ceniza de jume o sal
entonces todo el secreto
está en saber aperar.

Si viene tormenta brava
con tiempo se desensilla;
se acomodan los aperos,
se asegura la madrina.

Y hay que tener precaución
de amontonar leña seca;
así se acorta la noche
y deje nomás que llueva!

* * *

Por el norte de San Luis
anduvo Segundo Oblitas
comprando tropas de mulas
para llevar a Bolivia.

Así cambiaron querencia
las mulas de "La Mesilla",
del "Cerro Bayo" y "La Brea"
de "Pancanta" y "La Botija".

Lo que más interesaba
era la alzada y la edad,
por eso Segundo Oblitas
era diestro en revisar.

Se conoce por los dientes
cuando la mula ya es vieja.
Para evitar disparadas
atar doblada la oreja.

Las llevaban a las minas

Para acarrear el estaño.
¡Ya no podrían volver
de tierras del Altiplano!

Allá fueron a parar
trotonas y marchadoras;
pardas, moras, alazanas,
matreras y regalonas.

Cuando a los meses volvían
los arrieros argentinos
las encontraban fundidas
en las minas de Patiño.

Los costillares pelados
lastimadas en el lomo,
gacha la altiva cabeza
y un brillo manso en los ojos.

* * *

Las tropas las reunía
en Quines Pilar Pereira.
Don José Lucero andaba
comprándole por las sierras.

Y también anduvo el sur:
Varela, Beazley, Charlone;
hasta en La Paz de Mendoza
compraba mulas el hombre.

Por la ciudad las pasaba
calle Colón hacia el norte;
de marucho iba Miguel
adelante, dele trote.

El llevaba las alforjas

con “vicios” y bastimentos;
manea y traba al fiador,
pava de lata a los tientos.

¡Si habrán andado caminos
en mi pago los arrieros!
Con ellos se desvelaron
noche adentro los cencerros.

* * *

Por estas huellas del tiempo
cansadón de polvaredas
se fue apagando el silbido
de Don Guillermo Ledesma.

Y siguiendo el mismo rumbo
se fue Don José Saldaña;
Martín, Ranulfo, Justino,
desensillaron al alba.

Cuando llegó Don Fulgencio
ya lo estaban esperando;
lumbre de luna le dieron
para encender el cigarro.

A pesar de la distancia
se me hace oírlos hablar:
- “Ate corto compañero
no se le vaya a enredar”.

Si el mancarrón era manso
o había trébol o alfalfa
seguro que el callejón
se convertía en estancia.

- No le ponga la manea

déjelo que ande a sus anchas,
yape el lazo al maniador
yhagalé la estaca pampa.

¡Se me hace oírlos hablar
a pesar de la distancia,
y aunque hace mucho se fueron
todavía me acompañan.

* * *

-"Por no decirle que no
al patrón de tantos años
vuelvo a salir al camino
ya viejo y medio cansado.

- "Tropa arisca y volvedora
tengo encargo de llevar;
arrearé por "Las Salinas"
rumbo esta vez a San Juan.

- Son mil quinientas cabezas
novillada de Luján,
algunos van orejanos
no han conocido corral.

Humberto Pereira viaja
en una mulita mora
y Don Tomás Arabel
en su parda marchadora.

-"Les daremos un resuello
llegando al "Puesto Balzora"
dormirá Justino Ruartes
los demás haremos ronda.

Al rato se fue apagando

el tropel de los galopes;
los punteros suavizaban
los golpes del guardamonte.

- "Vayan poniendo la pava
mientras se dore el asado;
podemos desensillar
la tropa se va aquietando.

Mientras la noche llegaba
blanca de sal y rocío
al abrigo de los montes
se encendió el fogón amigo.

Por "Las Salinas" arriaban
tropas de estrellas los grillos.

Coplas del Leñatero

Venga leñatero amigo
quiero cantarle una copla
que le hable a usted de sus pagos
y que le endulce la boca.

Cuando va llegando al pueblo
parece que se apagara
esa llama azul de sueños
que lleva dentro del alma.

¿Por qué calla esa canción
que en la mitad del camino
la empezó a desovillar?
¡Diga leñatero amigo!

No vaya a creer compañero
que anda solo con su canto;
cada uno canta a su modo
su destino de paisano.

* * *

Cuando usted traía leña
me entretenía mirando
sus cuatro burros frontinos
sus aperos y sus lazos.

Desde entonces me gustaron
sus maneras y su trato;
su olor a hierbas silvestres
que nunca se me ha olvidado.

Y mirando sus ojotas
de cuero crudo pensaba
que habiendo tantas espinas
usted no usaba alpargatas.

Después a fuerza de andar
vine a caer en la cuenta
que al pobre siempre lo esperan
las espinas y la pobreza.

Por eso lo he demorado
perdone leñatero amigo,
para entregarle estas coplas
que le acorten el camino.

* * *

No me tenga desconfianza
sólo por venir del pueblo,
también allá se galguea
¡No vaya a creer compañero!

Casi todos los paisanos
que se fueron hace tiempo
andan en la gran ciudad
cinchando por el puchero.

A ellos, a usted y a mí
nos hace falta encontrarnos,
darnos la mano de amigos,
saber que somos hermanos.

Por eso aprendí que el canto
no hay que guardarlo en secreto,
se lo debe repartir
como el agua o el pan nuestro.

* * *

Por conversar yo del pueblo
casi me estaba olvidando
de preguntarle y decirle

algunas cosas del pago.

¿Se ha fijado compañero
qué triste mira el frontino?
¿Será que ya se ha cansado
de andar por este camino?

Si habrá acarreado ganchadas
de molle y de garabato,
y no es broma ni es zoncera
el peso del tintitaco.

Y no sólo leña seca
le ha tocado como carga;
hasta nidos de quejones
he visto junto a las reatas.

Por eso a usted lo chancean
y le dicen que los pájaros
andan piando en el monte
sin consuelo, desolados.

La verdad que en este oficio
de arrimarle leña al hombre
hay que dejar muchas veces
tiritando a los pichones.

O hay que traerlos al pueblo
apenas han emplumado
para comprar con su venta
azúcar, yerba y tabaco.

¡Si habrá cambiado canciones
pequeñitas y enjauladas
por la alpargata de vira
y por los vicios del tata!

Por eso es que las mandiocas
el zorzal y el rey del bosque
añorando el pago viejo
no cantan en sus prisiones.

* * *

Cuando era muchacho chico
supo decirme mi abuelo
que la mejor leña sale
del algarrobo más viejo.

Por eso siempre le arrimo
leñitas de mis desvelos
para que usted no se olvide
de su amigo y compañero.

Comprendo lo que es andar
con escarchilla y con viento,
con las heladas de julio
y los solazos de enero.

Por eso lo invito ahora
a que cantemos un verso:
Que no nos separe más
la distancia y el silencio.

¡No anda solo con su canto
no vaya a creer compañero...!

Coplas del huertero

Montado en su burro pardo
viene silbando el huertero,
trae brevas y duraznos
en sus árganas de cuero.

Rosada fruta de enero
tapada con yuyo y menta;
son los duraznos "tempranos"
que están pintando en "Las Huertas".

Además trae en el alma
el perfume de un querer;
donosita la Rosinda
y en edad de merecer.

Esta mañana al salir
la encontró en el callejón;
uvas maduras sus ojos,
trenzas largas, dulce voz.

* * *

Después de vender la fruta
hay que comprar los encargos:
Azúcar, harina, yerba,
pimentón y "corimayo".

-"Me despacha Don Gabino?"
- ¡Qué quiere amigo huertero!
- Deme diez de galletitas
y veinte de caramelos.

- "Deme fósforos "Ranchera"

tabaco rubio del bueno,
papel de fumar "ombú"
y diga cuanto le debo.

* * *

No es que el vicio de los grandes
lo haya agarrado al muchacho;
lo va a esperar la Rosinda
y quiere llegar fumando.

Por eso no acepta ahora
travesiar siquiera un rato
de balde bajo los sauces
lo van a estar aguaitando…

* * *

Mucho después de "El Hornito"
sofrena de golpe el burro,
ya llegando al "Río Grande"
le sale al paso un disgusto.

-"Eso nomás me faltaba,
olvidarme de las cosas…
En qué habré andado pensando…
¡Pucha la mala memoria!

* * *

Bajo los grandes nogales
corre el agua de la acequia
y el violín de las chicharras
anda endulzando la siesta.

El huertero apura el burro
lo cruza con la azotera.

¡no se ha enterado que el pardo
le va quitando las riendas…!

Ojos largos la Rosinda
lo está esperando en "Las Huertas".

Coplas del Cuchillo

Sentí decir una vez
a un paisano de otro pago:
"Las armas son necesarias
pero naide sabe cuándo".

Por eso si me dispongo
salir de viaje o al campo
llevo cuchillo y rebenque
y a los tientos ato lazo.

Pero si hay fiesta o cuadrera
tabeada o rifa en el pago
no ando mostrando el cuchillo
que eso es andar compadreando.

* * *

Tengo muestrario de "fierros"
porque siempre me ha gustado
juntar puñales antiguos
de todo tipo y tamaño.

Si usted dispone algún día
ir de visita a mi rancho
le mostraré dagas finas
facones cortos y largos.

Tengo uno cabo de plata
regalo de mi cuñado
y otro chiquito y filoso
cabo de ciervo labrado.

Andando por los maíces
compré uno en el Río Cuarto
y otro saqué en una rifa

que se hizo en Pozo Cavado.

Pero el que más apreceo
es uno que ya hace añares
para un primero de enero
me regaló mi compadre.

* * *

Si el pingo se me ha sudado
lo aliviano del apero
y uso el facón de rasqueta
pasándolo contra el pelo.

Si por razón de trabajo
me toca dormir a campo
le pongo manea el flete
y dejo el puñal a mano.

Ellos, velándome el sueño
me ayudan a descansar.
¿Quién otro puede cuidarlo
al hombre en la soledad?

Si hay que cortar el alambre
para salir de un encierro
le meto un hachazo al ras
del palo torniquetero.

Pero se ha de dar el golpe
donde es grueso el gavilán
porque en el medio o la punta
el filo no sirve más.

* * *

Cuando en las noches serenas
siento tropel en el campo
clavo el puñal en el suelo

y aplico el oído al cabo.

Por él sé si es el "uñudo"
el que anda haciéndome daño;
o galopes de viajeros,
o vacas que van arreando.

* * *

Para carnear uso siempre
cuchillo de hoja templada
y por no cortar el cuero
lo asiento en piedra pizarra.

Si se ofrece sacar tientos
o hacer un descantillado
lo prefiero de hoja chica
y de acero toledano.

Cuando hay yerra en una estancia
o en los puestos del lugar
llevo envuelto el mangurrero
por si se ofrece castrar.

Los consejos que me dieron
no los eché en saco roto:
no dejo que el animal
se de vuelta sobre el lomo.

Si ha quedado cuesta arriba
lo hago girar en redondo
y dejo una pata suelta
si debo operar un potro.

El animal se va en sangre
(lo sabe toda la gente)
si es que corre viento sur
o se anda en cuarto creciente.

* * *

Si debo salir al monte
llevo siempre el caronero,
con él despejo el camino
y me evito los encierros.

Además con él arreglo
chañares que hacen isletas
para que tengan resguardo
caballos, vacas y ovejas.

* * *

Para unas carreras grandes
una vez en Potrerillo
por andar remolineando
perdí en la noche el cuchillo.

Y ya de vuelta a mis pagos
aquella noche de invierno
me parecía de a ratos
llevar enancado el miedo.

Me faltaba la mitad
del hombre que llevo adentro.

Coplas del Truco

En pulperías y reales,
fortines y campamentos,
lo jugaron los paisanos
ganándole tiempo al tiempo.

Porque no fue solamente
matar las horas perdidas
sino medirse en torneo
de prudencia y de baquía.

De carpeta ofició el poncho
tendido sobre los pastos,
sobre él se trenzó el floreo
del "quiero" y del "vale cuatro".

Desde el baraje inicial
hay una magia de sueños
encendida de aventura
que no se mide en dinero.

Todo es ensayo de pálpito
de intuición, de habilidad;
se gana aunque no se ligue
se pierde ligando más.

Si se miente es por decir
de otra forma la verdad
porque el truco es sobre todo
divertirse en amistad.

"No le envidio a usted la liga
porque estoy ligando mucho,
pero si me hace envidiar
le voy a pegar un truco.

"Tal relación me la echaron
jugando una vez en Renca.
¿Es sordo o no tiene plata?
¡Agarre que no son pencas!

"Para ahora es la consulta
porque el enfermo está mal…
Oigan las víboras moras
si no han de saber picar!

"Le doy plazo hasta mañana
más no lo puedo esperar.
¡Después que se van las yeguas
son las ganas de bolear!

En este juego carteado
no se cuenta el interés;
se juega por la ginebra
el vino, el "Carabanchel".

Por eso me incomodé
cuando un comisario bravo
entró al boliche a mandar
con voz de trueno en verano.

"- ¿No saben que está prohibido
todo juego de baraja?
-"Esto es truco, Comisario…
-"No me importa, usté se calla.

- Está bien…Junté las cartas,

-Lo miré de arriba abajo.

……
Se me hace que al Comisario
el tiempo le anda sobrando.

Coplas del Rastreador

-"Por acá han pasado anoche...
Son unos veinte novillos;
los arrean tres en mulas,
uno caballo de tiro.

-"Se ve que van apurando
tal vez por ganar la sierra
pero marchando a rigor
se va a destapar la hacienda.

-"Quizás los van a meter
por "La Barranca ´e los Loros"
Para sacarlos al alba
camino de San Antonio.

* * *

Los ojos del rastreador
volvían a madrugar
sobre rastros cuatreriados
que iban rumbo al Chaguaral!

Desde "El Injerto" al "Talita"
husmeaba Don Pancho Flores.
-"A dónde se pueden ir
por más que busquen el monte!

Por las dudas Don Juanito
cortaba rastros perdidos
en las faldas de "La Cuesta"
y en "El agua del Unquillo".

* * *

Ya casi al anochecer
cuchillo plantado al suelo
un rastreador anunció:

-"Van rumbeando norte adentro".

Al rato un cerco de lazos
y de perros ladradores
detenía a aquel arreo
en un refugio del monte.

* * *

-"Se puede saber qué urgencia
los lleva tan apurados?
-"Los novillos no son nuestros,
somos mandaos, Comisario.

-"Ah ah; ya habrá tiempo de aclarar
de quien son esos ajenos...
Y eso de que son mandaos
ya vamos a ver si es cierto!

* * *

Una noche del corral
del "Paso ´e los Algarrobos"
le robaron una cabra
a Doña Sandalia Sosa.

Romualdo Rodríguez vino,
fijó en el rastro la vista;
a los ocho días justos
trajo la cabra perdida.

Al norte de San Martín
Don Juanito fue mentado,
conocía por el rastro
todos los fletes del pago.

También de tierras puntanas
fue otro rastreador de ley;
no ha muerto nombre ni fama

de Don Rufino Natel.

Y no es justo que me olvide
de Don Benito Lucero;
tan humilde, tan callado
y tan servicial el viejo.

Y ya que he rastreado nombres
quiero nombrar a alguien más;
algunos ya se marcharon
otros por ahí andarán.

Del "Arroyo de las Cañas"
fué Don Prudencio Aguilar;
del pago de "Los Corrales"
Don Wenceslao Alcaraz.

De Nogolí los Videla,
José López de Luján
y Don Baldomero Rojo
del pago de Concarán.

* * *

Hace añares de estos campos
se hizo noche un animal;
un zaino de buena estampa
marca de Don Juan Longar.

Siempre me empeño de balde
pensando quién lo llevó,
y no he podido enterarme
qué rastreador lo rastreó.

Pero puedo asegurarles
que en tal oportunidad
algo aprendí de rastreo
sin seguir al animal.

¿Cómo? Parando la oreja
en toda conversación,
y yapando con paciencia
razón con otra razón.

Digo nomás, por decir...
Perdonen la indiscresión.

Coplas para un Trenzador

Parejito como víbora
ha de salir ese lazo
para lucirlo orgulloso
en la cabeza del basto.

Es Don Nazario Barzola
quien trenza bajo ese tala
en este pago nortino
llamado "La Barranca Alta".

No vaya a creer Don Nazario
que vengo a gastar cumplidos;
vine sólo a celebrar
su noble y antiguo oficio.

* * *

Para sacar lonjas blancas
que le den vista al trenzado
no ha de ser negro el vacuno
sino colorado o bayo.

O rocillo o blanco puro
sin tajear y más bien flaco;
sacado en cuarto menguante
bien estaqueado en el patio.

Y mejor si se va oreando
a la sombra de algún tala,
sin asentarlo en el suelo
pelado a ceniza y caña.

* * *

Lazo de nueve brazadas
para un pial a codo vuelto,
yapa de ocho por las dudas

que el tirón no sea parejo.

Para trenzar igualito
hay que echar a la cadera
sin descantillar la lonja
apretándola a maceta.

* * *

¡Hay que ver a los paisanos
en días de reunión
cómo lucen fusta nueva,
bozal, lazo y maneador!

Si hay novena en "San Antonio"
en "El Zanjón" o "El Milagro"
más que rezar se ponderan
las prendas de Don Nazario.

Y los vienen a buscar
de leguas a la redonda
para encargarle con tiempo
que vaya sacando lonjas.

* * *

Lazo que han hecho sus manos
no lo han de ver ramaliado;
si es ingerido o con fallas
ese no es de Don Nazario.

Y no digamos las riendas,
el fiador, las cabezadas.
¡Viera paisano qué prendas
que se hacen en "Barranca Alta".

* * *

Ese bozal que ha trenzado
completo con maneador

le queda como pintado
a mi alazán regalón.

Trenza de ocho, cuadradita,
con frentera en medallón
y presilla pespunteada
para un primor de botón.

* * *

Antes que vaya a olvidarme
le voy a hacer un encargo:
Vaya eligiéndome un cuero
flacón, para un lazo largo.

Que sea cuarta en el barro
ronda fiel en las paradas
y coyunda salvadora
si los bueyes se me cansan.

* * *

No vaya a creer Don Nazario
que vine a gastar cumplidos,
usted sabe que esto es cierto
pues me conoce de niño.

Vine aquí a "La Barranca Alta"
a cantar su noble oficio
para que nuestros paisanos
no se lo echen al olvido.

No vaya a creer Don Nazario
que vine a gastar cumplidos.

Coplas del Monte Natal

Ahora quiero cantar
verdes coplas de mi tierra
que huelan a savia pura
a resina y a madera.

Le voy a cantar al tala
a la brea y al caldén,
al molle pispo y al coco
al peje y al molle beber.

Nombraré a los algarrobos
y a los bravos garabatos,
al churqui, al piquillín
al chañar y al tintitaco.

* * *

Molle dulce que he gustado
gozosamente en el mate
y en cuyos añosos troncos
me guardan miel los enjambres.

Y por si eso fuera poco
para el tiempo de cosecha
nos regala la tinaja
llenita de aloja fresca.

* * *

Leña ardedora en el horno
sale del molle morado
y en sus altas ramas cantan
los zorzales en verano.

Pero no hay otro lugar
para hacer el tibio nido
como la fronda segura

que ofrecen los molles pispos.

El corpulento algarrobo
da sazonados sus frutos
y es tiempo de cosechar
cuando cantan los coyuyos.

Otra vez sacar ijares
para juntar la algarroba,
moler en viejas conanas
de sufrida piedra mora.

Para entonces tiene el canto
sabor de chicha y añapa
y florece entre los montes
el retumbo de las cajas.

* * *

Si es que hay que hacer un mortero
se busca algarrobo blanco;
para un talero de ley
varilla de tintitaco.

A la sombra de los talas
viejas teleras puntanas
urden primores de ponchos
y colchas de lista atada.

Y en el patio de la casa
debajo del paraíso
un guitarrero rastrea
zambas, tonadas y estilos.

Para cerco aguantador
ancha base de espinillo;
después se le hace el refuerzo
con chañares enterizos.

Pero si es corral o encierro
de hacienda brava o de toros,
lo mejor es palo a pique
de quebracho o algarrobo.

Para el zarzo de los quesos
largueros de caña o chilca;
verde varilla de tala
para el arco de las chiguas.

Si es cocinar mazamorra
rubia, fragante y espesa,
leve ceniza de jume
mesedor de higuera o brea.

Con finas cañas del cerco
me hago flautas silbadoras
y las lleno de lamentos
en las tardes, por las lomas.

Altos nogales prefieren
los zorzales cuando cantan
y es de nogal lugareño
la caja de la guitarra.

* * *

Cuando un paisano se apaga
con el último alarido
sólo una cruz lo recuerda
a la orilla del camino.

Cruz de tala o tintitaco
nudosa, fragante y verde;
es el alma de estos montes
que lo sigue hasta la muerte.

Y le acuna el sueño largo
de la sombra y de los grillos
cuando se apaga la luz
en estos montes nativos.

¡Cruz de tala o tintitaco
a la orilla del camino!

Juan Basanelli se ha ido

I

Se fué Don Juan Basanelli
buscando un filón de cuarzo;
aleteando por la noche
como un pájaro entrampado.

Se fué Don Juan Basanelli
me dijeron los quebrachos
cuando un colcón solitario
rezaba junto a los ranchos.

Se fué Don Juan Basanelli
buscando un filón de cuarzo.

II

Allá por el Cerro Horqueta
la sombra lo anda rastreando
para apagarle en los ojos
la mansa luz del verano.

Se fue como quien camina
río abajo por los yampos
con un crespín en el alma
que se le va desangrando.

Se fue Don Juan Basanelli
buscando un filón de cuarzo.

III

De Italia trajo un recuerdo
con sabor de vino amargo
y aquí lo fué consumiendo

sin apuro, trago a trago.

Tal vez por eso en los ojos
tenía un fulgor lejano
de tantalita perdida
de wólfram puro y de cuarzo.

IV

Anduvo por los astiales
como un ciego acariciando
la luz sonora de un tiempo
de minero esperanzado.

Tan sólo encontró una sombra
que se le fue deshojando
como la flor inocente
del hachón en el verano.

V

En "las Huertas" una noche
la imagen negra de un barco
se lo llevó tiempo adentro
buscando el Mediterráneo.

Una navaja de luna
degolló de un solo tajo
el vuelo de las gaviotas
que lo iban acompañando.

Aquí quedaron barrenos
horadando gneis y cuarzo.
El gringo Juan Basanelli
se fue quien sabe hasta cuándo.

VI

Ahora que lo acarician
cuatro velas en el rancho
un rosario de piritas
se le ha enredado en las manos.

Ya se van quedando solos
los talas y los quebrachos
y un rezo azul de abejones
se va apagando en el patio.

Se fué Don Juan Basanelli
buscando un filón de cuarzo.

Romance por Felisardo Maidana

I
Te vas yendo Felisardo
cuesta abajo por el tiempo…
Sombra de aquél que en las noches
cuando volvías del pueblo
con el grito estremecías
estos montes y estos cerros.
Boliches de "San Antonio"
"Barranca alta" y los Cruceño
te supieron regalar
los cantos de un guitarrero.
Y en las honduras del vino
puñal de plata y talero,
te he visto remolinear
sobre el ijar del silencio.

II
Ya muy tarde de la noche
pasaste por "Los Poleos";
te chistaron las lechuzas
y te toriaron los perros.
Ibas con rumbo al Zanjón
medio flojón el apero
guardamonte yaguané
de carpincho el sobrepuesto.
Y al cruzar por esos campos
llenos de churqui y romero
te fue siguiendo la sombra
de un pájaro malagüero.

III
Lanitas del cojinillo
fueron quedando en los cercos
cuando ibas espuela y lonja
grito largo, río adentro.

Con la alpargata peleaste
la policía en el pueblo
y salieron a buscarte
en los mancarrones viejos.
¡Cuándo te iban a alcanzar
si montabas un overo
serrano y de sobrepaso
marca de José Lucero!

IV
Ahora, en tu viejo rancho
del Zanjón, ya medio ciego,
le vas trenzando la yapa
al lazo de los recuerdos.
El humito azul del horno
parece un cigarro nuevo
y un zorzal ebrio de canto
bordonea un desconsuelo.

V
Por eso quiero pedirte
antes que sea a destiempo
un cogollo de tu sangre
para guardarlo en mi verso.
Cuando la noche te envuelva
con la sombra del pañuelo
pegale el último grito
y un talerazo al silencio.

VI
Paisanos de "Las Higueras"
"El Milagro" y "Los Poleos"
irán rezando tu nombre
cuando te lleven al pueblo.
Olor a sombra tendrá
la cruz de algarrobo negro;
dormido irás, sin memoria

cuando te aúllen los perros.

VII
Grillos con flautas de plata
treparán por tu silencio
buscando la encrucijada
de la vida con el tiempo.
La muerte será un alivio
para tu andar sin regreso
porque no hay nada más duro
que la noche de los ciegos.

VIII
En el talar del Zanjón
te estará nombrando el viento
y una flor de quiscaluro
llorará sobre tu pecho.
Dormido irás, sin memoria,
cuando te aullen los perros.

OTROS POEMAS

Canto al minero[3]

I

En el mundo oscuro de pozos profundos
golpea el martillo del rudo minero
la montaña entera tiembla y se resiste
a verter su sangre,
sangre aprisionada de wolfran brillante.
Venas de cristales que muertas dan vida,
vidas que se enturbian tras esos cristales.
Barreno que horada las entrañas duras
tras quimeras rotas.
Luces que se apagan bajo el peso inmenso
de maduras rocas.
Sombras confundidas en sórdidos golpes
buscando la sangre de una vida nueva.
Los días, girando en su torno
ven ahondar la herida de los miembros yertos.
Herida incurable, cavernas oscuras
donde mora el negro crespón de la muerte.
Montaña extenuada bajo el propio peso
de días vacíos sin wolfran ni luz.

II

Tu búsqueda ansiosa
cae destrozada junto a los escombros.
La mano de hierro persiste incansable,
golpea con furia, se yergue, arremete

contra las paredes del presidio yermo.
Después, junto al río paciente tamiza
la espiga de brosa que el agua desgrana.
Los granos maduros de negro brillante,

3 - Aparecido en Revista "San Luis", N° 20, diciembre de 1952.

son el precio magro
de jornadas duras iguales y largas.
Cada madrugada
te llama en silencio la campana muda
desde el fondo oscuro de la veta helada.
Allí se congelan tus manos, tus sueños;
tus manos de acero, tus sueños truncados.
Poeta; tu lira de sórdido canto
monótono y grave
entona los himnos que a la tierra virgen
corean sus hijos como una esperanza.

III

La mina aprisiona
tus sueños de cuarzo
envueltos en blanca soledad de yeso.
Las rejas de tosco granito condenan
a prisión perpetua tu futuro incierto.
Persiste, minero, porque ese granito
surcado de arterias
tiene sangre nueva; tiene sangre virgen
y en ella palpita una vida joven
que es tu vida misma, tu vida y la nuestra.
Por eso te canto, sufrido minero,
Porque esas, tus manos templadas de acero,
arrancan del seno dormido
la savia fecunda que hay en nuestra tierra.

Surco[4]

Herida abierta en la llanura
infectada de cardos.
Promesa estrangulada en paralelas
mentiras de la tierra.
Tu sed de lluvia fresca
solo saciada en las jornadas
sudorosas del labriego.
Contigo ha muerto muchas veces
el germen concebido en las porfías
aciagas de las rejas
y si alguna vez nació
allí estaban los chacales que aullaban
-ataviados de médanos candentes-
esperando atentos su llegada
para despedazarlo.
Todo fue quimera.
Las raíces que pugnaban amorosas
para vestir un día su ropaje de frescura
de día anochecieron.
Todo fue un sueño:
un sueño destrozado
después de jugar en las auroras
y exhibir en las fiestas del estío
sus frágiles y suaves contorsiones.
Nada queda ya de lo que fuera
canto fecundo
entonado en sinfonías vegetales.
Despojos solamente
despojos de su carne
de sus miembros retorcidos y famélicos.
Y el surco murió solo
sangrante de crepúsculos.

4 - Revista “San Luis”, N° 25, marzo de 1954.

Su féretro enlutado es el rastrojo
envuelto en la mortaja
sonora de sus huesos.
¿Quién asiste al velatorio?
-Los días y las noches.
¿Quién llora su deceso?
-Llora el viento
con sus largas cuerdas rotas
y a lo lejos
también lloran las estrellas.

Pintura Sanluiseña[5]

Planto aquí mi humano caballete para pintar al hombre
junto al surco mismo donde sembró en la aurora.
Voy a retratar sus manos abriendo la maleza,
empuñando el arado, esparciendo las mieses.
Voy a pintar un cuadro grande, con todos los pinceles,
con tintas extraídas del fondo de la tierra.
Usaré los pinceles olvidados
en los yermos rincones de la pampa.
Voy a trazar el surco empezando con los rayos de la aurora
y va a terminar lejos
en las sombras cansadas del ocaso.
Contemplad esa larga pincelada
nace en mis manos y se pierde en lontonanza.
Es recta y honda, viva y palpitante;
la he trazado de un solo impulso y no le falta nada.
Junto a ella, el hombre vertical decorando su seno
para que el sol madure su pintura en germen.
Después otra recta, otra y otra más hasta que este lienzo
se llene de surcos y de granos tiernos.
Ahora en el fondo nubes fugitivas
que pasean lentas, burlonas y graves;
nubes en cortejo pobre y harapiento.
Paulatinamente se van esfumando y aparece el cielo
plomizo y desnudo.
No sé lo que piensan de esta pincelada Pizarro y Manet,
La tracé a mi modo, sin pensar en cánones,
sin pensar siquiera que el impresionismo también forma escuela.
Y es más todavía:
El cielo morboso me incita a morderlo con dientes de fuego.
Tengo en mis manos un símbolo nuestro
y aunque se resista Gauguin y su "corte"
lo llevo en mi sangre por siempre grabado con pinceles duros.
Por entre las grietas tímidos asoman

5 Revista "San Luis", N° 28, diciembre de 1954.

tempranos amagos de trigos sedientos.
Sobre ellos se ciernen los dedos huesudos, inertes y fríos
que avaros persiguen sus latidos tiernos.
La pampa se abisma al caer la noche;
las sombras decoran el fondo de este cuadro mío
que tiene perfiles de oscura tragedia
y llantos punzantes de triste agonía.
Cuando todos duermen,
cuando las leñosas manos del silencio
ahogan los ecos de la pampa inmensa
yo sigo pintando,
seguro del viaje final de las sombras
y el claro retorno de otro día nuevo.

Regalo para un Viejo Trenzador[6]

Trenza "de cuatro" voy a intentar ahora
para un regalo que debo.
Espere aparcero que me saque
las muescas de los dedos,
porque hace añares que no trenzo.
Le debía este regalo
a un trenzador viejo,
a un criollo de la Barranca Alta
que se nos fue hace tiempo.
No sé si ustedes se acordarán del hombre:
a don Nazario Barzola me refiero.
El fue quien me trenzó aquel lazo
que me regaló el abuelo.
¡Viera qué flor de prenda, compañero!
Si más parecía una víbora enroscada
que un lazo trenzado a cuatro tientos.
Si habré presumido cuando salía
a las pampas de la Piedrita Negra
a los campos del Cerro,
a revisar los alambrados,
el ojo de agua, los portillos,
y a curar las bicheras a los terneros.
Me iba mirando a los costados
orgulloso de llevar en el apero
ese lazo, obra de don Nazario,
regalo del abuelo.
¡Mire, aparcero, si habrá pasado el tiempo!
De esto, hace treinta años por lo menos.
Yo recuerdo que esas prendas que trenzaba don Nazario
lo mismo podían lucirse en un día de trabajo
que en un domingo cuando se bajaba al pueblo.
Eran de verse en una rifa en San Antonio,
en las fiestas de San Vicente, en La Quebrada,

6 - Publicado en Revista "Virorco", N° 20, enero a junio de 1970.

en un acabo de novena o casamiento.
Lazos, bozales, arreadores,
maneas y cabestros,
lo mismo levantaban la prestancia
de un oscuro tapao, de un azulejo,
de un bayo encerado, de un malacara,
o de un zaino bragao o de un overo.
¡Lindos tiempos aquellos!
En esos años había hacienda en estos campos
y maíz en los graneros.
Después vinieron las sequías
y esto quedó un desierto.
Campos pelados, vacas flacas
y los fletes cansados; sin aliento.
Para pior, se nos fue don Nazario
y se nos fue el abuelo.
¿Se da cuenta compañero
cómo pasan los años;
cómo se nos va el tiempo?
¡Con razón ya nos estamos poniendo
medio viejos!
Y bueno, habrá que seguir tirando nomás y conformarse
con descantillar de tarde en tarde un verso
y trenzar, de tiempo en tiempo, algún recuerdo.

A la moneda que encontramos[7]

Tienes los mismos años que yo tengo.
Hemos rodado mucho.
¡Cómo estamos de viejos!
La fecha de tu cuño está borrada
igual que la niñez de mi recuerdo.
Y al gastarte te hiciste suave al tacto
tal como a mí la vida me hizo bueno.
Como mi juventud y mi alegría
perdiste el brillo y menguó tu peso.
Y pagaste mil veces la falsa mercancía
como yo di mi amor a tanto falso ensueño.
Los dolores de mi alma
tienen gran parecido con tu magullamiento.
Como mi corazón tú también tienes
un rostro de mujer (regalo de mi vida)
que nunca, nunca ha de borrar el tiempo.

7 - Poema inédito.

Solo vengo a nombrarte Padre Cerro[8]

Padre tutelar de San Martín,
Vigía de sus días y sus noches.
Cuando las campanas del tiempo llaman
para convocar a los que están
y recordar a los ausentes,
la luz vuelve a nombrarte, Padre Cerro.
Por estas calles anduvieron los cantores,
los guitarreros, los poetas;
y tú desde tu alma solitaria nevada por la luna
los ayudaste a nombrar la tierra nuestra.
Por aquí anduvo
la magia bautismal de las guitarras.
Una noche Félix Torres
cantaba bajo los olmos de la plaza
como un zorzal ausente.
En los umbrosos jardines del verano
crecían madreselvas.
Don Rufino Martínez encendía al atardecer
las cinco lámparas
para que no todo fuera sombra desolada
ni dolido llanto por la ausencia.
Las rudas manos de Aquiles Farsi
forjaban en la fragua las campanas y las rejas,
y en las pampas de "La Noria" y "Bella Vista"
un verdor de maizales encendía la luz de la mañana
en los umbrales de la primavera.
Tú supiste, Padre Cerro
de la alegría sonora de los niños
correteando por las calles
jugando al tejo, a las bolitas,
y haciendo elevar al cielo del otoño
el barrilete que trepa y trepa
buscando la altura de los sueños.
Ese fue el tiempo de la risa de cristal

8 - Poema inédito.

La “edad de oro” que se fue cuesta abajo como el río
para perderse en las últimas arenas del silencio.
Campanario de luna y golondrinas
despertaba en las manos de Modesto
que repicaba en las procesiones
y doblaba en los entierros.
Desde tu cima vimos florecer
la agreste multitud de los hachones,
los cardales de “La Noria”,
la lejanía azul del Portezuelo.
Este que ahora toco con mis manos
el de las calles de arena finísima y de greda,
el de los verdes tamarindos y el de las tapias viejas,
éste es tu pueblo, Padre Cerro.
En la calle de los álamos cantan los coyuyos
y en los hilos del telégrafo miles de golondrinas
le ponen música pequeña a las honduras del silencio.
En la “Laguna de los Patos” gritan las gallaretas.
Yo sólo vengo a nombrarte, Padre Cerro.
Quiero encender la pálida lumbre de estos versos
para que no se apague tu nombre por el tiempo.
No pretendo cantarte porque el canto es de los elegidos
como César Rosales (el poeta) que pese a la ausencia
no está muerto.
Sólo quiero decir cómo palpita tu alma
en estas piedras.
Cómo te nombran las guitarras cuando volvemos la mirada
y otra vez Don Juan Llanos te canta vidalitas
Y Don Marcelino Martínez te saluda
en la gracia del pericón y de la cueca.
Yo sólo vengo a traerte la dolida pobreza de estos versos.
Sólo vengo a nombrarte, Padre Cerro.

Esa llama azul que nos alumbra[9]

Desde la oscura greda
corazón del tiempo madurado en milenios,
viene la luz.
De la Casa del Sol, de Inti Huasi, viene.
Símbolo de tradición y de hermandad
trae dulce memoria de abuelos que hace siglos
poblaron esta tierra,
aquí sembraron el maíz nutricio,
levantaron de pirca la morada,
trabajaron en mingas
y lograron la harina en las conanas.
Cuando extraños arcabuces detonantes
invadieron su eglógica comarca de silencio
desde el pucará lanzaron flechas
y murieron luchando por el derecho a la libertad
y por su tierra.
Hermanos nuestros son y nietos de Viracocha,
de Manco Capac y Atahualpa.
Acá en esta república de pájaros y ríos
trabajaron y murieron.
De allí viene la luz,
de la clara memoria de los manantiales
donde la libertad del hombre
era saludada cada amanecer
por la sinfonía inaugural de mandiocas y calandrias.
Esa dulce luz americana
viene de un entrañable país donde los ríos
tienen nombres de torrente:
Uspara, Chutunza, Luluara;
y los cerros se alzan como un trueno sonoro:
Tomolasta, Virorco, Sololosta.

9 - Texto leído por el poeta Miguel Angel Lucero en la plaza Pringles en la apertura del 36° Campeonato Argentino de Básquetbol, y luego publicado en El Diario de San Luis en abril de 1969.

La luz nos trae memoria de la piedra
solitaria, cuidadora de siglos
donde arrieros y pastores repuntaron
majadas de silencios
como un río de amor junto a la noche
florecido en las quenas.
Es una dulce paloma de barro americano
que manos alfareras modelaron
con el signo del pueblo
junto al verde salitre de los ríos;
en las costas del Conlara nuestro.
Esta luz que nos alumbra ahora
vio crecer en estas pampas
mangrullos que jalonaron soledades;
rastrilladas donde miles de vacas robadas al cristiano
poblaron con balidos el desierto.
Y ese puro reclamo animal de la querencia
anduvo por las noches
desangrándole los ojos al pampero
en esta tierra sanluiseña.
¡Jóvenes deportistas argentinos!
Cuando fue tiempo de volver huyendo
y cruzar el verde mar de los montes sin rumbo,
de los tigres hambrientos;
entonces ¡Oh cautivo!
Te cobraron los caranchos tu deuda de osamenta.
Y en los médanos donde crecen los maizales
de Buena Esperanza, de Unión y de Fortuna,
un lento revoloteo de pájaros negros en el cielo
te rezó el último padrenuestro.
Esta luz nació con los fogones del fortín
y en el vivac donde los sables prepararon
el filo para despenar el último quejido.
Conoció los entreveros donde el gaucho
bautizó a poncho, lanza y boleadora
la primavera del coraje.
Y anduvo (hace leguas en el tiempo)

encendiendo vidalitas
para que el nombre difunto del milico
no muriera del todo con la muerte
ni siguiera penando con la vida.
Esta luz que nos crece por las venas del tiempo
ayudó a encontrar el rumbo a los arrieros
que volvían con su tropa de cincuenta mulas
a estas cuyanas tierras.
En el puerto dejaron el vino, los higos, el patay,
los alfajores,
y se trajeron géneros;
la noticia que el pueblo no quería a Fernando VII,
y escondida en las albardas de corambre vacuna
la cuarteta de un verso.
Aquí en tierras cuyanas
floreció en el cogollo
y es esta dulce tonada desangrada de ausencias
que nos duele en el pecho.
Cuando los chasquis galoparon llevando la noticia
de la batalla o el levantamiento
(digamos por caso el Tropero Sosa, Alico Ferreira)
esta luz argentina fue la estrella del rumbo
antes que amaneciera.
Y cuando los campos de Quebracho Herrado,
La Tablada, Oncativo y San Ignacio
se volvieron cañaveral de lanzas,
fue la única vez que el miedo nos hizo santiguarnos;
y con el rebenque y el cuchillo
le hicimos una cruz a la luz mala.
Esta luz argentina nos palpita
desde el fondo de la historia y nos recuerda
las luchas montoneras.
Hace más de un siglo
allá por las tierras del Chacho y de Facundo
se toparon las huestes de Antonino Taboada y de Varela
Catamarqueños, riojanos, tucumanos, santiagueños;
se costuriaron el cuero a trabucazos

porque sí nomás,
por ver quién era
más capaz de jugarse en un tiro de taba
(en uno solo)
la sangre de las venas.
Fue en Pozo de Vargas un 10 de abril como este
y mientras sobre el retumbante galope del último caudillo
se apagaba la luz del día que vio verter la sangre,
una estrella nacía en el poniente
para alumbrar otra vez
la perdida hermandad entre argentinos.
Es esta luz que nos alumbra ahora;
luz de tradición, de historia nuestra,
que viene a iluminarnos las pupilas
para vernos de cerca,
para conocernos
para estrechar manos amigas.
No más disputas ni luchas fratricidas
fraternidad de hermanos que construyeron el futuro
con sencilla alegría.
Salud Córdoba, Catamarca, Corrientes;
Misiones, Entre Ríos, Santa Fe;
Santa Cruz, San Juan, Mendoza;
Tucumán, Santiago del Estero, Buenos Aires;
Formosa, Chaco, Salta, Chubut;
La Rioja, Capital, Río Negro, Jujuy…
Y que los cuatro rumbos de la patria sepan
que bajo el signo del venado estamos construyendo
la solidaridad nacional,
la hermandad, la paz y la concordia.
¡Hurra por este encuentro!
Bienvenidos sean
a los lares de Pringles, Lafinur y Pedernera.

Lara

Voy a cantarte una copla
sencilla como eres tú:
Coplita para que guardes
en tu mesita de luz.

Tu presencia en la familia
siempre es motivo de orgullo,
ojalá nunca te rocen
las cosas tristes del mundo.

Sencilla, dulce y graciosa
son tus prendas permanentes
guárdalas en tu alma noble
que son joyas para siempre.

Cuando andes por el camino
tratá de ser compasiva,
mucha gente sufre y llora
los rigores de la vida.

Dale una mano al que pide,
un consuelo al que está solo,
el cielo te ha de pagar
estrellas de plata y oro.

Ojalá sigas gozando
la danza, la poesía,
y florezcan en tu alma
la rosa del perdón,
el clavel de la alegría.

Larita: Dejo en tus manos
este racimo de versos
regalo para que guardes
de tus padres y tus abuelos.

Tonada para Mauricio

En estos campos montosos
llenos de tala y usillo
sendas perdidas, sin rumbo
lo extraviaron a Mauricio.

En el andar por el mundo
en la vida y en el canto,
se suele extraviar el hombre
por más que sea baquiano.

Por eso quiero decirle
que si anda en campos extraños
no se apure por llegar
que llegar se llega andando.

Y no olvide el rumbo cierto
que es el norte de la vida,
churcales de mal agüero
lo herirán con sus espinas.

Entonces vaya aprendiendo
que darse en canto y amor
es repartir la esperanza,
sembrar un tiempo mejor.

Cogollo

Perdone lo mal cantado
quisiera cantar mejor,
mande nomás cuando guste
soy su cochero cantor.

Amigo Mauricio viva,
de estas tierras de San Luis

llévese mi corazón
a sus pagos de Junín.

(El Paraíso, San Luis, 21/1/86)

Coplitas para Débora

A Débora Marianella,
nieta estudiosa y humilde
le dedico estas coplitas
que ella, amorosa, me pide.

Coplas me dieron los vientos
de mi tierra sanluiseña;
a veces medio tristonas
otras, alegres, fiesteras.

Coplas me dio el algarrobo
el chañar y el piquillín;
coplas de grillos nocheros
nacieron en San Martín.

Después de añares, teñidas
de plata y luna dichosa,
me da por trenzar coplitas
para mi nieta amorosa.

Coplas medio desprolijas
pero llenitas de amor;
ya no me ayuda el oficio
de coplero verseador.

Por eso, Debo, le entrego
estas coplas pobretonas
como un presente sentido
del abuelo que la adora.

Coplas, coplitas y coplas
para mi nieta amorosa.

(En viaje a Esquel, entre Neuquén y Bariloche, noviembre de 2008)

Mi viejo pago

I

Cuando en la madrugada
viene clareando
me pongo a pensar cosas
del viejo pago.

Las pampas de "La Noria"
y del "Salado"
se me vuelven distancia
que evoco y canto.

Chañaral del recuerdo
que anda orillando
la dueña de mis versos
la flor del pago.

No sé si vuelva a verte
rincón serrano
¡Qué lejos que has quedado
Mi Cerro Blanco!

II

Caserío del pueblo
y el campanario
que entrega a la mañana
la flor del canto.

"El Portezuelo" lejos
y el "Alto Grande",
"Chañaral de los Novios"
cuánto te extraño.

Perfume de romeros

exhala el campo;
“Barranca de los Loros”
¡Qué olor a paico!

No sé si vuelva a verte
pago puntano,
¡Qué lejos que has quedado
Mi Cerro Blanco!

Flor de romero

(Zamba)

I

Vengo a traerte este ramo
de romero florecido,
lo corté al amanecer
en campos del Paraíso.

Tiene la luz del lucero
y el ruego humilde del grillo.
Ponelo sobre tu pecho
no me lo eches al olvido.

¡Achalay, dijo una vieja:
qué ramos tan parecidos!
¡Tan discreta la muchacha
y el Negro tan presumido!

II

En un arcón de algarrobo
guardo tu amor encendido,
para que nunca lo hieran
las ramas del espinillo.

De oro es la flor del chañar
de plata la del usillo,
de bronce del viejo amor
son los versos que te escribo.

¡Achalay, dijo un paisano
qué campos tan parecidos!
El usillal en la loma
y el romeral florecido.

La Avelina Villegas

(Zamba)

I

Después de cruzar la pampa
levantando polvareda
las huestes de Yanquetruz
a Santa Bárbara llegan.

Cascos de potros retumban
por las calles de la aldea
y un cañaveral de lanzas
ha florecido en mi tierra.

De las estancias vecinas
fletes y vacas arrean
y llevan como cautiva
a la Avelina Villegas.

¡Quizás ya no vuelva a ver
la tierra de su querencia!

II

Se sienten los alaridos
del pampa que se la lleva,
hacia los toldos ranqueles
va la Avelina Villegas.

Después de nueve jornadas
la cautiva se les queda;
no quiere tener más dueño
que el cielo de su querencia.

La tarde del tres de julio
llega al Cerro de Varela

desnuda y los pies sangrantes
por el médano y la arena.

¡De noche, rumbiando al norte
marcha buscando su tierra!

Lamento del Crespín

I

Monte adentro, atardeciendo,
escucho tu soledad.
¡Qué sabrá ser tu lamento!
Queja entregada a los vientos
de quien no aprendió a cantar.

Talas viejos, lunas nuevas,
te han de salir a buscar
como se busca en la vida
aquellas cosas perdidas
que nunca se han de encontrar.

Enséñame tu lamento,
Crespín, enséñamelo.
Si lo necesito yo
porque en la vida tropiezo
te he de pagar con un verso,
Crespín, enséñamelo.

II

Dos cosas hallé en el mundo
que conmovieron mi ser:
Por los talares perdido
tu lamento estremecido
y el mirar de una mujer.

Unos ojos color miel
me enseñaron a escucharte.
Si esos ojos no me miran
como una paloma herida
se irá muriendo la tarde.

Enséñame tu lamento,
Crespín, enséñamelo,
si lo necesito yo
porque en la vida tropiezo
te he de pagar con un verso.
Crespín, enséñamelo.

Tonada del sauce viejo

Viejo sauce que los vientos
derribaron en invierno,
de tu verdor sólo queda
ramaje de polvo y tiempo.

Una llovizna de sombra
me regalaste en enero
cuando era de plata y luna
mi corazón andariego.

En tus ramas florecieron
cantos de pájaros nuevos
y dejó su queja errante
el viento sur en invierno.

Ahora que te has dormido
sobre el regazo del tiempo
se me hace copla encendida
la madera de tus sueños.

Esta tierra de mi canto
será como un cementerio
cuando me alcance el olvido
hecho de sombra y silencio.

Viejo sauce que los vientos
derribaron en invierno.

RIO GRANDE

A mis nietos:
Dana Carolina
Luciana Anabel
Débora Marianella
Ramiro Adriel
Blas Alberto

PROLOGO

Por tercera vez el autor ha querido que escriba el prólogo de esta obra suya que ha titulado Río Grande. Un manojo de cuentos que ponen de relieve y así -estoy convencido- el lector comprobará, su capacidad y su hondo sentir para elaborar estos relatos que, más que ficciones, constituyen breves historias, momentos fugaces enraizados en el espacio geográfico provincial.

El Dr. Jesús L. Tobares se maneja con libertad en esta área literaria que podría parecer alejada de su producción poética, esa que va desde "Cerro Blanco" hasta su "Calandrias de Septiembre", por citar dos títulos o de sus libros de investigación como "Folklore Puntano" o de crónica histórica, tal "Rincón de Rosales" dedicado a su nativa Villa de San Martín. Y digo esto porque es posible comprobar que hay siempre en los trabajos de Tobares una interrelación temática a la que nutren los jugos de la tierra, ya se exprese esa interrelación en prosa o en verso.

La fidelidad a la cuna de sus mayores, la constancia en el canto que invariable se quiebra en el recuerdo de lo entrañablemente vivido y que permanentemente se apoya en el paisaje físico y humano que nos es propio, brilla con la luz propia y auténtica en estos cuentos. No se trata entonces de relatar o referir un suceso falso o de pura invención, como lo sugiere el significado del "cuento" sino que aquello que Tobares narra se nos aparece como una notable cuota de verosimilitud, tanto que lo contado se nos hace creíble por no ofrecer carácter alguno de falsedad.

¿Quién no ha visto discurrir manso o turbulento Río Grande desplazándose desde su corazón mineral de Carolina y enredando en sus aguas algún drama como el que dejó, sola para siempre, a la Martina? ¿Quién no contempló alguna vez aquellos carros repletos de carbón que venían del norte boscoso, hoy desaparecido, como el de Camilo Campos que él perdió en un juego de cartas en la fonda de Irusta? ¿Quién como nosotros ya cargados de años

no ha sido capaz de comprender las injusticias que en el medio rural castigaban a la mujer empleada o al peón de la estancia que perdió todo cuanto poseía por no encontrar ayuda ni en el patrón ni en el Banco?

Como se lo señalara una vez a propósito de Horacio Quiroga, el ambiente, los seres humanos y hasta los animales característicos de San Luis fueron sorprendidos por el ojo penetrante de Tobares y expuestos con vigoroso realismo en estos cuentos. La intensidad dramática de algunos de ellos y sobre todo la acción, fundamental en los relatos, da a la obra tal latido de vida que llegará a impresionar o tal vez mejor a conmover al lector, si este, todavía, es capaz de emoción. Tobares como Quiroga conoce muy bien la extensión bravía del norte puntano y su trato permanente, continuo y generoso con la gente de la región le ha suministrado una galería de tipos humanos con conflictos, dichas y pesares que trasvasó luego a sus cuentos, donde la naturaleza misma, vivenciada en su múltiple dimensión, cobra la categoría de personaje.

Para gozar con la lectura de este nuevo testimonio del Dr. Tobares hay que predisponer el espíritu, alejarlo de los números, de las estadísticas, de las computadoras, del dinero y del poder tantas veces corrupto, acercándolo fraternalmente al autor quien, en frase de Lugones "ha bebido patria en la miel de su selva y de su roca".

Hugo A. Fourcade
Otoño de 1999

RIO GRANDE

Cada vez que crece el Río Grande a la Martina se le encoge el corazón. No le teme, porque nunca serrana alguna le tuvo miedo al río.

Cual más, cual menos, todas lo han vadeado crecido: veinte, treinta, cuarenta veces.

El Río Grande no solamente forma parte del paisaje sino también de la vida de esas gentes.

Como a un ser familiar y querido se le agradecen sus dones.

Los pirquineros ligan su suerte al río porque él les trae, desde el seno impenetrable de la montaña, los granos de wolfram que pacientemente ciernen y más tarde truecan por el alimento y el vestido. Las mujeres levantan a temprana hora en sus cántaros de greda, el agua que ha de apagar la sed en las encendidas siestas del norte. Los changos recogen de su lecho, guijarros para sus sueños tempranamente endurecidos. Pero no siempre el río se da en metal brillante, en agua mansa, en estrella de futuro. A veces, con terquedad implacable, se lleva lo que ha costado años de sacrificios.

La Martina recuerda que cuando ella era muy niña el río le llevó a su padre la maritata; su único bien de fortuna. La madre lloraba frente al río, y ella prendida de su oscura pollera, le indagaba desconcertada el motivo de su llanto. Hubieron de pasar muchos años para que la Martina llegara a comprender porqué se llora cuando el río se lleva lo mejor de los sueños.

Normalmente el río corre manso y silencioso. Solo en los pedregales levanta su voz que a veces parece una copla alegre y otras una oración litúrgica. Pero cuando se enoja, brama como un toro salvaje y en su furia incontenible se lleva maromas, cercos, árboles arrancados de cuajo y animales de la majada.

Hace algunos años creció de tal modo que derrumbó hasta las pircas y largo tiempo después las copas de los algarrobos que crecen a su vera, mostraban a una altura de ocho o nueve metros las señales del turbión: ramas y cortaderas en informe masa fla-

meaban en lo alto como banderas de la destrucción. El limo marcaba el desborde a considerable distancia de las márgenes no obstante la profundidad del lecho.

En verano el fenómeno es frecuente y los serranos cruzan el río muchas veces sin otra necesidad que la de probar su baquía o satisfacer el íntimo anhelo de vencer el peligro.

Pero a veces la creciente es demasiada impetuosa y hay que esperar dos, tres o cuatros días hasta que se "baje".

Algunos se vuelven mascullando insultos contra el viejo río que les impide el paso. Se pretexta la necesidad de atender el ganado, o de recoger o pelar la fruta que se está "pasando", o el daño que anda haciendo la huina... En fin, cualquier urgencia real o imaginada, justifica la impaciencia gruñona de los hombres.

Pero en el fondo se manifiesta el amor propio herido. Porque eso de que lo atajen a un paisano en la mitad del camino es como para bramar y enfurecerse. Más todavía; si el río fuese un ser viviente hace rato que tendría que habérselas visto con el ímpetu y la violencia de los que creen que esperar es deshonroso. Pero este río bruto es capaz de llevarlo a uno con caballo y todo, y después de hacerlo pedazos contra los peñones, tirarlo a la orilla para que lo coman las bandurrias y los jotes.

¿No ve lo que le pasó a Nico Giménez?

Era tiempo de verano y el río venía de bote a bote; había llovido como tres o cuatro días.

Nico venía del pueblo con provisiones para celebrar su santo. Antes de llegar al "Arroyito" nomás, ya lo sintió bramar al río.

¡Ta que lleva agua! exclamó.

Y así era en efecto. Las piedras blancas que dan sobre el camino y que crecientes comunes no suelen tapar, esta vez no se veían. Sobre la otra banda apenas asomaba la copa de un algarrobito nuevo que debía tener como tres o cuatro metros...

Cinchó adelante; apretó las alforjas con el pegual y orientó la mula medio al sesgo para no recibir de costado el golpe del agua.

Había varios paisanos esperando y alguien le pegó el grito procurando disuadirlo de tan riesgoso intento. El bramido ronco del río no dejó oír la advertencia. Y Nico espoleó su mula que antes de entrar caracoleó desconfiada.

Las orejas tiesas del animal apuntaron al medio de la corriente, como si de allí fuera a surgir de pronto, alguna peligrosa aparición.

Anduvo un par de metros río adentro y la mula quiso sentarse. Nico levantó la fusta y cuando describía en el aire la parábola del castigo el animal se tumbó de bruces. Hombre y bestia fueron arrastrados por el turbión rugiente.

Nico pudo salir, de éste lado, como a cincuenta metros, en un recodo providencial. La mula apareció en la banda opuesta.

El río le llevó el sombrero y las maletas, y para colmo de males quedaba a pie con la mojadura encima, calado hasta los huesos.

Dicen que desde entonces Nico no tiene apuro. Y cuando el río viene bramando, desensilla su mula y se pone a silbar tonadas.

¡No hay como el Río Grande para tranquilizar apurados!

Todo eso lo sabe bien la Martina. Conoce desde niña la bravura del río. Sin embargo no es esa la razón que le hace temer.

Si por eso fuera, hace tiempo que hubiese levantado el rancho…

Pero allí la han atado los recuerdos como las raíces atan el algarrobo a la tierra.

¡Cerro Horqueta! Cada vez que la Martina pronuncia ese nombre, le queda en la boca un sabor agridulce de amargura y esperanza.

Allí nació junto al cerro; y él le dio, como una alta estrella de wolfram reluciente, el amor de un minero. Eso es lo que la ata a la Martina.

Nunca ha salido de ese áspero rincón de la montaña. Cuando murió su padre tentada estuvo de irse río adentro, camino de cualquier parte.

Pero después de contener el primer el primer impulso se fue demorando, como si el corazón se resistiera a emprender el vuelo.

Pasó el tiempo…

El capataz la instó en reiteradas oportunidades a la entrega de su amor por un puñado de dinero, por un corte de género; en fin, por cualquier chuchería que halagara su condición de mujer.

Pero la Martina sabía que esa aparente generosidad llevaba en el fondo un designio de humillación. Era una tentativa más, mi-

serable tentativa, de comprar con dinero los sentimientos de los humildes para pisotearlos brutalmente y después amontonarlos, como la brosa inservible, en cualquier rincón.

Esa era la suerte que corrían en las minas las mujeres de su condición.

Y de allí le nacía a la Martina una fuerza de rebelión y de coraje capaz de sobreponerse a todas las adversidades.

Así fueron pasando los días y los meses.

Una mañana, un sábado para ser más exacto; palangana en mano liquidaba mineral en el río, cuando se le acercó Toribio que había estado chancando brosa en el molino. Otras veces se habían encontrado sus miradas cuando ella volvía de la cantina o mientras hacían turno junto a las maritatas.

Le confió el minero sus desventuras que eran idénticas a las suyas, y frente al áspero altar de los cerros, quedó para siempre sellada la unión de sus almas.

La Martina vivía por entonces sola en el rancho, y a los pocos días fueron dos para compartir el pan moreno, el vino amigo y el duro trabajo de las minas.

Después, cuando llegó el hijo, el rancho tornó a achicarse un poco más.

Entonces, y solo entonces, le pareció a la Martina que la vida no era del todo mala; que valía la pena vivirla.

Desde los remotos ríos de la esperanza le llegaba un canto de alegría a su desolado corazón minero.

El tiempo del dolor es siempre largo y el de la dicha fugaz como un relámpago. ¡Qué le iba a durar a la Martina su alegría!

Menos mal que al oscuro rosario de sus días había aprendido a ponerle las cuentas de la resignación y del silencio.

No tardó mucho en insistir el capataz, y cada vez que Toribio dejaba el rancho para ir a trabajar, la Martina se encontraba frente a la persecución de su patrón.

En todas las minas, a todas las mujeres, les ocurría lo mismo.

La pobreza y la indigencia de los desválidos nunca despertó la conmiseración sino el apetito de los poderosos.

Persistían en el recuerdo de la Martina aquellas escenas que la llenaron de dolor cuando las mujeres de la otra banda llegaban

hasta la fila de maritatas a suplicar un lugarcito para lavar la brosa.

El capataz les daba permiso sí, pero a condición de soportar su asedio descarado y las burlas procaces que la peonada celebraba con carcajadas estentóreas.

Más de una vez alguna de ellas lavó un poco el wolfram con lágrimas amargas. Por eso será tal vez que por sobre el alto campanario de los cerros florece cada noche una estrella lejana y temblorosa que tiene la misma resignada mansedumbre que hay en los ojos y en el corazón de los mineros sin amparo.

Pero a la Martina la protegía su fortaleza; su bravura de leona defendiendo la vida, que eso era para ella el honor de una mujer.

Una mañana lavaba ropa en la batea bajo el quebracho que daba sombra al patio.

En eso llegó el capataz y sin mayores cumplidos se le plantó delante con la impertinencia que le era habitual.

Casi no recuerda la Martina qué le dijo, porque desde ese momento solo pensó cómo salir del paso.

Toribito gimoteó desde la cocina y ella hizo ademán de encaminarse hacia allá.

Entonces el capataz la tomó del brazo con fuerza de tenazas. La Martina midió la distancia, antes de asestarle un golpe de puño en plena cara, vio que por sobre la pirca, a unos cincuenta metros asomaba la cabeza de alguien tocada de viejo sombrero pajizo: Era Toribio. Confundida no supo qué hacer. Quizá era mejor esperar que llegara su hombre.

Bajó los ojos, y cuando pocos segundos después levantó la mirada, vio que a pasos lentos, como si los pies le pesaran toneladas Toribio se iba camino al río, costeando la pirca.

Con un brusco sacudón se desembarazó del capataz y recogiendo al niño que había caído de bruces pretendió seguir el camino de Toribio.

Más el capataz viéndola así, sola, se le interpuso otra vez con mayor brusquedad.

El saldo de la lucha fue una pedrada asestada en la cabeza del impertinente y gruesos desgarrones en la pollera de la Martina, amén de magulladuras en los brazos y en el pecho.

Cuando pudo liberarse del aborrecible perseguidor levantó

otra vez a su tierno hijo y dolorida por dentro y por fuera siguió el camino del río.

Ahora las piernas le pesaban a ella y tuvo el presentimiento que la distancia que la separaba de Toribio era inmensa.

Anduvo así bajo el sol que calcinaba las piedras hasta que la senda desembocó en el Río Grande.

Llamó, aguzó el oído en busca de algún ruido, escrutó con ojos llorosos el lugar, pero nada.

Esperó allí un rato y luego regresó.

A medida que el tiempo pasaba el rancho se iba llenando de soledad. Quizá no volvería a escuchar la voz, el canto ni los pasos de su Toribio.

Durante la noche lo buscó en los ranchos vecinos pero nadie lo había visto.

Con la misma porfía lo sigue buscando hasta ahora.

Por eso es que cuando la Martina siente bramar el Río Grande se le encoge el corazón.

Por ese río bravo, al que suele llorarle mientras lava la ropa en el pedregal, se le fue hace años su Toribio.

¡Quién sabe dónde andará!

En las tardes cuando sobre el Cerro Horqueta se encienden las primeras estrellas, la Martina siente que se le mueren en el alma las últimas palpitaciones de la esperanza.

Y el viejo río le sigue golpeando, desde el pedregal de los sueños, su caja de eternidad.

TROPIEZO

Venía saliendo el sol cuando Camilo Campos se puso en marcha de una de las carboneras del campo "El Retiro" situado al norte de San Jerónimo, rumbo a la ciudad.

Había atado al carro tres pares de mulas y calculaba llevar una tonelada y media de carbón. Lindo carbón por cierto porque casi todo era de tintitaco y algarrobo.

En la ciudad lo entregaría en el corralón del gringo Sanfelice con quien su padre tenía tratos desde que vinieron de Pozo del Tala para dedicarse en "El Retiro" a la explotación del bosque.

Camilo conservaba fresco el recuerdo de aquella noche cuando llegaron en el año 36 al nuevo destino. Tenían tres carros y una buena tropa de mulas. Desataron los carros junto a la represa y esa noche durmieron al raso a la luz de la luna. Monte adentro gritaban los zorros y en los talares próximos los colcones y las lechuzas rompían el silencio.

A la mañana siguiente cancharon la punta del bosque para construir allí el rancho y defenderse con el descampado, de los matuastos y las víboras. De estas alimañas reptantes las más comunes eran las de cascabel y las de coral.

Sin embargo las víboras aparecían con mucho menos frecuencia que otros dos enemigos temibles y obstinados: los vampiros, que lastimaban las mulas en la cruz y costaba curarlas, y las vinchucas que en los techos de jarilla de los ranchos proliferaban a montones y caían sobre la gente a la hora del sueño.

¡Tiempos duros aquellos! A los vampiros y las vinchucas que chupaban la sangre, se agregaba la proveeduría… Los números se multiplicaban en la libreta como los mosquitos en la represa.

Trabajaban en "El Retiro" unos veinte hacheros, todos de la zona.

En el mismo lugar donde hachaban el algarrobo o el tintitaco lo trozaban; luego sacaban la madera en los carros por las picadas y la rodeaban en los canchones donde se armaba más tarde el horno.

Quemaba por ese tiempo Don Antenor Miranda. ¡Baquiano el viejo!

Nunca se le aplastó ni se le desmoronó un horno. Y los paisanos solían comentar que cuando quemaba Don Antenor no se encontraba carbonilla ni para remedio.

Como venía contando, aquella mañana Camilo se puso en marcha camino de la ciudad. Había llovido días antes de modo que llegó tarde al corralón de Sanfelice.

Atracó el carro a la báscula, anotó en la libreta el gringo y seguidamente con la ayuda de dos peones Camilo se puso a descargar. Concluida la operación enderezó otra vez el carro a la báscula, anotó nuevamente el gringo y revisadas las cuentas le pagó el importe del carbón: Unos doscientos y pico de pesos.

Como ya era tarde ni siquiera pensó en regresar al Retiro. Se quedaría esa noche en el puesto de Blanes, y mientras las mulas descansaban y comían, él se vendría a la fonda que detrás de la estación del ferrocarril tenía Don Ladislao Irusta, a cenar y conversar con otros carreros que siempre paraban allí.

Pero el diablo que siempre anda despierto metió la cola esa noche.

Después de la cena se armó una truqueada de cuatro, en dos mesas.

Don Ladislao cerró el boliche para dedicarse a atender a los carreros.

Trajo vino; primero en vasos, después una botella, dos, cuatro, diez... Cuando terminó la truqueada alguien sugirió que hicieran un "montecito". Tiraron cartas y sacó la talla Venancio Fuentes. Puso de banca cincuenta pesos y formados en torno al tallador los demás carreros empezaron a apuntar.

De entrada salió abajo una sota que de pálpito le gustó a Camilo. Cuando fue a sentarse, Venancio picó y sacó la sota en boca.

A causa de esa jugada la empezó a seguir y fue carta que se le perdió.

Cuando venía clareando el día Camilo jugó los últimos diez pesos.

Salió un caballo y el dos de oro arriba. Apostó al caballo. Tiró abajo el tallador y se dobló el caballo. ¡Eso era andar en la yeta!

Cuando fue a tirar de nuevo, Venancio lo miró a Camilo. Se

le había pegado la carta y los dedos callosos de tanto lidiar con el hacha no conseguían despegarla. Llevó el índice a la boca y en el último intento la esperada carta se separó del mazo. Levantó el brazo Venancio y la tiró con fuerza sobre la mesa. El caballo que faltaba…

Se levantaron los paisanos y salieron de la fonda. Ya estaba el día claro cuando los hombres se separaron con rumbos distintos.

Camilo anduvo a pasos lentos bajo los eucaliptos de la calle pensando cómo enmendar el hierro.

¿Y si lo pechaba por unos pesos al gringo Sanfelice?

Esa le pareció la mejor solución. Pero si llegaba muy temprano el gringo sospecharía que se había amanecido esa noche y que la plata… Lo mejor era irse al puesto de Blanes, dormir un rato y volver sol alto.

Así lo hizo y cuando llegó al corralón a las doce y minutos, Sanfelice ya se iba a la casa.

- Volvete a la chinque Camilo. Ya veré…

A las cinco Camilo estaba allí como poste. Pero el gringo se perdió. Lo esperó una hora, hora y media, dos horas y nada.

Apretando los dientes masculló un insulto y se mandó a mudar pensando no volver a pisar más por allí.

Como a la una de la mañana estaba de regreso en "El Retiro".

Desató el carro y se acostó a dormir bajo la ramada.

A la mañana siguiente, el padre alarmado por la tardanza, se levantó temprano y no tardó en encontrar a Camilo durmiendo tranquilamente sobre los aperos.

Lo despertó para averiguarle que le había pasado.

Y nada; me he demorao nomás. ¡Fierazo el camino!

-¿Y la plata del carbón?, inquirió el padre.

¿Qué carbón? ¡Si todo se ha ido en tumbadas y culatiadas…!

ATARDECIENDO

Hacía dos años que la Petrona trabajaba en estancia. Su cuerpo menudo, su tez morena, sus manos callosas; señalaban a la mujer sufrida, sin halagos. Llegó una tarde a pedir trabajo. Venía... de por ahí; de una mina. Había en sus ojos una resignada mansedumbre no exenta de belleza.

La ocuparon de cocinera. Obedecía sumisa las órdenes de su patrona. Siempre la primera en levantarse y la última en entregarse al reposo.

Al mediodía los peones llegaban al improvisado comedor; una dependencia adosada a la cocina, que en otro tiempo fue galpón. Algunos -los más audaces- aprovechaban la ausencia momentánea del capataz para hacerle objeto de sus mal disimulados requerimientos. Sin responder ella seguía entregada a su afanoso trajinar. La presencia del capataz imponía disciplina. Sentado a la cabecera de la mesa -formada por dos gruesos tablones recubiertos de papel- era el iniciador de los temas cotidianos.

- Tenemos que hacer un lote de novillos para la feria del 16.

- ¿Va llevar tostados Don Ciriaco?.

- No, vamos a arrear pampas... El lote de tostados lo tenemos que invernar a centeno. En noviembre lo llevaremos recién.

Julián -el boyero- reseña su parte al capataz:

- Junto al esquinero del molino está cortado el alambrado. Deben de ser los toros de la pampa... Andaban peliando esta mañana.

En el extremo de la mesa, en baja voz, se hacen conjeturas sobre la carrera del domingo próximo. Corre en el pueblo el sillero de Isauro -un mocetón de veinte años- con un "oscuro tapao" de "La July", la estancia vecina. El cuchicheo, que es ante todo ironía intencionada, alude al dueño del parejero. Isauro trata de salir del paso apelando a la opinión de Don Cruz, el trenzador.

- ¿Me irán a ganar, Don Cruz?

El viejo ordena sus viejos bigotes entrecanos disimulando su

vacilación en responder. Los peones dirigen hacia él sus miradas. Los del otro extremo se han adherido también con su silencio, al comentario de la carrera. Don Cruz es el más viejo de cuantos trabajan en la estancia y sus palabras y sus consejos tienen valor de sentencia.

Sin apuro deja caer las palabras como si trenzara un lazo de seis con sogas elegidas:

- Las carreras no se ganan ni se pierden antes de correr.

Terminado el almuerzo, el capataz y los peones abandonan el aposento. Uno a uno van saliendo hasta dejar vacío el ámbito donde las últimas voces no alcanzan a apagar la nota aguda de los platos y cubiertos que lava la Petrona.

Detrás de todos viene Cirilo, el domador de la estancia. Corto de miembros pero fornido. Desde sus ojos pequeños y penetrantes brota un caudal de vida intensa y viril. Es el último que ha salido no sin antes dirigir de soslayo una mirada al sitio donde la Petrona lava impasible...

La siesta se tiende perezosamente sobre el campo, y los caminos que parten de la estancia se pierden en la línea vaporosa del horizonte.

Después de un breve descanso a la sombra de los sauces los peones vuelven a la brega. Unos salen a recorrer la hacienda; otros van a terminar la cabecera del alambrado que han tendido desde el casco de la estancia al camino que va al pueblo. En el corral Cirilo se empeña en quitarle las cosquillas a un alazán patas blancas. Manosea al animal, lo habla, le hace levantar y le golpea los cascos para que a su tiempo no oponga resistencia a la herradura.

Desde el galpón de lavar la Petrona lo observa sin perder detalle. El paisano que no había advertido su presencia, al darse cuenta desata al animal y lo ensaya en el ejercicio elemental de "cabrestear".

Sin intención aparente se va acercando al galpón. Tiene algo guardado que no podría ocultar por más tiempo. La tarde anterior se cruzaron cuando él iba a guardar el apero y la Petrona volvía del depósito. Le ofreció ayuda para llevarle el liviano paquete que traía en la mano.

- No va poder... Es más pesado el apero, le contestó la mujer con sordina.

Sin darse cuenta, él había estado desde entonces, repitiéndose interiormente las palabras de la Petrona. Ahora sentía la necesidad de convencerse que no estaba soñando.

Vino después el tiempo de la trilla. El tiempo en que la dorada multitud de las espigas colma el bregar esperanzado de los hombres. Son los días en que se trabaja cantando.

Cirilo y la Petrona que solo aprendieron a trabajar, sienten ahora un rumor de enjambre brotándoles como el trigo, desde la entraña más recóndita. Recién descubrían porqué la pareja de horneros que andaba construyendo su nido en una horqueta de sauce, a ciertas horas del día se perdían en el follaje. El amor nacía para ellos como nace las yemas del estío: apasionadamente, para entregarse a la vida sin temores ni reservas.

Meses después a la Petrona se le deformaba el vientre con rubor de cántaro escondido.

- Arregle sus cosas para que esta tarde se vaya..., le ordenó su patrona el día del descubrimiento.

Pero no hubo tiempo de cumplir el mandato. Rato después, en el galpón de lavar, Doña Carmen una vieja sirvienta de la estancia encontraba a la Petrona quejándose profundamente. En las manos rugosas y sufridas de la anciana caía el fruto maduro del amor de la Petrona.

Apenas hubo dejado el lecho le arreglaron las cuentas y se fue. Al atardecer Cirilo ensilló su caballo y juntó sus pocas prendas. Pidió hablar con el Mayordomo, y al rato, el niño que lo había anunciado le indicó que pasara. El Mayordomo leía en ese momento las últimas cotizaciones del mercado ganadero.

Encuadró Cirilo su recia estampa en la puerta y se quitó el sombrero.

- Pasá, lo invitó el Mayordomo. ¿Qué te anda sucediendo?
- Nada señor; vengo a que me arregle.
- ¿Cómo; te vas?
- Sí señor, me voy.

La respuesta terminante indujo al Mayordomo a pensar que esa decisión obedecía al alejamiento de la Petrona.

Varios años de trabajo honrado le habían ganado la confianza de sus patrones. Era domador y para eso lo ocuparon. Pero

si había que arrear a la feria, trabajar en la trilla, parar un rodeo, emparvar el pasto con urgencia, o cualquier otra cosa, siempre lo encontraron listo. A los chúcaros los fue amansando en los ratos libres. Y todos le salían mansos, prontos y de buena rienda.

El Mayordomo gastó un ofrecimiento procurando retenerlo. Calculó fríamente y convencido de torcer con dinero su decisión sentimental le dijo:

- Mirá Cirilo, vos ganás más que todos los peones. Pero si no estás conforme te aumento doscientos pesos y te doy un caballo por cada diez de los que entregués amansados. ¿Estás de acuerdo?

Cirilo miró fijamente al Mayordomo y con voz segura respondió:

- No señor, me voy.

Más que una decisión era una orden. El Mayordomo comprendió y le arregló la cuenta. Al apretón de mano agregó con cierta cordialidad no común en él:

- Y cuando quieras volver ya sabés, aquí siempre vas a encontrar trabajo.

Cirilo extendió la mano sin dejar de mirarlo. Escuchó las palabras del Mayordomo y sin decir nada giró hacia la puerta.

Caminando sin apuro llegó hasta el sauce donde tenía atado su alazán. Montó el caballo y al paso lento fue alejándose del casco de la estancia mientras recorría con la mirada los potreros, los corrales, las bebidas, la hacienda. Era una tarde quieta, olorosa de trébol y gramilla. Algunos peones regresaban ya. Otros procuraban endilgar hacia el corral una tropilla de yeguas ariscas que porfiaba por ganar el campo abierto.

Recordó Cirilo el motivo de su alejamiento y se dijo para sí.

- Echar a una mujer porque ha cometido el delito de ser madre!.

El balido ronco y salvaje de un toro le encrespó la sangre. Cavó la bestia con enojo y se echó tierra sobre el lomo. Cirilo experimentó la sensación de llevar a sus espaldas el peso de una responsabilidad, la de ser padre.

Por él, la habían echado a la Petrona.

Dobló al tranquito el último recodo de sauces llorones y enfrentó la calle que se alargaba polvorosa sobre la línea del horizonte. Llegando a la tranquera alcanzó a divisar la silueta de la Petro-

na con el hijo en brazos, recortada sobre la agonía del crepúsculo.

Escarceó el alazán pidiéndole rienda y emprendió el galope.

Dentro de poco rato las sombras de la noche se tenderían sobre el campo. Pero a Cirilo le parpadeaba ya en el alma la luz de la primera estrella.

EL TRACTOR

Aquella mañana de noviembre Melitón Alcaraz el tractorista de la estancia, se levantó más temprano que de costumbre. Tomó su ración de mate cocido y galleta con los demás peones y cuando estuvo el día claro sacó del galpón el John Deer.

Revisó el aceite, echó un vistazo al marcador de gasoil, controló la presión de las gomas y lo puso en marcha rumbo al cuadro del Molino. Justamente pensaba cortar la melga partiendo del bebedero para ir a salir a la punta de una isleta de chañares que marcaba el fin del rastrojo. Más allá el terreno se ondulaba para terminar en una lomita blanca donde la peonada en otros tiempos solía "rebuscarse" sacando berilo de un reventón que descubrió Barbarito Lucero.

Mientras cortaba campo rumbo al molino, Melitón recordaba aquellos años del 30 al 35 cuando la peonada de la estancia para distraer sus ocios o haciendo un alto en la jornada, organizaba en ese potrero frecuentes boleadas de avestruces tan celebradas por los mensuales jóvenes. Ese era un día de fiesta, y a cambio de matar mancarrones y pegar alguna rodada, al fin de la corrida se cobraban algunas piezas.

En esos años el rastrojo no conocía arado; todo era pajonal virgen y era común darse vuelta por sobre la cabeza cuando el caballo a toda carrera metía las manos en una cueva de peludo o se hundía en un pueblo de tulduscos.

Cada corredor llevaba siempre por lo menos tres pares de avestruceras atadas a la cintura o bajo el cojinillo a la cabeza de los bastos. ¡Si habrán engordado los zorros con las boleadoras que se perdían en el pajonal!

Pero a la noche, en la estancia, cada cual saboreaba su porción de alón o de picana mientras se comentaban las alternativas de la corrida.

La pluma se vendía en el almacén de Don Javier Arruga que era el único que la compraba en el pueblo. Y quedaban todavía

para lucimiento de los fumadores, aquellas primorosas tabaqueras de buche de avestruz que hacía una de las peonas de la estancia: la Ascensión Miranda.

A él le obsequió una con las iniciales "M. A." bordadas en rojo y azul. La conservó hasta los años. Cada vez que armaba un cigarro, el tabaco fresco le traía el recuerdo de la Ascensión. ¡Vaya a saber porqué le regaló aquella tabaquera! Y como cosa de brujería una vez revisándola, descubrió que sus propias iniciales "M. A." formaban por dentro las iniciales de la Ascensión: "A. M."

Cuando llegó a la altura del bebedero enderezó el tractor enfrentando la punta de la isleta y accionó la palanca del equipo de discos. Aceleró el John Deer y poco a poco los cinco discos comenzaron a hundirse en la tierra cortando en grandes champas la orilla del gramillal que nacía en el molino.

El olor a la tierra recién removida le trajo el recuerdo de aquellos tiempos cuando con sus padres labraban las cañaditas de "La Puerta Colorada" con un arado de mancera del uno y medio. El mismo aroma profundo y misterioso de la tierra prometiendo la recompensa para el tiempo de las catedrales rojas y blancas de las trojas.

Había andado un par de cuadras cuando advirtió que lo seguía una multitud de tordos y palomas que picoteaban la tierra buscando gusanos y lombrices.

Melitón estaba de vuelta a la infancia aspirando el aroma de la gleba y escuchando el canto de los pájaros que poblaron las primaveras de "La Puerta Colorada". Lo único distinto era el arado. Todavía se acordaba de aquel aradito de "La Cantábrica" que su padre compró en Concarán en la casa Brax por 18 pesos. ¡Tiempos aquellos! Este John Deer costaba mucha plata. ¡Pero qué trabajo hacía! Ni veinte arados del uno y medio daban vuelta tanta tierra.

Y allí comenzó a madurarle la idea de comprarse un tractor para trabajar esos potreros que tiempo antes había arrendado. No sería un tractor tan grande y tan lindo como el John Deer pero…

Enfrentado ya decididamente con la idea comenzó a hacer cálculos. De las veinte vaquitas que tenía vendería la mitad; con eso cubriría la entrega inicial. Lo demás lo iría pagando con el producto de las cosechas y con algunas changuitas que podría hacer

teniendo el tractor. Los propietarios estaban pagando en ese momento hasta $1.200 por hectárea para arar la tierra. Es claro que había que pensar ahora a quien comprarle el tractor. Su patrón le tenía uno ofrecido pero cuando se habló del precio le pareció un poco caro.

Bueno... era cuestión de conversar.

Un mes después cerraba trato con su patrón. Le entregaría las veinte vacas, y el saldo de la deuda -capital e intereses-, se documentaría ante el Banco.

Así convinieron porque según le explicó el patrón, él había transferido su crédito al Banco para sacar otro tractor porque no podía pagarlo al contado. Las amortizaciones serían semestrales con intereses sobre saldos.

La noche anterior a la firma de los documentos estuvo pensando largamente en el asunto. Todo dependía que durante tres años las cosechas vinieran bien. ¿Pero si caía piedra, o helaba temprano, o no llovía lo suficiente?

Tales dudas se convirtieron luego en temor. Repensó la cuestión y llegó a la conclusión que la operación no le convenía.

Al día siguiente le hizo conocer la decisión a su patrón.

- Pero no Melitón; no te preocupes por tan poca cosa. Si te falla una cosecha yo me comprometo bajo palabra de honor a levantarte la obligación.

Palabras dichas así, tan sinceramente al parecer; lo convencieron.

Rato después viajaban en una de las camionetas de la estancia para formalizar el trato ante el Banco.

El gerente los recibió con una amabilidad desbordante. Le explicó a Melitón -poniendo por testigo al patrón-, que lo único que le interesaba al Banco era el progreso de la zona y el bienestar de quienes trabajan la tierra. Y le dijo -no recuerda Melitón las palabras exactas-, que desde la época de su creación hasta ese momento su política crediticia había evolucionado notablemente.

Ya habían quedado muy lejos los tiempos en que para conseguir un crédito había que ir con la recomendación del diputado o del político influyente. Hoy todo se manejaba de acuerdo a otras normas y hasta el más pobre podía obtener un crédito si ofrecía

buenos antecedentes morales y sus posibilidades de trabajo eran aceptables. El Banco había dejado de ser una mera empresa comercial para transformarse en una institución de promoción. Si antes se favorecía la especulación, ahora se apoyaba al trabajo.

Melitón pesaba las palabras del gerente y no podía disimular su asombro. Realmente él no sabía hasta ese momento qué era un Banco. Recién ahora tenía conciencia de qué se trataba. Después del introito verbal vinieron las cosas concretas.

Melitón firmó los pagarés que documentaban la deuda y como detalle final dos escrituras a favor del Banco, una de prenda sobre el tractor y otra de hipoteca sobre la casa que tenía en el pueblo. Aquí el gerente le explicó, concordando con lo que el patrón le había dicho en el camino; que esa era una simple formalidad que exigía el Banco y que no tenía ninguna importancia.

Terminada la gestión se reiteraron las muestras de amabilidad y los ofrecimientos indefinidos.

De regreso el patrón no se cansó de ponderar la feliz iniciativa de Melitón. ¡Había dado -según él-, el paso más importante de su vida!

Recién promediando diciembre pudo comenzar la siembra. Nunca había experimentado la sensación de arar la tierra con un tractor que no fuera ajeno; siempre lo hizo con máquinas de su patrón. Pero la alegría de sentirse dueño del tractor y también un poco de su libertad, no tardó en quebrarse.

Tuvo que paralizar el trabajo porque la máquina no "tiraba", y fue necesario llevarla a la ciudad para su arreglo. Mientras tanto la siembra se hizo con un tractor alquilado. Para colmo de males se confirmaron los temores de Melitón: heló temprano y cuando el dueño de la cosechadora fue a revisar el maíz le aconsejó no levantarlo porque le iba a salir más caro "el collar que el perro".

Para cubrirse un poco de los gastos tomó algunos animales a pasto. En mayo vencía la primera obligación. Sin posibilidades de cumplir con el pago fue necesario hablar con el gerente.

Esta vez había desaparecido la sonrisa cordial que lo recibió en diciembre, y fue emplazado para que a fin de año levantara los dos documentos vencidos sin perjuicio de pagar los intereses punitorios.

No quedaba otro camino que entrevistar al patrón y recordarle aquella promesa que le hizo en vísperas de comprarle el tractor.

El acaudalado estanciero no tenía memoria de tal promesa. De todos modos le hubiese dado una manito a no ser por los vencimientos que a él también lo apremiaban, la cosecha que había venido floja, la hacienda que había entrado en baja y veinte mil disculpas más.

Todos los caminos quedaban ahora cerrados.

Pero vislumbró una última esperanza a la cual se aferró como a una tabla en alta mar. Sembraría en noviembre y si las cosas venían bien podría cumplir con sus obligaciones siempre que lo esperaran un poquito, aunque el resto del año hubiese que ajustarse la faja.

Antes de vencer el nuevo documento fue llamado por el banco. Pidió una prórroga y no le fue concedida. El compromiso había sido esperar hasta diciembre.

- Melitón Alcaraz -pensó él-, no es capaz de quedarse con un centavo del Banco. ¡Bien podrían haberle dado una prórroga más!

Y lo enfureció pensar que la vez anterior y ahora mismo había visto a gente de malos antecedentes comerciales, inclusive a quebrados fraudulentos; entrar y salir del despacho del gerente como en su propia casa.

Regresó al pago con el ánimo ensombrecido y cuando pasaba frente a la estancia de su patrón, las tropillas de vacas que poblaban los potreros le parecieron una multitud de fantasmas.

Allí no más a diez metros, detrás de esos alambrados, comenzaba un mundo de abundancia que él mismo con sus propias manos, había contribuido a crear. Y de este lado del alambrado por la calle polvorienta, en un ómnibus destartalado, entre los cuatro o cinco pasajeros sudorosos, iba él, Melitón Alcaraz, como un condenado que tiene contados los días de su libertad.

Poco después le remataban la casa y las vaquitas que le quedaban.

Esa casa la había levantado con indecibles sacrificios y cada ladrillo era testigo de sus privaciones y desvelos.

Ahora quedaba en la calle.

Así le había pasado a otros que hicieron un trato parecido.

Para no vivir a la intemperie construyó un galpón en los potreros.

No obstante la tristeza de los niños y la angustia de la mujer, Melitón Alcaraz experimentaba una rara sensación de felicidad.

Volvía a estar cerca de la tierra, a sentir su agreste aroma cuando la lluvia comienza a empaparla, otra vez podría escuchar en la noche los rumores del campo, el grito de los teros, el chistido de las lechuzas. Volvería a ser lo que fue un día: un muchacho simple y bueno que soñaba con vivir siempre lejos de la codicia de los hombres.

Esos razonamientos se hacía mientras trajinaba llevando los trastos de la casita del pueblo al galpón de los potreros.

La tarea tocaba a su fin.

Solo lo invadió la tristeza cuando descolgó de la pared la foto de casamiento y el retrato de los niños.

En verdad a él solo le habían devuelto la libertad; a quienes le habían quitado la casa era a la mujer y a los hijos.

Su corazón paisano se expresó en silencio como solía hacerlo siempre frente a la adversidad; "Y bueno, qué se le va a hacer..."

Y para que la tristeza no le siguiera mordiendo el alma como un perro rabioso y montaraz, se hizo el firme propósito de no volver a pensar en el pasado.

Rumbo al galpón de los potreros apretó el paso antes que la noche lloviznara de sombras el camino.

"Mañana al alba -se dijo para sí- hay que empezar de nuevo.

RASTREADORES

Noche cerrada hicieron alto llegando a Concarán. Habían caminado, con pequeños intervalos, desde la madrugada. Venía en la tropa hacienda arisca y volvedora, aquerenciada en los bañados de Cautana. Desensillaron e hicieron fuego en un reparo de tuscas y algarrobos. Don Nicasio ordenó hacer ronda de tres en previsión de que la hacienda serrana intentara fugarse apenas se repusiera del cansancio. Era noche sin luna y la tropa en desbandada, metida en los laberintos del bosque, crearía a los hombres una situación comprometida. Las mulas recibieron su ración de maíz y cada uno de los troperos se acomodó a distancia prudente del fuego.

Sentados sobre sus aperos y protegidos de gruesos ponchos, armaron sendos cigarros. Formaban el círculo el capataz Don Nicasio Gil, Feliciano Castro (un mozo de Cautana hachero en otros tiempos), Rudecindo Nievas nativo de Cortaderas, y los hermanos Cevallos, conocedores de todos los secretos del arte de tropear. Mientras hervían el agua para el mate y el café, los tres arrieros restantes rondaban la tropa. El relente de junio se entibiaba de mugidos y en las faldas de la sierra se veían esas grandes fogatas con que los viajeros alumbraban las noches sin luna y sin estrellas.

- Arisca la novillada patrón, comentó Rudecindo Nievas al tiempo que levantaba un tizón para encender su cigarrillo.

- Cierto es, respondió el capataz. Por esos pagos de Cautana no he conocido tropa dócil ni huelladora. Los hace ariscos el monte. Hay novillos que alguna vez, por casualidad, bajaron al corral y otros que hasta el día de formar en tropa son orejanos. Por eso en Cautana nadie sabe si le faltan o le sobran vacas…

Feliciano Castro miró de reojo al capataz. De un montón de ramas cortó una varilla y avivó las llamas de la hoguera.

- En esos bosques sin fin -prosiguió el capataz- es fácil esconder meses enteros un arreo.

- ¿Esconderlos pa' qué patrón? preguntó Nievas.

- Pa' cualquier cosa amigo. Si los quieren vender después de un mes o dos, la policía ya ha perdido la pista.

- Si es pa' carniar áhi nomás, mejor tuavía. Hay obrajes donde se comen dos o tres novillos por día, de manera que una tropa regular no dura más de una quincena.

- ¿Pero la policía no descubre ni llevando buenos rastreadores?, inquirió Nievas con vivo interés.

- Difícil amigo. No es cuestión de seguir el rastro a los animales sino a los hombres.

- Le contaré un caso: una ocasión se perdió en Quines un caballo mestizo de esta marca.

Y mientras pitaba su cigarro, el capataz dibujaba junto al fuego la marca del animal.

Feliciano Castro levantó la vista y con recelosa impaciencia miró al capataz. Esa marca le era conocida. Don Nicasio continuó: el comisario de Quines me fue a ver para que hiciera de rastreador. Acepté y de madrugada salimos de Quines con la comisión policial. Había orden de revisar tropas y campear en cualquier punto de la zona. Yo calculaba que el caballo no había salido de Cautana. En algún hueco del monte o en algún rancho lo tenían escondido. El comisario me dio la razón. No era buen negocio trozarlo pa' después venderlo por menos que nada en La Rioja. Porque era animal acostumbrado al buen trato y a la pesebrera. Además un caballo mestizo agregao a tropa e' mulas se hacía sospechoso. A eso del mediodía llegamos a un obraje grande. Antes de arrimarnos a las casas revisamos la aguada. Había dos o tres catangas cargando agua en los barriles. Me bajé y le saqué el freno a la mula pa' que bebiera. ¡Y diga que es casualidad amigo! Lo primero que topo, el rastro del animal. Ese era el caballo. Yo lo conocía bien porque hasta lo había herrao dos o tres veces. Por donde mismo lo habían traído por ahí lo sacaron. Iba derechito al obraje.

Sin hacer alarde, como pa que me convidara con fuego, me le acerqué al Comisario y le dije:

-Ahí tiene el rastro Comisario, sígalo.

El hombre miró el suelo sin decir nada. Se le acercó a uno de los botijas aguateros y le preguntó:

- Decime ¿De quién es un caballo zaino que hace un rato anduvo por acá?

- No… si no hay ningún caballo zaino, contestó.

El Comisario me miró con un gesto de fracaso. No se equivocaba el hombre. El botija estaba mintiendo y pa pior lo habían enseñao. Contestó como si supiera de memoria lo que tenía que decir. Cuando llegamos, nos recibieron tan bien como si hiciera días que nos estuvieran esperando. El Comisario empezó a averiguar del caballo, primero al patrón, después a los capataces, y por último a los peones. Pero ninguno sabía nada. Eso era un nido de víboras amigo… Se veía a la legua que mentían. Los tenían pagaos…

- No es cierto, replicó violentamente Feliciano Castro al tiempo que se incorporaba.

- Nos obligaban a ocultar porque si no nos echaban.

Don Nicasio contestó el alegato con una carcajada. Y mientras borraba con el pie la marca dibujada en el suelo, se acomodaba en el apero al abrigo de su grueso poncho.

Después de comprar vacas veinte años, Don Nicasio dejó el negocio para comprar mulas. El hombre conocía el oficio.

Formaba la tropa y marchaba con ella a Bolivia donde la entregaba a Segundo Oblita. No era de los que llenaban de tierra la oreja del animal y luego se la ataban doblada para que así, aturdida la bestia, no atinara a disparar.

No. Don Nicasio nunca se despojó del orgullo paisano de saber tropear sin ventajas innobles para el bruto que tarde o temprano iba a morir extenuado en tierra boliviana fletando estaño en las minas de Patiño. Arreando o revisando la dentadura de una mula era el mismo experto en las artes camperas.

Un día, o mejor dicho una madrugada cuando él era peón, se le volvieron a su patrón tres mulas desde Candelaria mientras arreaba más de trescientas.

No era noche de luna pero tampoco muy cerrada. El cielo estaba gestando la lluvia veraniega. Siendo grande la tropa no podía saberse de dónde eran las que faltaban seguramente volverían a la querencia. Pero de ahí a saber si eran de los Cajones, de Lafinur, de Quines, de la Botija, de la Majada, de la Represita, de San Fran-

cisco o cien puntos más, era cuestión que estaba por averiguarse.

Las rastreó esa madrugada y contra las indicaciones del patrón (porque no era cuestión de demorarse siguiendo tres mulas que al fin de cuentas buscarían la querencia mientras se descuidaba un arreo de trescientas), Don Nicasio se empecinó en volverlas aunque al patrón no le gustara.

Los animales venían por el camino de Candelaria a Quines. El colchón de tierra estaba pisoteado por más de mil vasos de mulares que iban al norte, y a la entrada del pueblo había de todo: rastros de vacunos y caballos sueltos; huellas de sulkys, carros, jardineras, etc.

Don Nicasio siguió su camino inmutable, sin detenerse; con la seguridad de estarlas viendo un poco más adelante suyo.

Apenas pasó Quines la tormenta que amenazaba se puso a tamborilear sus primeras gotas sobre la lonilla que llevaba a modo de guardamonte. Cada vez la lluvia fue haciéndose más intensa pero Don Nicasio siguió su marcha imperturbable. A eso de las diez de la mañana las alcanzó subiendo la "Cuesta del Chaguaral", camino de San Martín.

En otra oportunidad, comprador ya, fue a revisar una tropa de mulas a San Francisco. Lo esperaba el dueño con los animales en el corral. Cuando los peones vieron llegar a Don Nicasio, hombre robusto y bien parecido, en quien la bota y la bombacha campesinas formaban una elegante combinación con el saco de corte sastre, la camisa impecable y el sombrero de castor; supusieron que el lazo que complementaba el rico apero lo llevaba de más. Alguien insinuó la hermosura de la prenda pero como al pasar puso en duda su resistencia.

Don Nicasio comprendió la doble intención y con el aplomo que le daba su habilidad y su saber campesino se quitó el saco y desató el lazo. Le hicieron "costear" una mula chúcara de buena alzada y cuando fue a tirarle el lazo el animal se volvió. Sin moverse de su sitio Don Nicasio bajó el brazo, lo revoleó al revés, y pialó al "encuentro". Con una elegancia de antología dejó ir un poco el animal hasta que la armada bajó a la altura de las ranillas. En el momento preciso echó a la cadera y el animal se desplomó como fulminado por un rayo. Los paisanos guardaron sus lacitos y se

ocuparon de otros menesteres; menos de pialar.

El negocio de comprar y vender mulas le dejó buenas ganancias. Se afincó en Quines, su pueblo natal, y de allí viajaba constantemente cada vez que de algún punto de la Provincia le hacían llegar un ofrecimiento. Y por esas casualidades del destino no faltó oportunidad de encontrarse en tratos de dueño a dueño con Feliciano Castro que había comprado un campito un poco al norte de San Martín.

En una oportunidad le ofrecieron unas setenta mulas que debía revisar en San José. Preparó el viaje y acompañado de dos peones salió de Quines bien de madrugada camino de San Martín por la "Cuesta del Chaguaral".

Feliciano Castro que había llegado de Quines el día antes no sé porqué ocurrencia, salió poco rato después, prácticamente pisándole los rastros.

No tardó en darse cuenta que su ex patrón viajaba adelante.

- Ahá; va en la mula zaina. Nuevitas las herraduras. Indalecio va en el alazán ruano y el "Negro" de Doña Desideria en el gateao que fue de los Arce. ¡Bien montaos los mozos!.

Y para no desmentir que tenían en qué andar, los muchachos iban adelante. Lo dedujo porque a ratos la zaina venía pisando los rastros de los yeguarizos. Hizo cálculos adónde viajaría Don Nicasio y enseguida se desentendió del asunto.

Había galopado bastante, y cuando dejó el camino de Talita puso su caballo al tranco. Apenas había comenzado a repechar la "Cuesta del Chaguaral" cuando sus ojos tropezaron con un envoltorio de regular tamaño, más chico que grande; caído en el camino. Se bajó, lo tomó en sus manos y lo abrió.

- Plata.

Era el dinero que Don Nicasio llevaba para comprar las mulas.

- Ahá; ahora me la va a pagar.

Feliciano recordaba lo dicho por su patrón aquella noche que hicieron alto con el arreo llegando a Concarán. Siguió su camino pensando que no tardaría en encontrar a Don Nicasio. En cuanto echara de menos el dinero se volvería.

Y así ocurrió tal como Feliciano lo había imaginado. Apenas pasó "El Agua del Unquillo" vio venir a Don Nicasio. La mula venía

sudada y la traía al sobrepaso. Levantó Feliciano el marchado de su caballo zaino y acortó la distancia con parsimonia de quien no tiene apuro. Se cruzaron las bestias y los hombres se estrecharon la mano. Le explicó Don Nicasio el motivo de haber vuelto sobre sus pasos y antes que concluyera, Feliciano Castro le alargó su diestra y le dijo:

- No siga más entonces; aquí tiene su dinero. Cuéntelo por si algo le falta.

Don Nicasio bajó la mirada y cuando volvió a levantarla se encontró con los ojos de Feliciano. Por instinto se rastrearon en el alma la razón esencial de sus destinos; el porqué de haber nacido con las pupilas desveladas para encontrar en los caminos el rumbo de las bestias y de los hombres. Porque los dos eran rastreadores. Pero con una diferencia: Don Nicasio Gil era rastreador de cuatreros y Feliciano Castro rastreador de rastreadores.

EL PETISO MALACARA

Aquella tarde doblaba el último recodo del camino llegando al pueblo cuando por la ventanilla del ómnibus descubrió entre la tropilla de yeguarizos y mulares que pastaban en la calle, a su viejo petiso malacara. Ese petiso que fue su preferido y que no había vuelto a ver desde aquel día en que buscando otros rumbos, le dijo adiós a la querencia.

Hacía mucho tiempo que estaba ausente del pago y esta vez volvía con un ansia incontenible a ver las cosas que le eran familiares; esas cosas que recordándolas en la ciudad lejana le habían dejado en la boca un gusto amargo como de lejanía inalcanzable.

Quería sentir otra vez el canto del arroyo y beber en el hueco de las manos el agua cristalina; llenarse los pulmones del aroma a menta y yerbabuena; trepar otra vez el "Cerro Blanco" hasta divisar desde la cima el caserío de su pueblo. Quería, en fin, ensillar de nuevo su caballo y largarse por cualquier camino aspirando el aire puro de la pampa. Eso era para él gozar de la verdadera libertad tan cara y tan hermosa que la gran ciudad le obligaba a veces a renunciar.

Había nacido para vivir libre como los pájaros y cada vez que reparaba en la arquitectura de su cuarto (geometría de cemento y hierro), se sentía como en una jaula: asfixiado.

Por eso estuvo tentado muchas veces de abandonarlo todo y volverse por ese mismo camino que lo había llevado...

A medida que el ómnibus se acercaba al pueblo, el regreso iba adquiriendo las formas que allá, en la ciudad distante tenían los recuerdos: la pampa ondulante y verde con la ceja del monte emergiendo en lontananza; la quietud de la tarde que mansamente desangraba su sol de enero en las cumbres del poniente; la caballada suelta pastando en los callejones, y en los potreros de "La Noria" la pareja de toros levantando espesa polvareda en un torneo salvaje de balidos y cornadas.

Tener un petiso en aquella edad de los siete, ocho o nueve años significaba para él poco menos que alcanzar el cielo con las manos.

Su padrino -presintiendo su ilusión- le regaló por aquel entonces un petiso negro. Se lo dio a Don Ricardo Calderón para que lo amansara. Una tarde, caminando con su padre frente al "Puestito", vio a Don Ricardo ensillando el animal. Lo sacó a los potreros y allí lo montó, con tal mala suerte que a los primeros corcovos el petiso se quebró. No hubo más remedio que despenarlo.

Entonces su abuelo le regaló el petiso malacara.

Era hijo de un potro mestizo y de una yegua criolla. De esa cruza salió un animal de fuerte contextura, pecho amplio, cabeza pequeña, remos cortos y finos. Se unían en él las condiciones de un buen caballo para todo andar: listo en la atropellada, lo suficientemente firme para aguantar cualquier cimbrón, y por sobre todo manso. ¡Ta qué animal mansito! Solía agarrarlo a campo abierto sin otro trabajo que el de imitar el ruido del maíz en el morral: chic... chic... chic... Y el malacara separándose de la tropilla venía a su encuentro. Mientras le ponía el bozal y le palmeaba la crin primorosamente tusada, el petiso refregaba en sus hombros su cabeza pequeña en un gesto casi humano de comprensión. Sabía pagarle con mansedumbre y lealtad los cuidados que le prodigaba.

Nunca lo largó en verano sin bañarlo y en invierno sin pasarle la rasqueta. Cuando su padre cuidaba un parejero, de contrabando le aumentaba la ración al petiso con un buen tarro de avena. Y reclamaba asimismo para su preferido, la porción de alfalfa recién cortada que al cabo de diez o quince días le dejaba el pelo como una seda: brilloso y suavecito.

Valía la pena cuidarlo porque andando en él tenía la certeza de no ser un paisano cualquiera. Sí señor. El dueño del malacara empezaba a reclamar su lugar de hombre "de a caballo" entre el paisanaje.

Mientras crecía su confianza en el petiso, empezaba a vivir y descubrir una serie de felices circunstancias.

Una de esas primeras emociones las experimentó aquella mañana en que por primera vez salió al campo con el lazo atado

a los tientos. Nada le halagaba más que mirarse al costado presumiendo de llevar medio tapado con el cojinillo y cayéndole sobre el anca al malacara, aquel primor de lazo trenzado de seis. Se lo hizo hacer su abuelo con Don Nazario Barzola, un viejo trenzador de la "Barranca Alta".

Cada vez que galopaba, los rollos del trenzado golpeando acompasadamente sobre la carona de cuero, lo acunaban en una sensación nunca experimentada de poderío y seguridad en sí mismo.

Andando en su malacara y con el lazo atado a los tientos, ya no iba a consentir que en un arreo de vacunos o en una corrida de yeguas en la pampa, le dejaran a él el trabajo que siempre hacen los niños. No señor. Si ya era capaz de enlazar a campo abierto y endilgar al corral al bagual más sotreta, ¿por qué lo iban a obligar a seguir haciendo un trabajo de imberbes? ¿Por qué no iba a hacer él el mismo trabajo que hacían Don Guillermo, Martín o Don Justino? ¿Ah? ¿O es que no le habían visto el trenzado atado a los bastos…?

Y para probar la seguridad del lazo al propio tiempo que su baquía en manejarlo, aquella mañana en el Potrero del Monte eligió una vaquillona rosilla que varias veces intentó en vano arrear con las lecheras. Estaba de pella el animal y no bien sintió que el lazo le cayó sobre el lomo, pegó un balido y disparó a campo travieso. Pero el tiro había sido certero y donde acabó el trenzado (que silbó como un abejón a la salida del piscoiro), la rosilla dejó escapar un quejido poderosamente animal y rodó por el suelo. El malacara aguantó con firmeza el cimbrón. A fuerza de golpes y caballazos la juntó con las lecheras y las trajo al pueblo.

A los pocos días en el potrero de "La Era" enlazó una yegua colorada, "La pólvora" que le sabían decir y que supo ser del finado Eliseo.

Cuarterona la yegua y para mejor hacía tiempo que andaba ociosa en los potreros. Pero cuando sintió el cimbrón del lazo, frenó su carrera y depuso toda actitud de fuga o resistencia. Estaba crinuda y cola larga. La cerdió y creo que le dieron uno veinte en lo de Don Lindauro por toda la cerda que juntó aquel día. Compró pastillas, un paquete de "Fantasía" y fósforos y salió haciendo tinti-

near el resto de las monedas en el bolsillo de su bombacha batataza. Afuera, atado a un tamarindo, lo esperaba su malacara. ¡Pucha qué flor de animal! Si lo habrá sacado de apuros... Una vez mosqueteando una tabeada por sobre la tapia allí mismo, en lo de Don Lindauro, se le apareció con un látigo en la mano el agente Don Alejo Gil. Apuntó al malacara en dirección a "Las Tres Puertas" y al primer fustazo ya estaba fuera de alcance del temido látigo de Don Alejo. En la disparada, junto al hospital viejo, perdió el sombrero nuevito que le habían comprado el día antes en lo de Chaher. Lo dejó para alzarlo a la vuelta, pero a la vuelta se olvidó. Ese fue uno de los veinte o treinta sombreros que perdió en su vida.

Después Martín Gutiérrez le regaló las boleadoras. Y cuando en la primera oportunidad salió a la pampa con la esperanza de encontrar en los bajos del Salado alguna tropilla de avestruces, ya el lazo iba en el apero como prenda necesaria; como iba el pegual o el maneador: había dejado de presumir por él. Pero bajo el cojinillo esta vez le iba haciendo cosquillas el retobo de las boleadoras.

El primer día, para probarlas, boleó un potrillo de año. ¡Dígame amigo, bolear un animalito tan nuevo por probar nomás las sogas que según le dijo Martín eran de cuero e' cabra! Y debe haber sido cierto porque nunca se le cortaron y allí están todavía, medio apolilladas pero sin yapas colgadas en un horcón del galpón de los aperos.

En eso de enlazar y bolear en el campo estaba convencido que su petiso no tenía rival.

Pero además lo había probado cuando en las madrugadas variaban los caballos en la cancha. ¡Guapo y nada lerdo el animal!

A nadie le confió el descubrimiento que había hecho. Ya llegaría la oportunidad...

Y así sucedió efectivamente.

Una tarde en "Las Tres Puertas" en una jugada de bolitas, le desafiaron correr una carrera. Su adversario montaba una yegua zaina grande que fue de Don Salvador Barzola. Aceptó el desafío y la apuesta quedó formalizada por ochenta bolitas y cincuenta centavos "plata".

Corrían ciento cincuenta metros; el tiro del malacara.

Partieron varias veces. No podían convenir porque la yegua,

salidora y briosa, le sacaba demasiada ventaja. Pero ese juego le convenía porque el malacara seguía "enterito".

En una partida salió con ventaja la zaina y la corrió de atrás.

Cuándo el adversario quiso levantarla en las riendas lo convidó con un ¡Vamos! Que el otro aceptó. No comprendió que la aparente ventaja iba a ser su perdición.

Al grito de ¡Vamos! y al primer fustazo le hizo ganancia a mitad de caballo. Se dejó ir sin apuro y previniendo cualquier sorpresa, allá arriba le pegó otro refilón al malacara. Ganó por un cuerpo de caballo. Cuando el contrincante quiso discutirle el trámite poco leal de la carrera, él ya había cobrado su plata y sus bolitas.

Pese a la corta alzada de su caballo, tenía la seguridad que no iba a quedar a pie donde quiera. Nunca dudó que su malacara era firme como el que más.

No obstante eso, ahora lo recuerda; una vez pegó una buena rodada. Fue en la pampa del Salado. Los perros corrieron un avestruz y por ganarle la costa del bañado antes que pasara el alambrado, lo atropelló en toda furia. No había andado cincuenta metros cuando el malacara se hundió en un huequerío de tulduscos y el jinete, que en aquel tiempo tendría unos once años, rodó espectacularmente por el pajonal.

Esa rodada le costó quedarse más de un mes de espectador mientras los otros muchachos hacían zumbar el trompo para después alzarlo dormido en la palma de la mano.

Desandando caminos y distancias recuerda con absoluta nitidez aquellas mañanas de verano en que muy temprano enfrenaba su malacara y para no perder tiempo, con solo una caronilla sobre el lomo, montaba y partía a media rienda a traer las lecheras.

No siempre iba a prisa, es cierto, porque a veces un pecho colorado asentado en el alambrado, una lechuza junto a las vizcacheras o una gallareta en las lagunas, eran oportunidades propicias (que nunca despreciaba), para probar puntería con aquella honda horqueta de tamarindo que jamás le faltaba.

Y ahora le viene al recuerdo otro feliz accidente que lo llenó de gozo.

Una tarde, trayendo las lecheras casualmente, en el callejón de salida del pueblo, acertó a pasar una camioneta de "La Noria"

y frente a él perdió una cámara. Con un sobresalto de ladrón primerizo, le sacó la válvula y la metió bajo el cojinillo. La guardó en el rincón más seguro del galpón de los aperos y al día siguiente nomás, empezó a fabricar hondas en gran escala. Fue en ese tiempo que llegó a tener 17 hondas distribuidas estratégicamente y en seguros escondites, en las casas, en el río, en "El Lote", junto a las lagunas, en "La Piedrita Negra", en el "Potrero del Monte", en "El Salado", en "Bella Vista", etc. Salir con honda en el bolsillo, no salía nunca. Pero a cualquier lugar que fuera tenía una escondida. Porque ha de saberse que para un muchacho de su edad la honda representaba una prenda y a la vez un arma, tan necesaria como el lazo o el cabestro; en cierto modo un complemento del apero.

Recuerda ahora aquellas tardes de verano cuando ensillaba el malacara antes de ponerse el sol y al galope tendido recorría la distancia que hay entre el pueblo y "La Noria" o "El Empalme".

La brisa de la tarde le llenaba los pulmones de aire puro y le traía el aroma de la tierra arada y del maizal en flor.

Mientras galopaba, el malacara le iba pidiendo rienda, y acompañaba el escarceo el ruido de la coscoja. De tanto en tanto el flete apuntaba con las orejas tiesas hacia la lejanía donde un grupo de peones pugnaba por volver alguna yegua arisca separada de las tropillas. Desde los rastrojos levantaban vuelo las últimas palomas que cruzaban el cielo en dirección al monte, mientras las martinetas silbaban entre los chañarales su himno dichoso al atardecer.

Entonces el alma se le azulaba de lejanía sintiéndose dueño de la pampa y de ese camino largo que bajo los cascos del malacara se le abría hacia los cuatro rumbos de la libertad.

Llegando a la "Puerta Negra" levantaba en las riendas al montado. Se apeaba, componía el apero y al cabo de un buen rato lo ponía al tranco rumbo al pueblo. Mientras las sombras caían sobre el campo, crecían en su torno los ruidos indefinidos y los murmullos sigilosos que suelen poblar la noche.

Las vizcachas comenzaban su ronco dialogar junto a los vizcacherales que aparecían como manchones blanquecinos en la verde pradera.

Desde los postes del alambrado las lechuzas lanzaban a su

paso su áspero chillido. Los colcones contestaban ocultos en la fronda del sauzal.

Las primeras estrellas se encendían en el cielo y la pampa empezaba a inundarse con los fuegos diminutos y temerosos de los tucos y las luciérnagas. El malacara marchaba con parejo andar y de vez en cuando amagaba espantarse cuando los dormilones levantaban vuelo a la par suya.

Así sin apuro, llegaba al pueblo a la hora en que los grillos le ponen coscojas tintineantes de plata antigua a la serenidad del campo.

Y recuerda también aquellas mañanas de crudo invierno en que la helada como un fino manto de nieve cubría el gramillal reseco y escarchaba el agua de los charcos. Entonces de los hilos del alambrado pendían tenues gotas de rocío, como si la noche hubiera estado llorando sobre los campos dormidos.

Todos esos recuerdos desfilaron por su mente en rápida sucesión.

Era su niñez asociada al nombre de un caballo. Ese petiso malacara le había enseñado a parar rodeo, a bolear avestruces en la pampa, a enlazar a campo abierto. Le enseñó el arte de sacar desde abajo la ventaja suficiente para definir una carrera largando de atrás cuando el contrario levantaba el parejero. ¡Pucha que le había enseñado mucho su petiso!

Hacía tiempo que no lo veía y ahora justamente venía a encontrarlo, viejo y flaco; medio tristón el animal.

Quizá esa noche se echara junto al alambrado para no levantarse más.

Y siguiendo una estrella madrina rumbo a la querencia de las sombras tal vez se fuera andando, andando, hasta que los caranchos le arranquen a picotazos el último rayo de luz de sus ojos mansos y tristes.

Al galope del recuerdo volvió la mirada atrás en el tiempo.

Nunca tuvo, y está seguro no volvería a tener, otro caballo igual.

Y eso que pasaron por sus manos parejeros de todo porte y de todo pelo: overos, lobunos, picazos, alazanes, zainos.

Pero ninguno como aquel petiso malacara que a fuerza de

golpes le enseñó a ser hombre, y andando los caminos sin tranqueras de la pampa le enseñó a amar la libertad.

LA CORRIDA

Se estaba cerrando la oración cuando Ricardo llegó al rancho.

Desensilló la mula, le dio la ración de maíz y la ató del cabestro bajo el algarrobo del patio.

Doña Justa terminaba en ese momento de "entregar" los cabritos y le estaba poniendo las trancas al corral. Terminada la operación encaminó su cansado andar hacia el rancho donde Ricardo concluía también su trajín de acomodar el apero bajo la ramada y ordenar lazos y matras desparramadas por el suelo.

Después del saludo de rigor Doña Justa le indagó la suerte del viaje.

- Bien mama; medio "despiada" nomás la zaina.

El andar de doce leguas por ásperos caminos de montaña había resentido la vasadura del animal.

Se hizo un silencio largo por donde trepaban a la serenidad de la tarde el crepitar de los leños que se quemaban en el fogón; el triscar del maíz que comía la zaina bajo el algarrobo, y el balido de las majadas en los corrales.

Doña Justa removió con una varilla de tala las yescas del brasero y volvió a preguntar sin recalcar el tono interrogativo:

- ¿Y cómo ha encontrao a su amigo…?

El mocetón demoró la respuesta chistando a uno de los perros que andaba olisquéandole el apero recién acomodado.

Después, perezosamente; le fue contando a su anciana madre las novedades con que se había encontrado.

- Ahí anda el pobre, tirao sin nadie que le alcance un jarro de agua…

Tornó a mirar a cualquier parte buscando un pretexto para demorarse.

Las sombras de la noche desdibujaban definitivamente el perfil de las cosas y en las faldas de la montaña comenzaban a encenderse los fuegos fatuos de las luciérnagas. A pocos pasos un grillo andaba buscando la nota exacta de su canto y por dos o tres veces antes de comen-

zar su melodía, amenazó taladrar el silencio.

Doña Justa tornó a yapar el interrumpido tono de la indagatoria:

- ¿Andaba p' al pueblo la Tomasa que lo encontró solo a Cipriano?

Ricardo resumió en pocas palabras la desventura de su amigo:

- No mama; se le ha ido con otro minero.

No hubo más preguntas. El viento norte comenzó a dialogar con las altas ramas del algarrobo. Detrás del rancho un colcón cruzó la noche con su grito malagüero.

Después de cenar Ricardo largó la mula en el potrerillo. Mientras armellaba la puerta, el animal se revolcaba en el primer peladar que encontró. El río andaba buscando, monte adentro, el regazo de sombras para tenderse a conciliar su sobresaltado sueño de pedregales. Los perros dirigieron su áspero ladrido hacia los altos cerros.

Después de acomodar el bozal el muchacho se metió en el rancho donde el candil exhalaba sus últimas claridades.

Cansado y dolorido por dentro, se acostó pensando en la mala estrella de Cipriano. Su viejo amigo estaría a esas horas en el rancho de la mina, abandonado como un guacho en medio del campo.

"Pobre Cipriano, tan bueno y tan de mala suerte".

Pensando en esas cosas se quedó dormido.

La noche estaba oscura y el viento norte soplaba cada vez con más fuerza.

De pronto Ricardo se incorporó en su lecho, se vistió a medias, prendió el farol a kerosén y descolgando el arreador que tenía guardado en un pilar de la galería se dirigió al corral. Había sentido ese confuso tropel que hace la majada cuando la asusta el puma. Los perros atropellaron todos a un tiempo. Al rato, quebrada abajo, se sentían los rumores de la persecución dificultada por el matorral de garabatos y de usillos.

Parado sobre una piedra Ricardo escuchó un momento. El viento traía el eco de los ladridos cortos y tajantes que indicaban la fuga del carnicero nocturno.

-"Van sobre el rastro pero está muy cerrada la noche; se les va a ir nomás".

Antes de entrar al corral revisó la barda. Se detuvo frente a un espinillo recién florecido, midió la distancia del salto y después de comprobar la señal del rastro dijo sentencioso: "Por acá disparó, no lleva nada pero seguro ha matado".

Sacó las trancas de la puerta y entró. Dejó el farol junto a la pirca y se acercó a la majada que asustada se arrinconaba en el extremo opuesto del corral. Los ojos de los animales vigilaban sus movimientos como puntos brillantes suspendidos en la sombra.

Caída junto a los chiqueros estaba una cabrillona. Se quejaba retorciéndose dolorida. La tomó de los cuernos y levantó la cabeza.

La sangre fresca tiñó sus manos. Tenía la garganta desgarrada por el zarpazo. Sacó el cuchillo y la degolló.

Uno de los perros que llegaba en ese momento, desde la puerta del corral hirió el ámbito con un quejumbroso aullido.

El viento norte silbaba en la barda de tupida rama, y donde terminaba la luz mortecina del farol la noche se cerraba en densas sombras.

Bajo la galería desolló la cabrillona y enseguida preparó su caballo.

Esa misma noche había que avisar a los Pereira, a los Garro, a los Andino, a la gente del "Cerro Verde" y "Media Luna" para iniciar al alba la corrida.

Cuando aclaró ya estaban todos preparados, cada uno con sus perros situados estratégicamente en las salidas de la quebrada o en los cruces de caminos para impedir la retirada del puma.

Cortaron el rastro en varias partes pero no había salido de la quebrada. Allí tendría guarida seguramente, y no se remontaría al cerro hasta que los perros no lo obligaran.

Ricardo se encargó de ir en su búsqueda.

Se fue siguiendo el rumbo que tomó esa noche para que los perros lo rastrearan. Los demás esperarían alertas en sus puestos.

Al poco rato los perros se internaron en lo más tupido de la quebrada.

Olfateaban y volvían sobre sus pasos. Rodeaban los farallones altos y aparecían del lado opuesto. Varias veces se los vio empinarse sobre sus remos traseros, pero no parecían seguros de la pista.

Faldeando la ladera Ricardo seguía atentamente todos los movimientos.

De pronto, allá junto a unos mogotes bayos, casi en la falda del cerro, los perros de "Media Luna" se largan en frenética carrera, y Pablo Andino sombrero en mano para no gritar, hace señas que va al norte.

Pero en la salida de la quebrada están los corredores del "Cerro Verde" con cinco perros baquianos.

Antes que el puma llegue, los perros se abren en abanico y cuando los hombres hacen retumbar sus guardamontes a talerazos, la fiera se vuelve.

Pero ya sus perseguidores lo han puesto a tiro. No tiene salida.

Es imposible ensayar siquiera un salto frente a los paredones de piedra de más de veinte metros de altura.

Frente a la jauría de doce perros no ataca. Se encajona entre dos peñas que dejan poco espacio para avanzar, y fulgurantes las pupilas, preparadas las garras, espera. Los perros en su torno ladran furiosamente. En eso llegan, junto con los hombres del "Cerro Verde", Pablo Andino y Ricardo. Azuzan la perrada, pero en el cajón que forman las peñas donde el puma se ha metido, no caben más de dos perros a un tiempo. La fiera se defiende a manotones cada vez que es atacada.

Un perro del "Cerro Verde" abandona la lucha. Es un cachorro primerizo en estas lides. Lo alcanzó el zarpazo en la paleta y mana abundante sangre. Otro perro ocupa su puesto.

Pero el ataque es ahora enérgico y los perros sacan al puma de su postura defensiva. Repetidas veces lo muerden y la fiera enfurecida alcanza con un tremendo manotazo al "Lobo" de Ricardo. El perro se desploma con la paleta abierta; tiene un tajo profundo.

La jauría enardecida se precipita sobre el puma. La fiera salta por sobre los perros y se parapeta de nuevo junto a un peñón.

La primera en atacarla es la "Diana", compañera del "Lobo".

Se abalanza sobre la fiera, le clava en el testuz sus afiladísimos colmillos, pero el impulso le hace perder el equilibrio.

El puma gira con asombrosa rapidez y de un manotazo veloz como un rayo, le abre el vientre. Mide el salto de un peñón a otro, y al tiempo que se estira ágilmente por sobre los usillos, los perros

lo prenden en el aire y encarnizadamente sacian su sed de sangre y muerte.

Caído el "Lobo" gime y se desangra. La "Diana" moribunda se acerca a él arrastrándose, lame su roja herida abierta, apoya blandamente su cabeza en el pedregal ensangrentado y expira.

DESPAREJO

Después de recorrer a lomo de mula durante todo el día los ásperos caminos que unen San Martín, El Hornito, El Alto, Quebrada de San Vicente, Potrero de Gutiérrez, Cerro Horqueta, El Telarillo, El Zapallar, El Zapallarcito, Los Pozos, La Junta, Los Cajones, Las Huertas, Los Talas, Las Casas Viejas, La Ensenada, El Mollar, Laguna Azul, El Barro Negro, Alto Negro y El Hueco, el cansado viajero llegó a un rancho de La Mesilla: Un típico rancho campesino de dos aguas, techo de paja, asentado sobre cuatro gruesos horcones de algarrobo. El mojinete del poniente dejaba ver la punta de la cumbrera que también debía ser de algarrobo, y a una altura prudente del suelo una pequeña ventana más alta que ancha, daba sobre unos canteros de flores y hortalizas.

El techo prolongábase en galería hacia el norte y el alero mostraba el penacho de paja prolijamente tusado.

Pegada al rancho, cobijando como una clueca su modesta presencia al abrigo de una presencia mayor y tutelar; la cocina se agazapaba junto a un tala que servía de dormidero a las gallinas, a los pavos y a dos gallinetos que adelantándose a los perros anunciaron la presencia del viajero.

-¡Buenas tardes! Saludó cortésmente el caminante.

El dueño de casa que salía sobando una lonja, respondió con igual amabilidad:

-¡Buenas! Bajesé Don.

No se hizo repetir la invitación porque la hora no era la más adecuada para continuar el viaje y porque la mula venía medio despiada.

Mientras ataba el cabestro de un gajo grueso del algarrobo que sombreaba el patio, un muchacho de unos doce años por orden del dueño de casa le desensillaba el animal y colocaba el apero en un caballete que al parecer tenía bajo el árbol su destino permanente.

Antes de entrar a la galería y sin dejar de atender al diálo-

go entablado con su interlocutor -mejor cabría decir benefactor-, echó una mirada escrutadora al entorno.

Además del rancho y la cocina, comprobó la existencia de la ramada donde se depositaban aperos, lazos, matras, pecheros, arados, herramientas y cuanto utensilio campero se emplea en las tareas de labranza y ganadería. Más allá, en el "corral de vacas" redondo y pircado con piedra del lugar, rumiaban echadas tres mansas lecheras guampudas y ordinarias que rivalizaban en pintorescos pelajes: azuleja una, barrosa overa otra y doradilla la tercera. Pegado al corral grande, el chiquero de los terneros.

Separado de estos encerraderos de ganado mayor y repechando suavemente la loma se veía el "corral de las majadas" quinchado de rama, y su correspondiente chiquero para cabritos y corderos.

Entraron los hombres a la galería y mientras la dueña de casa -una mujer sesentona ya- venía a su encuentro con disposición de saludar, dos chinitas hurañas se metían en la cocina y desde allí curioseaban sacando la cabeza.

Enseguida cloqueó la pava en el brasero colocado a la diestra de la mujer y el mate dulce aromado de usillo y de poleo, fue trazando un triángulo de fraternidad entre los dueños de casa y el forastero.

Pronto la noche lloviznó de sombras la anchura del valle. Llegó la hora de la cena y el visitante fue invitado a pasar al rancho.

De las paredes pendían fotografías, almanaques (viejos y nuevos), estampas de santos y láminas de diversos motivos y calidades. Destacábase entre todos estos "adornos" el retrato de los dueños de casa que debía datar de la ya lejana época de su casamiento a juzgar por la palidez de los rostros y el descascaramiento del marco. En el extremo opuesto, en una pequeña alacena, una imagen de bulto de la Virgen del Valle, lucía sus largas túnicas y algunas joyas de dudosa autenticidad.

La mujer sirvió tres platos de mazamorra con leche de cabra, y previa aclaración del dueño de casa que era lo único que tenían para cenar pues la llegada del forastero "los había tomado desprevenidos", los tres se dieron con empeño a la tarea de satisfacer el apetito. Y por supuesto que entre todos el más empeñoso era el forastero.

Ex profeso concluyó con la mazamorra y dejó un poco de leche.

-"Me haría el favor señora (dijo humildemente), ¿de darme un poquito de mazamorra porque me ha sobrado leche?".

Se levantó la mujer y trajo la mazamorra.

Poco después repitió la súplica:

-¿Sabe que me ha sobrado mazamorra...? ¿Me daría un poquito de leche?

Otra vez se levantó la mujer y trajo leche. Y seguramente para no verse comprometida en una nueva oportunidad se retiró de la mesa.

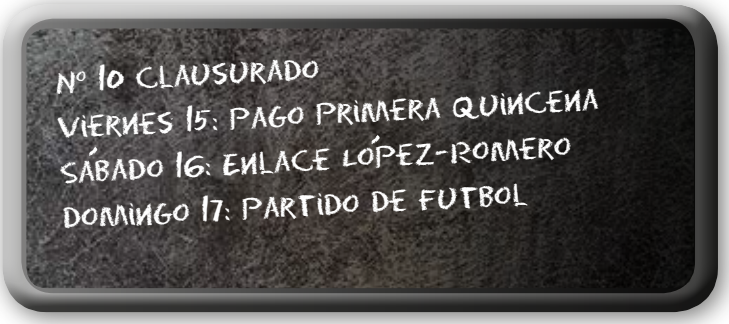
Siguió comiendo el hombre bajo la mirada ni complaciente ni encolerizada del dueño de casa. Repitió la maniobra inicial y como ya no estaba la mujer tuvo que rogarle al marido:

-¿Me daría otro poquito de mazamorra, señor...? Y perdone la impertinencia...

El hombre medio amoscado ya, ordenó a la mujer que trajera otro poco de mazamorra, y dirigiéndose al forastero mientras la mujer le servía le dijo:

-Bueno amigo; hágame el favor, coma parejo. ¿Oye?

EL PIQUE



Frente al pizarrón de la administración Laura detúvose un instante. Como todas las mañanas iba de la cantina a la casa del capataz general con la canasta de provisiones para el almuerzo de mediodía.

El pizarrón era el resumen escueto de la vida en esa pequeña república minera. Un verdadero Estado con todos sus elementos constitutivos.

El territorio lo demarcaban los hitos de piedra y argamasa.

Sus habitantes con los pesados cascos de acero y la lámpara de carburo evidenciaban su "nacionalidad" minera. No faltaba en esa pequeña república la propia autoridad. El destacamento de policía no era sino una dependencia más en el engranaje administrativo de la gran empresa yanqui.

Durante las horas de la mañana poca gente se veía en las calles de aquel caserío que comenzaba a ser un pequeño pueblo. Todos trabajaban a esa hora en las vetas o en la planta de concentración. Los obreros de los turnos de la noche dormían en los ranchos, distanciados un poco de los chalets de los altos empleados de la Compañía. El rancherío era el arrabal sucio y pobre de la urbe limpia y opulenta.

Después de leer el pizarrón la niña siguió su camino.

"Nº 10 Clausurado…" Era el pique cercano de la usina. Hacía pocos días que se había derrumbado. Colocaron cuatro dinami-

tas que explotaron al mismo tiempo. Después de un rato los tres obreros que allí trabajaban, bajaron para continuar la tarea. El pique estaba peligroso; un filón había quedado agrietado. Al primer martillazo se desmoronó sepultando a los tres hombres.

"Pobre gente". En eso pensaba Laura cuando llegó a la casa del capataz general. La señora le salió al encuentro.

- Niña: recién vinieron a buscarla…

- ¿Quién?...

- No sé; no lo conozco…

No preguntó más. Con una sonrisa entre cohibida y agradecida se dirigió a la cocina. Ultimó los preparativos para el almuerzo y en un momento de descanso se fue al cuartucho que los patrones le habían asignado. De una valija pequeña y vieja extrajo una carta que hacía un mes le entregara el encargado de la correspondencia. El sobre, escrito con trazos irregulares indicaban su procedencia: él también era minero.

Su sensibilidad de mujer vibraba como una cuerda tensa cada vez que era tocada por ese mensaje de amor esperanzado.

"Pronto iré allá… trabajaré un tiempo… después…"

En ese después se sintetizaba un fervor de porvenir cargado de promesas. Y el porvenir comenzaba a cuajar en una presencia inmediata. Martín había llegado. Quizá en ese momento estuviera en la administración gestionando su colocación en un pique de los tantos que allí había. Esa carta que ahora tenía en sus manos la habían escrito otras manos como las suyas. Manos mineras, anchas en la fraternidad del saludo, callosas de tanto martillar sobre el barreno, degolladas por el frío en las crudas mañanas de invierno. Una carta escrita al impulso del corazón; sencilla, honda, palpitante.

Esa mañana cuando pasó frente al pizarrón de la administración, no reparó en el tercer aviso que anunciaba el próximo casamiento. ¿Por qué no? Tal vez no se animó a pensar que era difícil hacer realidad un sueño tan lejano…

Formar un hogar es en verdad cosa prohibitiva para un minero pobre. Pese a todo, ella acurrucaba su secreto arrullo de amor, en el nido cálido de la esperanza.

También los pájaros -pensaba- hacen su nido en la desnuda pobreza de la rama. Y son felices aún antes de construirlo soñando poder tenerlo algún día. Bueno… ¿Pero qué tiene que ver un minero

pobre con un pájaro sin nido?

Martín consiguió trabajo. Cada mañana muy temprano después de tomar mate se encaminaba al pique que le habían asignado: el Nº 3. Mientras hacía el recorrido, construía imaginariamente su futuro. Sobre esa realidad áspera como un cuarzo quebrado a golpe de martillo edificaba su pujante decisión. Allí mismo, no lejos de las vetas, había elegido el lugar. Sería un rancho más entre tantos. Pero en él anidaría su trashumante vocación de pájaro andariego para nacer en un canto nuevo al amor, el trabajo y la vida. Dejaría por fin de andar de un lado a otro con la bolsa de herramientas al hombro pidiendo trabajo en cada cateo que prometiera algo.

Desde muchacho acompañando a su padre, había trabajado en casi todas las minas de la zona: Los Cóndores, Los Piquillines, El Manantial, Los Avestruces, La Aspereza, Santa Rita, Cerro Horqueta y muchas otras. Martín sabía lo que era trabajar diez horas seguidas desbrosando un pique que se lo daban por tanto. Sabía lo que era trabajar sin casco exponiendo la cabeza a las piedras que caen al fondo de la veta como hondazo. Y sabía también lo que era trabajar sin herramientas, porque una pala vieja y un balde con una cadena llena de remiendos no eran herramientas para explotar una veta.

No se podía exigir más. Los patrones no tenían herramientas mejores. A los obreros se les daba lo único que había en la mina. ¿Pero cómo, no están por fortuna en San Luis los yacimientos de tungsteno más ricos del país? ¿Las grandes compañías extranjeras no disponen de poderosas maquinarias para la explotación? ¿Las mejores minas no están en poder de esas compañías?

Ah, sí… Pero la compañía hace trabajar por su cuenta esas maquinarias. El salario alcanza para la cantina, el alquiler de la pieza, las cuentas en el pueblo… pero nada más. Y el minero que quiere levantar su rancho tiene que buscar trabajo en las minas chicas con la esperanza de encontrar un buen "reventón", allí se paga por tanto y con un poco de suerte se pueden juntar algunos pesos. Pero el patrón no da herramientas.

"¿Y por qué no?", se preguntaba Martín. Qué va dar si no tiene ni para él. A veces tiene que trabajar en las vetas como nosotros. Es que el dueño de las pequeñas minas tiene que entregar el mineral a los compradores que le pagan lo que quieren porque no puede llevarlo a

Buenos Aires donde dicen que pagan bien. Y los compradores son, en su mayoría, agentes de las grandes compañías.

Su reflexión descubría la carne viva de una herida abierta en quien tiene en sus manos el porvenir y debe entregarlo para seguir subsistiendo. La falta de instituciones cooperativas, que deja librada la suerte de los pequeños mineros a la voracidad de los capitalistas que se llevan el wolfram por monedas, y el hecho de encontrarse los grandes yacimientos en poder de empresas extranjeras, son las causas de la pobreza de los mineros puntanos. Hijos pobres de la tierra rica que andan de un lado a otro con su esperanza a cuestas buscando un lugar donde ejercer el más humano de los derechos: el de trabajar.

Ya en el pique Martín y sus compañeros calzaban sus grandes cascos acerados. Encendían las lámparas de carburo y comenzaban la tarea. Uno sigue la guía incrustada en el cuarzo como una arteria negra en la carne blanca del filón. Otro recuadra "el avance" en la medida necesaria para que un hombre de pie pueda seguir adelante. El tercero acarrea la brosa en la carretilla hasta el extremo del túnel para sacarla después con la pala buey. Se conversa poco. Las palabras tienen una extraña resonancia. Las paredes irregulares y oscuras de las vetas devuelven un eco impreciso y confuso que no parece producido por una voz humana. El esfuerzo hace intensa la respiración. La tierra con sus finísimas partículas de mica suspendidas y el olor penetrante del carburo, vician el aire. Los pechos desnudos aceleran su ronco jadeo.

Al cabo de una hora o más hay que tomar un breve descanso hasta que el polvo se asiente, el retorno reanuda el diálogo de las gastadas herramientas. La cuña repite sus intermitentes golpes metálicos que desgranan el filón. La pala chillona y áspera colma la carretilla de brosa. Cuando el avance se cierra, es decir cuando forma una masa compacta que es posible romper a martillazos, se coloca una dinamita.

El grito de ¡Fuego! es seguido de la potente explosión que hace estremecer la tierra.

A esos días de sudorosa brega los medía Martín con el rítmico reloj de su corazón enamorado. Las noches largas de sus vigilias pensativas le encendían la estrella cenital de una esperanza. Se iban a cumplir por fin esos sueños con que no siempre pueden soñar los mi-

neros. Laura había dejado ya su trabajo en casa del capataz general. En el rancho de su padre preparaba con amorosa dedicación los pequeños detalles del hogar futuro, que ponen en la sufrida existencia del minero, un poco de sencilla ternura que ayuda a vivir.

Una mañana cosía Laura bajo la galería del rancho cuando la sorprendió un violento sacudón; un sordo trueno subterráneo parecido a un terremoto.

-"Un derrumbe"; pensó. Así pasó con el 10. La tierra se estremeció como sacudida en su misma entraña. Estaba familiarizada con esos extraños ruidos fragorosos que producen las grandes moles de piedra cuando caen al fondo de los socavones. Fragor cercano y estremecedor como un estertor de la tierra malherida.

"Si fue un derrumbe era en los piques vecinos: el 1, el 2, el 3. ¿El 3? ¡No!"

Dudó un instante y tratando de disuadirse a sí misma de su triste presagio se dijo íntimamente:

"Qué tonta, tan solo el 3. Hay 40 o 50 piques; podía ser cualquier otro". Además no estaba segura de que fuera un derrumbe. Pudo ser una dinamita colocada en un pozo profundo o en el agua y la explosión pareció venir desde el fondo de la tierra.

Luchó en vano su razonamiento frente a su instinto de mujer minera. Las manos siempre prolijas hacían un pespunte nervioso y desparejo. Algo le decía en secreto a su corazón que en los piques vecinos estaba ocurriendo una tragedia. Pero trató de tranquilizarse y siguió cosiendo.

Una hora después, en la loma opuesta, en dirección a la enfermería iban tres grupos de mineros llevando al hombro las camillas de emergencia.

La imaginación voló al 3, oscuro todavía por el polvo en suspensión que traspasaba con tímida luz rojiza la lámpara de carburo. La brosa recién removida, ensangrentada aquí y allá. Martín destrozado en la camilla, el cráneo informe y sangrante y entre la brosa pedazos de su casco deshecho.

"Qué tonta; tan solo el 3..." Se dijo de nuevo, pero sin firmeza, sin convicción. En ese momento sonó la pitada larga y estridente que indicaba el comienzo de un nuevo turno. Los del anterior serían relevados.

Hizo un esfuerzo por serenarse. ¿Por qué pensar que a Martín le había pasado algo?

No. Si ya iba a salir del pique y él mismo, al pasar, le contaría lo que había ocurrido.

Esta vez lo esperaba con esa ansiosa inquietud con que se espera lo que se teme perder.

Pasaron los minutos pero ni Martín ni los compañeros del pique regresaron.

"¿Habían ido llevando las camillas y se quedaron un rato más?

Sí, tal vez. Pero en tal caso el derrumbe fue en el 1 o en el 2..." Tuvo miedo de pensar que fuera en el 3.

El corazón le palpitaba con violencia golpeándole el pecho. Sin reparar que el rancho quedaba solo, salió corriendo.

"Al 3"; pensó... Pero la detuvo la imagen del agente de policía apostado en la vía de acceso:

- No niña, no se puede pasar...

- Pero, ¿qué pasó? ¿Fue un derrumbe? ¿Dónde? En el...?

- No sé niña; no sé...

En la administración sabían sin duda. Allá corrió pálida y temblorosa. Antes de entrar le pareció ver en el pizarrón la imagen de la muerte. Abrió torpemente la puerta y entró sin cerrarla.

El encargado terminaba de colocar la leyenda:

SEQUIA

Hacía treinta años que Don Eladio vivía en "El Puesto". Había levantado su rancho en las cercanías del arroyo comarcano. En su juventud hizo de domador, arriero y rastreador. Anduvo de pago en pago, hasta que los encantos de una moza lo apalencaron en "El Puesto". De pie frente al porvenir se dio a la tarea de construirlo sin descanso.

Era hermosa la vida sembrando la tierra y viendo crecer la prole que llenaba de alegría el corazón. Esa tierra no era suya pero le pertenecían la mitad de sus frutos. ¡Algún día quizá pudiera comprar ese pedazo de campo que le sobraba a su patrón!

Los primeros años fueron llovedores. La chacra de maíz y zapallos rendía lo suficiente como para dejar una buena reserva en invierno y engordar los animales. La majada que cuidaba a medias dio buenas pariciones.

En las tibias mañanas de la primavera su mujer ordeñaba las lecheras.

Algunos de esos terneros serían suyos cuando llegara la yerra.

Mientras la Eusebia a quien ayudaban el Pancho y Guillermo, hacía ese trabajo, él ensillaba y salía a recorrer los alambrados y las sementeras. Es hermosa la vida del hombre campesino cuando tiene sabor a leche y pan reciente, y olor a tierra arada y hierba virgen.

Pero en San Luis a veces llueve poco. Vinieron años de sequía. Se perdieron las cosechas y los animales enflaquecían y morían.

Todos los días sobre las lomadas altas planeaba alguna bandada de jotes y caranchos que luego se asentaba en los chañarales. Por ahí, en las cercanías, había de seguro alguna vaca muerta. Se aprovechaba el cuero mortecino que para poco sirve y se dejaba lo demás abandonado a la voracidad de los pájaros que hacían su festín.

De tarde en tarde, sobre la línea gris del horizonte, asomaba

alguna nubazón. La esperanza se aferraba a ese lejano nimbo que no tardaba en desaparecer. O llegaba el viento sur y azotaba con su látigo de arena el monte ralo y las bestias que lamían sedientas el salitre de los peladares.

El campo se iba poblando de osamentas. Cuando caía la tarde, en torno a los jagüeles casi secos, el ganado mugía resignadamente. Había que baldear muchas horas seguidas sin descanso. Pero no alcanzaba el agua para llenar los ijares de vacas y caballos. La noche traía un poco de sosiego y una esperanza descreída. El amanecer anunciaba, sin embargo, un nuevo día de sol ardiente.

A lo lejos, hacia el sur, se veían también bandadas de pájaros que revoloteaban alto. Quizá en Varela, en Beazley, en Fortuna, en Bagual, en Arizona; ocurriera lo mismo. De todas partes llegaban noticias desalentadoras: "No hay agua"

Solo en las serranías donde las vertientes abundan, se resistía todavía al latigazo de la sequía. Pronto tal vez habría que dejar la pampa y buscar algún rincón serrano para salvar lo que quedaba.

Una tarde comenzó a formarse una tormenta. Gruesa parecía la nubazón.

Las chuñas gritaban en el monte. Los relámpagos alumbraron el vientre de la noche y enseguida comenzaron a caer los primeros goterones.

La tierra recibió al chaparrón como una hembra olvidada largo tiempo que se llena de vida cuando la acaricia de nuevo la frescura del amor.

Volvió a crecer la hierba, y el maizal orgulloso levantó sus gruesos tallos verdinegros, sobrepasando en altura al alambrado. Se perdieron varios animales, pero quedaban algunos y la parición fue buena.

Hubo que trabajar con ahínco para recuperar lo que la sequía se llevó. Pero no estaba todo perdido, y si hubiera que empezar de nuevo -pensaba Don Eladio-, lo haría con gusto. "Pueda ser que algún día El Puesto sea de nosotros".

Los años se fueron alternando así: generosos unos, mezquinos otros.

El Pancho, después de hacer el servicio militar, se quedó

en la ciudad.

Allá la vida era menos dura. A su edad Guillermo lo imitó.

Solo quedaba en la casa el menor, Ciriaco, que llegó cuando los otros estuvieron grandes.

Recién andaba aprendiendo a manejar su montado pero ya le ayudaba a Don Eladio. Sabía tirar rama, arrear la majada y echar los caballos al corral. En los tiempos de sequía ayudaba a baldear y látigo en mano ponía orden en la hacienda para que bebieran todos.

A medida que los años transcurrían Don Eladio vio alejarse la esperanza de hacer suyo ese pedazo de tierra que tanto amaba. A un año bueno seguían dos malos. Luchaba con empeño pero sin el brío de los primeros tiempos. Empezaba a sentir el peso de tantos anhelos fracasados.

La última cosecha se había perdido casi totalmente y no se pudo guardar nada para racionar el ganado en invierno. Sembró centeno y no alcanzó a salir. Las primeras heladas cayeron temprano y terminaron con el poco ramoneo que quedaba.

Llegó junio. Días de viento y frío. Las grises tardes invernales se estremecían de mugidos y balidos temblorosos. En las isletas de chañares el ganado buscaba reparo. Se amontonaba cara al norte cuando el viento soplaba del sur. Por momentos calentaba un poco, se paraba el viento y enseguida comenzaba a granizar. Bajo la ramada las ovejas se estrechaban unas contra otras para defenderse del frío de la noche que llegaba más temprano.

Pasaba el granizo y aprovechando la humedad sembraba Don Eladio un poco de forraje. Gracias a esas dos o tres melgas de cebada se pudo evitar que todo el ganado muriera de hambre en las nevadas de julio y agosto. Caía la nieve mansa y persistente sobre la pampa abierta. Todo el día, toda la noche; lenta, silenciosa. Y el frío subía hasta hacer temblar las extremidades y los ijares de las bestias ateridas.

En esos días las ovejas se quedan con frecuencia en el campo guarecidas en algún reparo. Si no se las lleva pronto al redil caen en el mismo lugar para no levantarse más. Los pumas o los perros hambrientos las encuentran indefensas y las terminan de matar.

Septiembre: mes de la tibieza.

La tierra preparaba en sus entrañas sufridas el alumbramiento de la hierba que asomaría al primer chaparrón. Pero pasó septiembre y no llovió. El agua del arroyo se agotaba día a día. La represa no tardó en secarse. El viento norte, seco y cálido, exprimía los últimos jugos de la tierra y de la vegetación enfermiza.

A mediados de octubre el arroyo se secó también y el pozo balde comenzó a flaquear. Había que arbitrar otros recursos: Llevar la hacienda dos leguas al norte, a abrevar en el Río Conlara. Todos los días la misma faena. Arrear al tranco vacas, ovejas y caballos que al principio mañearon un poco.

"Vacaaa… Vacaaa… Huella mañera…" Largo silbo entrecortado y chasquido de arreador.

El ganado enflaquecía más y más. Bebía bien, pero cuatro leguas diarias de camino lo fue consumiendo.

Noviembre fue de intenso calor. El campo se iba llenando de peladares.

Los pajonales amarilleaban y en el horizonte sin nubes la tierra y el cielo se confundían en una franja borrosa y cenicienta.

Todos los días había que cuerear alguna vaca o despenar algún bagual.

"Esto va mal", se dijo Don Eladio.

Era necesario sacar de allí la hacienda. Pero ¿adónde llevarla?

Tuvo noticia que en la estancia de Videla, ocho leguas al sur, necesitaban un capataz. Allá fue.

Lo recibió bien el patrón, estipularon condiciones y el abandono de El Puesto quedó resuelto. Debía volver empero, porque el capataz de Videla se iba recién a fin de año.

Mientras tanto la fiebre como una fiera silenciosa, comenzaba a diezmar el ganado en los campos vecinos al Puesto. Ya no era el hambre y la sed solamente. Se sumaba el azote del bacilo mortal.

No tardaron algunos animales en mostrar los síntomas de la enfermedad.

Había que dejarlos que se perdieran hasta con cuero, porque es peligroso desollar el ganado muerto de aftosa.

El patrón de Don Eladio sacó sus vacas. También se le murieron algunas, pero él tenía muchas.

Solo quedaban las quince o veinte cabezas que eran suyas y había que defenderlas luchando de sol a sol contra el hambre, la sed y la fiebre.

Los calores de diciembre ayudaban al estrago. Las siestas interminables reverberaban en los barriales. La pampa toda parecía incendiarse. Los remolinos levantaban en altas espirales el polvo de los guadales y taladraban la tierra como si quisieran devorarle las entrañas para apagar su sed. Las bandadas de pájaros revoloteaban sobre la agonía de las bestias. Y enseguida descendían, uno tras otro, entre aletazos y graznidos pavorosos.

De un zarpazo el carancho arranca las pupilas del animal donde fulgura con resignada mansedumbre el soplo postrero de la vida. Y se entrega al placer voluptuoso de abrir las entrañas de la víctima. El pico se hunde en los ijares sanguinolentos; las zarpas desgarran los tendones que crujen al romperse. Si algún perro cimarrón viene a disputarles la presa, levantan vuelo y tornan a revolotear hasta que el intruso satisfecho, se aleja. Luego reanudan el festín. Colman su avidez de despojos mortecinos y se posan largas horas en los chañarales. En el hirsuto pentagrama de la isleta forman la partitura de un concierto funerario. Despuntaba el alba tiñendo de sangre las serranías cordobesas. Allá quizá la vida cantara en los arroyos y retoñara en la verdura del follaje. Aquí, en los cañadones pardos, la vida iba muriendo.

Entre los cardales blanqueaban esqueletos de bueyes y baguales. Solo el canto de los chingolos y de los pechos colorados, señalaba que algo se resistía a sucumbir. Mediodía de fuego. Brillante el barrial; vaporosa la lejanía. Uno que otro caballo manso va hacia los jagüeles. Lento el paso, la cabeza gacha, el pelaje hundido en los costillares. Atardeceres desolados. El viento maloliente trae el tufo de osamentas y despojos putrefactos. Largas noches sin fogones ni vidalas. La muerte anda aguaitando por las huellas de la pampa.

Llegó el último día de diciembre y bien temprano Don Eladio ensilló su malacara. Aprovechando la fresca hizo las primeras cinco de las ocho leguas que separaban “El Puesto” de la estancia de Videla.

El capataz se iba ya; él ocuparía su lugar. Todo quedó con-

venido. No eran muy buenas las perspectivas pero el campo tenía agua, molinos y viviendas bien acondicionadas. Al día siguiente volvería.

Se hizo largo el camino del regreso.

Otra vez tendría que cumplir órdenes como en sus años mozos. Acudir presto al llamado del patrón. Arar la tierra ajena. Cuidar lo que nunca iba a ser suyo. ¡Maldita sequía!

A la puesta del sol estaba a cuatro leguas largas del Puesto. Había que ir despacio; estaba flaco el malacara. Varias veces se detuvo para darle un resuello al animal.

Llegó tarde al rancho; pasada medianoche.

Bajo el algarrobo del patio desensilló el caballo y lo largó al rastrojo para que pellizcara unas pocas matas duras que habían quedado.

A la mañana siguiente tendría que ensillarlo de nuevo para marcharse con su hijo y su mujer. Tenía un par de burros y las cosas no eran muchas; podía llevarlas en un solo viaje. Después él vendría con Ciriaco para arrear los pocos animalitos que quedaban.

Iba a entrar al rancho pero se detuvo. Estaba saliendo la luna.

Se sentó en el apero que había dejado en un extremo de la galería y encendió un cigarro. Era la última noche bajo ese techo que levantó con sus propias manos. Pronto el rancho sería tapera. Esos horcones que lo sostenían, los cortó una mañana en la bajada del río, de una isleta de talas y algarrobos. La cumbrera la eligió de una guía gruesa del algarrobo que estaba al frente.

En esos días se cumplían treinta años.

Se detuvo un momento, como eligiendo en la isleta de la meditación un horcón para apuntalar el recuerdo.

Era la fecha en que trajo su compañera al rancho. "Un primero de enero".

Y mañana exactamente se cumplían los treinta años. Con las pupilas brillantes de dolor miró en torno.

El campo era un inmenso médano blanco y desolado. En el rastrojo donde sepultó treinta años de su vida esperanzada,

no había más que cardos amarillos y resecos. Los chañarales parecían más bien espectros que levantaban implorantes sus brazos nudosos al cielo ceniciento.

Una lechuza pasó chillando sobre el rancho. La luna alumbraba con enfermiza palidez la tragedia de la pampa y la tristeza inmensa de su corazón.

Aspiró hondo la última bocanada de su cigarro negro y se fue a dormir.

En los puestos lejanos los perros aullaban.

RUMBO AL DESIERTO

Venía saliendo el sol cuando Nazareno Luna terminó de arreglar el apero y sus elementos de viaje: el lazo, las boleadoras, los chifles, el facón caronero y el poncho. Ajustó la cincha de su colorado pangaré y cuando creyó tener todo en orden, rebenque en mano, se echó atrás el sombrero para despedirse de su compañero de fortín:

-¿Te vas Luna?

-¡Me voy hermano!

Los dos hombres se abrazaron con esa ruda fraternidad que nace de los corazones sobados por la lucha y el sacrificio.

Nazareno Luna se iba a incorporar a las fuerzas de Don Juan Saá que poco después dejaría sepultada en San Ignacio, la rebelde esperanza de la paisanada entre un furioso entrechocar de sables, silbidos de balas, voces de mando y un amargo olor a muerte y pólvora. Aniceto Suárez se quedaba en el Fortín de Las Piedritas a seguir yapando desventuras.

Sobre la línea del Lince a Las Pulgas se levantaba el Fortín de las Piedritas. "Levantaba" es una forma de decir porque en medio de un abra de caldenes y algarrobos que lo protegían por el naciente, norte y poniente, el pequeño reducto de cuatro ranchos miserables con un parapeto de tapia de adobón pisado, más bien se agazapaba en la pampa gris amarillenta color de puma lugareño.

De Las Piedritas a San Ignacio había tres leguas larguitas; a Las Pulgas seis, y al Lince no menos de diez bien caminadas.

Los ranchos se defendían del viento sur juntándose como los caballos patrios en las tardes de lluvia y garrotillo. Por los boquetes de la tapia asomaban sus bocas color de huevo de perdicita de las pajas, los dos cañones a chispa del fortín.

Hacia el norte estaba el corral, donde se aburrían de día y de noche cuatro o cinco mancarrones oreja despuntada, flacos, mosqueadores y lastimados en el lomo. Eran los "patrios" que cuando se

ofrecía salir a perseguir la indiada no servían para nada porque era imposible alcanzar al trote saltón y desganado, a los soberbios fletes que montaban los indios de Mariano Rosas, Pincén o Baigorrita.

Los ranchos eran de dos aguas, techo de barro y paja y paredes de chorizo sin revocar. Las puertas estaban orientadas al norte y poniente, y en la esquina sudeste dentro del parapeto de adobón pisado, se empinaba el mangrullo donde un milico desde el alba al anochecer, oteaba el horizonte del sur procurando descubrir el menor indicio de polvareda anunciador del malón.

Al norte de "Las Piedritas" corría el camino de las carretas, que iba de San Luis a San José del Morro, por donde trajinaban las tropas que procedentes de San Juan y Mendoza, llevaban los productos de Cuyo a Rosario y Buenos Aires. Por allí circulaban también las diligencias que unían esos puntos, y que tenían a su cargo el transporte de pasajeros.

Con frecuencia carretas y diligencias eran asaltadas por los indios. En tales circunstancias el capataz de tropas mandaba a formar círculo con los pesados armatostes encerrando los bueyes dentro de ese extraño redondel.

Si el asalto era a la diligencia y no había tiempo para alcanzar la posta próxima, no quedaba más remedio que defenderse con las pocas armas que se llevaban entre el equipaje. Así quedaron en el camino docenas de vehículos incendiados, con sus mayorales y postillones degollados, las mujeres y los niños cautivos y los pasajeros bárbaramente lanceados.

Cada vez que se tenía noticia de un asalto a la diligencia o a la tropa de carretas, desde el Fortín de Las Piedritas se destacaba una partida para auxiliar a la gente.

Siempre se llegaba tarde. Cuando los milicos arribaban al lugar, hacía varias horas que los indios habían consumado su fechoría llevándose hasta el último trapo que formaba el equipaje.

El esqueleto de la diligencia incendiada, los cuerpos de los hombres llenos de hormigas, las yeguas degolladas dejando oír los últimos quejidos, y los jotes volando por sobre el escenario de la muerte, era todo lo que la partida de milicos alcanzaba a presenciar. ¿De los indios? ¡Ni el polvo!

En el Fortín la vida no era nada regalada. Escaseaba el pan,

el jabón, la carne, la yerba, el azúcar, el tabaco, el papel de fumar. Muy de tarde en tarde llegaba el proveedor con la mercadería medio "amogosada" y un mazo de "virginio" para picar sobre la carona de suela a filo de facón. Cuando no había grasa las sopaipillas se fritaban con el cebo de las velas que se guardaba cuidadosamente.

Las prendas se usaban hasta quedar hecha hilachas. Del sueldo, ni hablar. Hacía ya meses que nadie cobraba un real. Todos los días había cepo y palos. A la más leve falta, doscientos azotes.

Pero había que seguir tirando. En las noches de guardia cuando el viento sur silbaba en los chañarales, junto al fogoncito encendido en el suelo y a la luz mortecina del mechero alimentado a grasa de potro, se contaban cosas y se referían sucedidos.

Hacía una semana escasa que al regresar de la recorrida del campo con el oficial y otros soldados, encontraron los ranchos incendiados. De guardia habían quedado el manco Domingo Páez que perdió el brazo peleando con San Martín en Maipú en el año dieciocho; y su hermano Manuel. Durante la ausencia los avanzó una partida de indios y gauchos alzados. Cuando los Páez se parapetaron en el interior de los ranchos, los salteadores les arrimaron fuego por los cuatro costados. No tuvieron más remedio que salir y pelear a la descubierta.

Allí quedó el cuerpo de Manuel Páez, el infortunado compañero, traspasado de lanzazos y puñaladas. Pero no se habían entregado sin pelear. Tres indios con las tripas afuera y la cabeza rota a bolazos, habían quedado mordiendo el polvo del Fortín de Las Piedritas. Por suerte y por milagro Domingo se salvó. Los indios lo habían dejado por muerto. Dieciocho cicatrices lo acompañaron para el resto de sus días. Otra vez, él mismo, Nazareno Luna, con el Sargento Lucero, cuando regresaban de la recorrida del campo, fueron corridos por los indios. A media rienda, saliéndose por sobre las orejas de las mulas, alcanzaron a ganar un caldén puesto como por milagro de Dios en medio de la pampa. Ataron las mulas y se treparon al árbol. El primer indio que atropelló cayó abatido por un disparo de Remington. Los otros dos se golpearon la boca pero no se animaron a acercarse. Con Lucero habían acordado no hacer fuego simultáneo. Mientras uno cargaba el arma el otro apuntaba nomás. Después de un rato los pampas hicieron

molinetes con las lanzas empenachadas con plumas de chulengo y partieron a la carrera rumbo al sur.

Alguien recordó que al chasque que iba del Fortín de San Ignacio al Morro se le quebró el caballo en una rodada y tuvo que andar ocho leguas a pie. El finadito Manuel Páez (Q.E.P.D.) había contado que a la partida que mandaba Eleuterio Frías la habían destrozado los indios en el Paso del Lechuzo, matando a Don Víctor Domínguez y llevándose cautivo a su amigo el soldado Bartolo Belis compañero de guardias y de mangrullo en San José del Morro.

Por allí asomó la figura legendaria de don Juan Saá. Toro el hombre, según proclamaban las mentas.

En la Laguna Amarilla se encontró mano a mano con otro puntano bravo: Manuel Baigorria. El duelo fue a sable y de a caballo. Don Juan que sabía hacer cabriolas con la "lata" y bordaba randas de ñandutí con la lanza; lo cruzó de un sablazo en plena cara y si no fuera por Painé y un hijo de éste que lo sacaron a Baigorria del campo, don Juan lo achura ese día. A Manuel Baigorria le quedó para toda la vida la cicatriz del "cariñito" de la Laguna Amarilla. En San José del Morro don Juan, teniente coronel en aquel tiempo, fue jefe de Nazareno, mientras mandaba el Escuadrón de Guardias Nacionales. Guapo el hombre. Por algo a su lado pelearon sin aflojar Isidro Torres que le decían "El Bocón del Morro" y Ciriaco Ponce oriundo de Cortaderas. Los jefes de algunos fortines trataban muy mal a la gente y las levas para la guerra del Paraguay habían hecho estragos. A los hombres los mandaban maneados como hacienda, y a las mujeres y a los niños que lloraban los consolaban a palos.

Nazareno Luna tenía ya tomada la decisión. Y a los poquitos días, aprovechando que el oficial había salido de recorrida, alzó sus pilchitas y se hizo perdiz buscando los rumbos del Alto Grande.

En San Ignacio chocaron las fuerzas de los Saá y de Arredondo. Al poniente de las ruinas del Fuerte, en una cañada poblada de paja brava y espartillo, cuando abril asomaba por entre los alaridos quejumbrosos de los chañarales, como a las tres de la tarde, tronaron los cañones de la artillería. De un lado estaban los Saá: don Juan

y sus hermanos Felipe y Francisco; Feliciano Ayala, Juan de Dios Videla, Don Carlos Juan Rodríguez. En el bando contrario Arredondo, Segovia, Campos, el gringo Ivanowky, Viejo Bueno, Iseas.

Pelearon como la leona parida con los perros; sin darse ni pedir cuartel. Al anochecer todo había terminado. Arredondo quedaba dueño del campo.

Junto a los talares de la cañada se abrieron las fosas para enterrar a los muertos. Una garúa finita comenzó a caer sobre el rostro dolorido de los hombres y sobre la boca todavía humeante de los cañones.

Cuando comenzó el desbande Nazareno Luna se fue siguiendo el rumbo de Don Juan Saá, como bagual entablado que al pardear la oración se va tras el cencerro de la madrina.

Comenzaba a soplar el viento sur y la garúa fría le azotaba la casa curtida de intemperies. Allá por la pampa de Alto Grande, se sentían los últimos estampidos de la Rémington.

Gusto a sal amarga tenía la llovizna. Volvió atrás la mirada para ver por última vez los montes de la querencia. El Chañaral de las Animas se desdibujaba irremediablemente.

El pangaré dejó andar un relincho corto y estremecido.

Del seno del pajonal, la noche se venía levantando con sigilo de puma lugareño.

GLOSARIO

A

ALAZAN RUANO: Alazán con crin y cola blanca.
ALFORJAS: Maletas.
ALZADA: Altura del animal que se mide desde la cruz al suelo con un instrumento llamado cartabón.
A MEDIA RIENDA: Galope más vivo que el normal pero sin llegar al máximo de la carrera.
APUNTAR: Jugar a una carta. La expresión se usa en el juego del monte criollo.
ARMELLAR: Colocar la armella, o sea el aro de alambre o hierro que lleva la puerta o tranquera y con el cual se enlaza el poste inmediato a fin de evitar que la abran los animales.
ARREADOR: Látigo largo que se usa cuando se arrea.

B

BAGUAL: Arisco, cimarrón. Tiene otra acepción particular referida al caballo que se "despía" enseguida andando en la sierra.
BARDA: Camada de ramas colocadas sobre la pirca. Es término usual en el Departamento San Martín. En cambio en los Departamentos Belgrano y Ayacucho se llama barda al tejido de ramas que se hace en la base del alambrado para que no lo atra-

viesen las majadas.
BROSA: Piedra desgranada que a veces contiene mineral y que para extraérselo se chanca y luego se lava.
BARRENO: Herramienta que se utiliza en las minas para agujerear la piedra donde debe colocarse la dinamita.
BARRIALES: Peladares salitrosos.
BATARAZ: Bombacha bataraza. Prenda de género formado por pequeños cuadritos blancos y negros. Se observa que en la actualidad prácticamente ha dejado de usarse.
BOTIJA: Muchacho de una edad aproximada a los quince años. Tiene otra acepción más común: Vasija de barro que se usa para almacenar agua, arrope, miel, etc.

C

CABESTRO: Lazo que va atado al bozal. Maneador.
CABRESTEAR: Acción del animal que marcha de tiro. Cuando es seguidor se dice que es cabresteador.
CABRILLONA: Caprino de edad intermedia entre el cabrito y la cabra.
CARBONILLA: Carbón muy fragmentado, de inferior calidad. Es material de escasa aceptación en el mercado.
CANCHAR: Limpiar de malezas una parte del terreno.
CANCHONES: Espacios limpios de malezas donde se "rodea" la leña trozada. Especie de playa contigua a las estaciones de ferrocarril donde se apilan las bolsas de carbón para ser transportadas a los centros consumidores.
CATANGA: Rústico carro, chato, sin barandas, de ruedas anchas y gruesas que se emplea para transportar agua, leña, piedras, postes, etc.
CATEO: Zona donde se buscan minerales.
CAUTANA: Lugar situado al NE de la Provincia de San Luis.
CERRO HORQUETA: Paraje situado a 17 kilómetros al NO de San Martín (S.L.).
COLCON: Pájaro nocturno que emite un grito estremecedor.
CONCARAN: Pueblo de San Luis situado 48 kilómetros al este de

San Martín, sobre la línea del ferrocarril de Villa Mercedes (S.L.) a Villa Dolores (Cba.), en el Valle del Conlara.
CORCOVO: Salto del animal con el lomo encorvado tratando de sacarse de encima al jinete.
CORTAR EL RASTRO: Recorrer en forma transversal la línea seguida por el puma u otro animal a fin de descubrir las señales de sus pisadas.
COSCOJA: Rueda dentada por dentro y lisa por fuera que gira sobre el puente del freno produciendo un ruido característico.
COSTEAR: Recorrer al tranco o al galope la orilla de un alambrado o una pirca.
CUARTERONA: Cuarterón. Animal de tamaño más bien chico, no muy bien formado. Si se trata de un equino es generalmente cabezón, de remos gruesos, ranillas abundantes y vasadura grande.
CULATIADA: Movimiento brusco del carro hacia atrás.

CH

CHANCAR: Moler, triturar la piedra. Para ello se utiliza una maza o el maray.
CHUCARA: Chúcaro. Animal que no ha sido ensillado nunca.
CHIQUEROS: Corrales con rústico techo de paja, chilca u otro material, destinados al encierro de los cabritos y que se construyen con la puerta comunicada al corral grande.
CHUÑA: Ave zancuda del orden de los gruiformes que abunda en los bosques del norte de San Luis.

D

DE BOTE A BOTE: De orilla a orilla.
DESPIADA: Resentida en la vasadura por andar en caminos ásperos.
DESOLLAR: Cuerear.

E

EL ARROYITO: Paraje muy cercano al pueblo de San Martín, situado hacia el norte.
ENCUENTRO: El pecho del animal.
ENTERITO: Descansado. Con todas las energías.
EN TODA LA FURIA: A toda carrera.
ESCARCEO: Movimiento de sube y baja de la cabeza del caballo.
ESPINILLO: Arbol pequeño que no pasa de cuatro metros de altura. Se utiliza la madera para leña. Por su copa de forma redonda se lo emplea con frecuencia para formar el cimiento de los cercos colocando el tronco hacia arriba. Sus flores muy fragantes y afelpadas son de un color amarillo intenso.

F

FLETE: Es el caballo preferido y regalón. Se trata regularmente de un animal de buena estampa, de lindo andar, de buena rienda, guapo y con evidentes condiciones para ser un buen parejero. La expresión "flete" tuvo origen en las vaquerías. Cuando se alquilaba un caballo para hacer aquellas expediciones, se pagaba por ello un precio llamado flete. La expresión se trasladó, del precio del alquiler, al caballo alquilado.

G

GALOPE TENDIDO: Galope normal pero largo y sereno que se logra aflojándole las riendas al animal después de haberlo "asentado" con la rienda corta.
GARABATO: (Acacia Furcata). Arbusto que alcanza una altura promedio de dos metros y medio. Su ramaje áspero se extiende lateralmente y se lo utiliza para el refuerzo de los cercos con resultado superior al tala. Su madera es excelente y de él se extrae un carbón mejor que el de tintitaco y algarrobo.

GATEADO: Es el bayo oscuro y acebrado. Sus cebraduras aparecen bajo la forma de una línea mediana dorsolumbogrupal de dos dedos de ancho y de otras circulares y de través en los miembros, desde la rodilla y garrón hasta la mitad del antebrazo y pierna. En el gateado típico, los cabos o extremos, vale decir, las cerdas de la crin y cola, parte distal de los remos y la punta de las orejas hasta un tercio de longitud, son de color oscuro. Particularidad de las orejas análoga a la que presentan los cachorros del león americano. (Emilio Solanet. Pelajes Criollos. Pág. 44 Ed. Kraft. Bs. As. 1955).
GUACHO: Ternero, potrillo, cordero o cabrito al que se le ha muerto la madre. Cuando se trata de ganado menor, muchas veces el guacho se cría en las casas.
GUARDAMONTE: Prenda de cuero que el paisano usa en la montura o apero para proteger a éstos y evitar rasguños en las piernas cuando campea entre el monte.

H

HUINA: Especie de gato montés, de tamaño un poco mayor y pelaje amarillo-colorado.

L

LA NORIA: Estancia próxima a San Martín (S.L.).
LIQUIDAR: Depurar el mineral.

M

MARAY: (Voz quechua). Molino para moler minerales. Está formado por dos piedras una cóncava, de poca profundidad, generalmente excavada sobre una roca "tendida"; y otra que se asemeja a una esfera, movida por un balancín. Frecuentemente el balancín es un palo largo, de madera fuerte, que se ata a la piedra "bola" con tientos de cuero crudo, o se coloca perforando la piedra esférica con un

barreno. La piedra plana o cóncava se llama "solera" y la redonda "volador". El mineral o la brosa se coloca sobre la piedra cóncava (o a veces sobre la piedra lisa, tendida) y se acciona el volador con un movimiento de hamaca para triturar la piedra.
MARCHADO: Especie de sobrepaso que según Lucio V. Mansilla hace al jinete el efecto que la mula, en lugar de caminar se arrastra culebreando.
MARITATA: Especie de cajón dotado de un juego de cedazos de distinto cribaje que movidos por una palanca y ayudados por una corriente de agua ayuda a depurar el mineral.
MAROMA: Cerco o alambrado tendido sobre el lecho del río o arroyo.
MATAR MANCARRONES: Trozarlos por una marcha forzada.
MATRAS: Jergas que componen el apero.
MOGOTE: Montículo aislado de forma cónica y punta roma.
MORTECINO: Cuero sacado del animal muerto sin degollar.

O

OREJANO: Animal sin marca ni señal.

P

PESEBRERA: Galpón donde se guarda el parejero que va a correr una carrera.
PIQUE: Pozo abierto para extraer el mineral.
PIRCA: Pared de piedra superpuesta.
PIRQUINERO: Trabajador que extrae el mineral lavando o relavando las arenas del río, tarea que realiza pacientemente y para la cual emplea generalmente un plato enlozado o una palangana en desuso.

Q

QUERENCIA: Lugar donde se ha criado el animal y adonde vuelve

cuando se lo lleva a otro lado. Cuando tiene esa tendencia a volver a la querencia se dice que es "volvedor".
QUINCHADO: Tejido de ramas de chañar, tala, lata, jarilla, etc.

R

RAMONEO: Los restos del pastizal.
RANILLAS: Manojo de pelos que cubre la parte posterior del nudo de los remos del caballo.
RASTROJO: Lugar donde se siembra el maíz.
REFILON: Pegarle al animal deslizándole la fusta suavemente por el flanco de la pierna.
RETOBO: El forro de las boleadoras.
REVENTON: Lugar donde se observa afloramiento de sustancias minerales.
RODEABAN: De rodear. Reunir la leña trozada.
RONDA: De rondar; vigilar la hacienda que se lleva en arreo. En verano se prefiere para hacer la ronda un paraje alto, en tanto que en invierno debe ser bajo y reparo.

S

SOBREPASO: Marcha acompasada del animal que ejecuta levantando al mismo tiempo la mano y pata del mismo lado.
SAN JOSE: Paraje situado al norte de San Martín (S.L.)

T

TINTITACO: Arbusto leñoso que da una excelente madera para la fabricación de carbón. Es sumamente áspero, tanto que en los parajes donde abunda no se puede campear sin guardamontes. Sus espinas tienen la forma de una T con el trazo superior arqueado hacia arriba.
TROZARLO: Estropearlo. Trozarlo equivale también en el lengua-

je de los hacheros, reducir a trozos el árbol cortado.
TULDUSCO: Especie de ratón pequeño y de cuerpo redondeado que al hacer sus cuevas casi a flor de tierra, deja un terreno fofo donde los animales se hunden con facilidad.
TUPIDA: Sin claros; sin portillos.
TUSCA: (Acacia mol informe) Crece en matorral de múltiples tallos que no pasan de cinco metros por 0,20 centímetros de grueso, solo se usa para postes y leña. (Dalmiro S. Adaro -Geografía de la Provincia de San Luis. pág. 106 Imprenta Casa Celorrio San Luis, extracto de la obra "La Provincia de San Luis" en 1920).

U

USILLO: Arbusto de flores blancas y aromáticas, que tienen propiedades medicinales (digestivas, sudoríficas y diuréticas). Se puede escribir husillo, ya que el nombre proviene del parecido de su flor con el huso o sea el instrumento casero que emplean las mujeres campesinas para hilar la lana.

V

VADEADO: Lo han vadeado; lo han cruzado crecido.
VARIAR: De vareo. Forma de entrenamiento que consiste en galopar el parejero, hacerlo "picar" y que generalmente concluye con la corrida en toda la extensión de la cancha.
VETA: Labor minera de donde se saca el wolfram, la schelita, etc.
VINCHUCA: Triatoma infestans. Insecto que en estado de enfermedad produce el Mal de Chagas. En el norte de San Luis el común de la gente la llama chinche voladora.

Y

YAPAR: Añadir.
YESCAS: Los residuos del fuego.

INDICE

5 Criterios de esta edición
7 Biografía de Jesús Liberato Tobares
11 Palabras Introductorias por Gustavo Romero Borri
17 El Hombre y la Poesía
31 "Cerro Blanco": Poesía de reivindicación del Hombre por Juan Ricardo Nervi

CERRO BLANCO

39 Estrella rota
40 Estirpe
42 Fragua
44 Concierto bajo la noche
46 Danza de la luna
49 Luna minera
53 Interrogante
54 Exodo
56 Accidente
57 Canto al minero muerto
58 Manos mineras
59 Después del invierno
60 Cerro
61 Suicidio
65 La muerte del campesino
69 Zamba de los hacheros
70 Niña minera
72 Zamba de los mineros

73 El leñaterito
75 Zamba del leñatero
76 Atardecer y lamento
78 La norteñita
79 La canción del promesante
82 Zamba del río
83 Zamba
85 Zamba triste
86 Arrieros
88 El pastorcito
91 La puntanita
92 El naranjero
94 Vidala chayera
95 Vidala del indio muerto
96 Atardecer
98 Coplas de octubre
100 Romance de la muerte
103 Zamba del olvido
104 Fortuna coya
105 Vidalita del yuyero
106 El aguadero (gato)
107 El praguero (gato)
108 Chacarera del recuerdo
110 Coplas tristes por la muerte de Martín
113 Glosario

CALANDRIAS DE SEPTIEMBRE

127 Canto para Don Ricardo
129 Adiós para David (guitarrero)
130 Tonada para Juana Koslay
132 Tonada para un cochero
134 Copla del atardecer

135 Pampa del Tamborero
136 Zamba del marucho
137 Huella del regreso
139 Triunfo de los Puntanos
141 Guitarrero de antaño
147 San José del Morro
149 Sangre ranquel
150 José Rufino Natel
157 Paisana Flor de Retamo
159 Canto del pircador
161 Vendedor de yuyos
163 La mariposa
165 Virgen de los Desamparados
168 Burrito de mi recuerdo
169 Como el hachón
170 Para Danita
171 Serenata
175 América infinita

GENTE DE MI PAGO

183 Coplas del vino
187 Coplas para Doña Tecla
190 Coplas de la curandera
193 Coplas para la tía Matea
195 Coplas para Doña Petronita
198 Le acollaro un par de versos al carrero de mis pagos
203 Coplas del mate
206 Coplas del guitarrero
209 Coplas de arrieros
217 Coplas del leñatero
221 Coplas del huertero
224 Coplas del cuchillo

228 Coplas del truco
230 Coplas del Rastreador
234 Coplas para un trenzador
237 Coplas del Monte Natal
241 Juan Basanelli se ha ido
244 Romance por Felisardo Maidana

OTROS POEMAS

249 Canto al minero
251 Surco
253 Pintura sanluiseña
255 Regalo para un viejo trenzador
257 A la moneda que encontramos
258 Sólo vengo a nombrarte Padre Cerro
260 Esa llama azul que nos alumbra
264 Lara
265 Tonada para Mauricio
267 Coplitas para Débora
268 Mi viejo pago
270 Flor de romero (zamba)
271 La Avelina Villegas (zamba)
273 Lamento del Crespín
275 Tonada del sauce viejo

RIO GRANDE

281 Prólogo por Hugo Arnaldo Fourcade
283 Río Grande
289 Tropiezo
293 Atardeciendo
299 El tractor

305 Rastreadores
311 El petiso malacara
319 La corrida
325 Desparejo
329 El pique
335 Sequía
343 Rumbo al desierto
349 Glosario

Este libro se terminó de imprimir
en el mes de agosto de 2018
en los Talleres Gráficos de Payné S. A.
Av. Lafinur 924, D5700MFO San Luis.
Tel. 0266 – 4422037 y líneas rotativas